

EXPROPIAR EL CUERPO

SEIS HISTORIAS SOBRE
VIOLENCIA SEXUAL EN EL
CONFLICTO ARMADO



Centro Nacional
de Memoria Histórica

EXPROPIAR EL CUERPO
SEIS HISTORIAS SOBRE VIOLENCIA SEXUAL
EN EL CONFLICTO ARMADO

Nancy Prada Prada
Autora para el CNMH

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

AGENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS PARA EL DESARROLLO INTERNACIONAL
(USAID)

Lawrence J. Sacks
Director de USAID/Colombia

Michael Torreano
Director de la Oficina de Reconciliación e Inclusión de USAID/Colombia

Ángela Suárez
Gerente del Programa de Alianzas para la Reconciliación de USAID/Colombia

Este libro fue posible gracias al generoso apoyo del pueblo de Estados Unidos a través de su Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID). Los contenidos son responsabilidad del Centro Nacional de Memoria Histórica y no necesariamente reflejan las opiniones de USAID o del gobierno de Estados Unidos.

EXPROPIAR EL CUERPO
SEIS HISTORIAS SOBRE VIOLENCIA SEXUAL EN EL CONFLICTO ARMADO

ISBN: 978-958-8944-87-6

Primera edición: abril de 2018

Número de páginas: 232

Formato: 15 x 23 cm

Coordinación Grupo de Comunicaciones:

Adriana Correa Mazuera

Coordinación editorial:

Tatiana Peláez Acevedo

Edición y corrección de estilo:

Nicolás Pernet

Diseño y diagramación:

Andrea Leal Villarreal

Impresión:

Panamericana Formas e Impresos. S.A.

© Nancy Prada Prada

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Calle 35 #5-81

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D.C. - Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Expropiar el cuerpo. Seis historias sobre violencia sexual en el conflicto armado*, CNMH, Bogotá.

Este documento es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Expropiar el cuerpo : seis historias sobre violencia sexual en el conflicto armado / Centro Nacional de Memoria Histórica y otros ; fotografía María Paula Durán. -- Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018

232 páginas : ilustraciones ; 23 cm. -- (Colección literatura)

ISBN 978-958-8944-87-6

1. Delitos sexuales - Colombia 2. Violación como arma de guerra - Colombia 3. Mujeres víctimas del conflicto armado - Colombia 4. Víctimas de la violencia - Colombia I. Durán, María Paula, fotógrafa. II. Centro Nacional de Memoria Histórica III. Serie.

364.1532 cd 2l ed.

A1591520

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Para Amaranta, Helena, Lilitana, María Isabel,
Sandra, Violeta y Yericla, en nombre de todas nosotras,
en nombre de todos,
infinita gratitud por la generosidad y valentía
con que abren surcos en el camino de la memoria.
Gracias por no resignarse al silencio.
Gracias por ayudarnos a entender.

CONTENIDO

Introducción.....	10
Prefacio	14
Y vino un ángel a salvarme la vida.....	18
“Yo desconfío hasta de la sombra mía”	54
“Ellos se fueron, pero a mí me dejaron el miedo”	94
Depredadores.....	126
Doce años en la cárcel del silencio.....	160
Es posible que estén escondidas	196

INTRODUCCIÓN

El presente libro reúne seis crónicas construidas a partir de la experiencia de vida de igual número de mujeres que han sido víctimas de violencia sexual en el conflicto armado colombiano. Con cada una de ellas la autora sostuvo múltiples encuentros que permitieron profundizar en los detalles de sus historias. Además, con cada una se compartió también el texto final, que sólo se dio por terminado cuando cada mujer se sintió plenamente recogida y dignificada en él, sin expresar ningún reparo sobre su contenido.

Esta dimensión del trabajo es importante, porque si bien se trata de textos con un registro literario, el libro constituye también un esfuerzo por favorecer la apropiación social de la memoria histórica a través de lenguajes distintos a los informes de investigación (la literatura, en este caso), y, por tanto, su construcción conservó no sólo fines artísticos, sino también de dignificación de las víctimas.

En algunos casos, por motivos de seguridad, fue necesario cambiar los nombres reales de las protagonistas e incluso otros datos que pudieran favorecer su ubicación actual. Tales cambios u omisiones no interfieren de ninguna manera en el sentido de las historias, cuyas protagonistas hicieron parte del grupo de mujeres que ofreció su testimonio durante el proceso de memoria histórica conducente al Informe Nacional sobre Violencia Sexual en el conflicto armado: *La guerra inscrita en el cuerpo*.

Dentro del amplio conjunto de testimonios recogidos para ese informe se seleccionaron estas seis historias, intentando que la muestra diera cuenta de múltiples aristas necesarias para entender el fenómeno de la violencia sexual en la guerra: variedad de actores armados que han sido perpetradores, diferencias identitarias de quienes han sufrido esta violencia, variedad en los tipos de violencia sexual, en las regiones donde se ha presentado, en las causas que la han motivado y en las representaciones sociales que le han dado sustento.

Sin embargo, el esfuerzo por seleccionar un conjunto de historias capaces de dar cuenta de las múltiples particularidades del fenómeno de la violencia sexual resulta, necesariamente, insuficiente. Seis historias son demasiado pocas para abarcar todos los aspectos que necesitan considerarse. No se incluye, por ejemplo, ninguna historia de una mujer lesbiana, o de una mujer transgénero, y, como ha documentado

antes el Centro Nacional de Memoria Histórica, la violencia sexual cometida contra estas víctimas tiene formas e impactos particulares. Tampoco se incluye una historia cuya protagonista sea una mujer afro, o con algún tipo de discapacidad, lo que supone sus propias especificidades. La colección no incluye ninguna historia en la que la víctima sea un hombre, aunque los hombres, en proporciones muy distintas y por razones diferentes, también han sufrido violencia sexual en el conflicto armado. Entre las múltiples ausencias que adolece una colección tan pequeña, se encuentra también la de una historia en que la víctima haya sido violentada exclusivamente por integrantes de la fuerza pública, realidad que ha sido documentada en sus informes no sólo por el CNMH, sino por muchas organizaciones de mujeres y por instancias judiciales.

Ante tantas ausencias sólo queda confiar en que esta colección de crónicas sea el primero de muchos esfuerzos en la misma dirección, que logren llenar los vacíos que aquí persisten, mientras que los aspectos que el texto sí logra recoger lleguen a tantos oídos como sea posible, que logren disponerlos para escuchar estas realidades que la apatía tiende a condenar al silencio y al olvido.

PREFACIO

“Los ‘hombres malos’ pueden ser peligrosos, es verdad, pero los ‘hombres buenos’, ya sean peligrosos o no, son el verdadero problema”

Gail Pheterson. *El prisma de la prostitución* (página 25).

Cuando estaba terminando de escribir estas historias y me sentía confundida sobre los efectos que ellas pudieran tener al ser publicadas, una amiga me contó una historia: alguna vez se había cortado un dedo profundamente; sin disponer del tiempo necesario para sus cuidados, no prestó mucha atención a la herida, la cual, aunque inicialmente muy dolorosa, terminó por cicatrizar. Sin embargo, en adelante, la movilidad de su dedo se redujo: sólo podía doblarlo hasta la mitad de lo que antes alcanzaba. Cuando su abuela se dio cuenta y averiguó que todo había pasado tras aquella cortada, diagnosticó: “Se trata de una herida curada en falso”. Para enmendarlo, la abuela colocó emplastos de apio con panela sobre la cicatriz, que terminó por abrirse de nuevo, y volver a doler. Al cabo de varios días,

sin embargo, los mismos emplastos limpiaron la herida, que al poco tiempo volvió a cicatrizar. Esta vez, el dedo había recobrado todos sus movimientos. Se había, verdaderamente, curado.

Pienso que las historias de este libro son como ese remedio de la abuela: pueden abrir heridas, que seguramente volverán a doler, pero que necesitan ser abiertas para sanar en realidad. No me refiero sólo a las mujeres que hacen el esfuerzo de regresar a los recuerdos escabrosos de la violencia sufrida, sino también a todas las personas que lean las historias y empaticen con ellas desde cualquier lugar posible: “sé lo que se siente”, “a mi hija también le pasó”, “¿ese es el grupo al que yo apoyo?”, “¿dónde estaba yo mientras estos horrores pasaban?”.

Estas historias pueden doler. A mí, personalmente, los meses de trabajo en ellas me removieron la vida. Constituyeron un acontecimiento, uno que me cambió, me está cambiando. Pero primero han sido el dolor, la rabia, la frustración y la vergüenza.

Las verdades que comporta la violencia sexual son profundamente dolorosas. Nos enfrentan a un espejo que devuelve la imagen de una sociedad en general, y unos sujetos en particular, capaces de actos de deshumanización aterradores. Actos de los que todas y todos en Colombia fuimos víctimas, perpetradores, espectadores apáticos o las personas que nunca se dieron por enteradas. Esto nos pasó.

La imagen en el espejo es dolorosa, porque todas y todos aparecemos en el reflejo. Sólo mirándola de frente, tal como es, podemos reconocer nuestro lugar y movernos hacia uno distinto.

En Colombia celebramos los tiempos actuales porque deseamos que los horrores de la guerra no se repitan, porque soñamos con que nos alcance la vida para conocer un presente de reconciliación nacional. Sin embargo, corremos el riesgo de que, en el afán, esos horrores se conviertan en "heridas curadas en falso". Que bajo la superficie cicatrizada con acuerdos, regulaciones y discursos políticos, se mantenga viva una herida que no nos deje avanzar con la potencia necesaria para que un futuro distinto sea, realmente, posible.

La construcción de ese futuro diferente necesita que nos miremos en el espejo del pasado. Al hacerlo, resultará evidente que en Colombia el problema no ha sido solamente la guerra. De hecho, la guerra resulta más bien un síntoma de las estructuras de poder imperantes: sexismo, racismo, clasismo, heteronorma. En el caso concreto de la violencia sexual, las historias de este libro muestran cómo la guerra ha sido tan sólo un accidente en la más larga historia de la violencia contra las mujeres. Cuando se examina de cerca, se hace evidente que las raíces de esa violencia particular estaban instaladas en la vida cotidiana desde mucho antes de que los grupos se armaran y comenzaran a disputarse los

territorios. El control social sobre los cuerpos cobró en la guerra formas particulares, pero las mujeres lo hemos resentido desde niñas, generación tras generación. Lo han ejercido también el hermano abusador, el marido celoso, los hijos demandantes, los vecinos acusadores, la publicidad estereotipada, los medios de comunicación sesgados, los credos fundamentalistas. El denominador común, entonces, no es sólo la guerra, es el tipo de masculinidad que encarnan los perpetradores. Ese es el verdadero problema.

Nancy Prada Prada

Y VINO UN ÁNGEL A SALVARME LA VIDA

En casa de Liliana, sobre una carpeta de crochet que reposa en una mesita de tres patas, está sentada una muñeca. Alcanzaría medio metro de altura si estuviera de pie. Está perfectamente ataviada: vestido de volantes y encajes color curuba, con zapatos que le hacen juego. Una balaca blanca le retira el pelo de la cara, dejando asomar solamente una línea de cabellos cortos sobre la frente, mientras el resto, frondoso y rizado, cae sobre la espalda. Sus brazos y piernas, abiertos de manera perenne, dispuestos siempre al abrazo, se extienden rígidos hacia el frente.

La muñeca se llama Liliana, como su dueña, quien cuenta que la tocaya se le apareció un día, la cabeza asomándole de entre una bolsa negra, abandonada en el baño de un centro médico. La prolongada espera le brindó a Liliana el tiempo suficiente para aguardar a que alguien viniera a buscar la bolsa, pero como pasó más de una hora y nadie vino, ella decidió que esa sería su muñeca, la que nunca tuvo en la infancia. La tomó como los niños que hallan su diente bajo la almohada a la mañana siguiente, sin rastros del Ratón Pérez, y se hacen a las primeras monedas que encuentran

por la casa, convencidos de que son suyas, de que un ratoncito las dejó allí para ellos. Su seguridad brotaba de un episodio reciente: hacía poco había ido con su madre al centro de Medellín, a buscar una muñeca para regalarle en Navidad a la nieta, y las vitrinas repletas de juguetes le resultaron alucinantes:

-Amá, ¡qué rico una muñeca! -se dejó decir Liliana aquella vez.

- ¿Por qué no comprás una de esas grandes, pa' vos? -respondió la madre.

Caída de la ensoñación por esa respuesta inesperada, Liliana reaccionó:

- ¡No! ¡Yo qué me voy a poner a botar la platica en eso!

-Comprátela, pues, que yo te la regalo -sentenció entonces su madre, que hablaba en serio porque recién había recibido un subsidio y llevaba dinero con ella.

Liliana lo dudó. Sin embargo, se impuso la razón:

-Amá, vea, vamos a hacer una cosa, si le vuelven a dar ayuda dentro de tres meses, me regala, pues, la muñeca.

Así quedaron. El sábado siguiente llegaron juntas a cumplir una cita en el centro médico y Liliana encontró la bolsa abandonada en el baño.

- ¡La muñeca que nunca tuve cuando niña! - celebró, mientras pensaba que la suerte le había ahorrado a su madre lo que aquel regalo podría costarle.

La llamó Liliana. Desde entonces la cuida, la viste con hermosos vestidos, y, cuando se siente triste, la baña y se queda largo rato acariciándola:

- ¿No ve que esta muñeca es como si fuera yo misma, de pequeña? -explica Liliana, quien pronto cumplirá medio siglo de vida.



Los abusos de Darío, el mayor de todos sus hermanos, comenzaron cuando Liliana tenía siete años. Desde entonces, muchas veces abrió los ojos y lo encontró prendido de su pecho, succionando lo que llegaría a convertirse en su pezón. Al comienzo, Liliana se imaginaba que eso era el cariño de un pariente. Aunque era raro que Darío lo hiciera siempre a escondidas, sólo con ella. O ¿sería igual para las otras? No se hablaba de esas cosas en la casa. La vida era callada a inicios de los años setenta en Ituango, Antioquia. Y más callada todavía en la vereda donde vivía Liliana, donde había nacido y donde vivía junto a su familia: el padre, hombre correcto pero distante, al que se debía respeto, al que no podía importunarse nunca con asuntos cotidianos; la madre, que les ponía a ella y sus hermanas pantaloncitos largos debajo de los vestidos, que Liliana recuerda como el escudo que tantas veces la protegió en medio de batallas que no se sabía librando; los hermanos y hermanas,

dieciséis en total, incluida la hermanita que murió recién nacida y fue enterrada en una de las laderas.

-Ay, no me moleste -atinaba a decirle Liliana al hermano, quitándoselo de encima.

Si hubiera entendido plenamente qué pasaba, habría podido decir otra cosa, pero no entendía. Hubiera querido sentir indignación, rabia, hubiera querido gritar, acusarlo. Pero sólo se consumía en vergüenza. Se lo sacaba de entre el camisón, se limpiaba la saliva y continuaba con los días, confundida.

Una mañana Darío se fue a trabajar a la troja donde guardaban el maíz. La madre le pidió a Liliana que le llevara el almuerzo a su hermano, porque ya estaba en edad de hacer esos mandados. La niña sintió terror: lejos, en la soledad de ese campo abierto, y a merced del hermano mayor, algo malo podría pasarle. No sabía exactamente qué, pero el miedo la hizo hablar.

-Amá, no me mande para allá -dijeron sus labios, mientras todo el resto del cuerpo le temblaba.

La niña relató a su madre lo que ocurría, lo que el hermano le hacía por las noches, pero no había terminado de hablar cuando una bofetada le reventó la boca:

-Dejá de hablar de tu hermano, que eso no se hace.

Tuvo que ir.

Por el camino rezaba con todo el fervor del que era capaz:

"Santísima Trinidad,
bendíceme, ampárame, ayúdame,
librame de mal y peligro
y de toda mala hora.
Que el enemigo que venga en mi contra,
en el momento sea vencido:
que tenga ojos y no me vea,
que tenga oídos y no me oiga,
que tenga manos y no me alcance".

Pero el cielo quedaba lejos, y la vida en la tierra era difícil.

Los ojos, los oídos y las manos de Darío la correataron y la alcanzaron. Los gritos de la niña, sin embargo, lograron detenerlo: él siempre se cuidaba de no ser descubierto. Luego se puso a almorzar, y Liliana, para no exponerse otra vez a la misma historia, le dejó la olla de la comida y regresó a la casa, todavía rezándole a la Santísima Trinidad. Entre rezos y oficios entretuvo la tarde.

Cuando el hermano regresó, la madre preguntó por la olla:

-Yo le dije a Liliana que esperara a que yo terminara de comer para traerla, pero ella se vino ahí mismo. Estaba toda grosera -contestó Darío.

La madre, entonces, en castigo por no cumplir con su deber, encendió la piel de la niña con un rejo.

-Amá, ¿qué es lo que una tiene que hacer pa' no valer nada cuando se casa? - preguntó Liliana poco después de casarse.

La frase recurrente del marido "tú no vales nada" dolía más que sus golpes y le resultaba más indescifrable. Ella pensaba que, tal vez, era por las cosas que su hermano le había hecho, que era eso lo que le restaba valor. Pero, entonces, su esposo estaba equivocado, porque -lo había aprendido después de casarse- Darío no le había hecho todo lo que habría podido. Si era eso, ella podría defenderse, alegar que las otras cosas no habían pasado nunca, y que, entonces, ella sí valía.

"Tú no vales nada" le gritaba José Antonio, el esposo, la primera noche. De la iglesia habían salido para la finca de la suegra, donde hubo fiesta. Hacia las once el recién estrenado marido dio por terminado el encuentro y mandó a todos, incluso a los numerosos amigos que le acompañaban, a dormir, dispuesto a acostarse con su mujer. Eran los tiempos en que una mujer se casaba y no sabía para qué. Era la noche en que Liliana iba a saber. Con la brusquedad acrecentada por los tragos, el marido comenzó a desvestirla. Liliana se resistió y salió corriendo hacia el cafetal, donde pronto fue alcanzada. José Antonio la devolvió a la casa, a fuerza de peinilla, en las piernas, en la espalda. "Dele duro", se oía gritar a la suegra, tras la ventana. "Tú no vales nada" gritaba el esposo esa primera noche, mientras la amarraba a la pata de la cama *para enseñarle*.

Pero Darío no le había hecho todo lo que habría podido. “Amá, ¿qué es lo que una tiene que hacer pa’ no valer nada cuando se casa?”.

“Ella no vale nada”, dijo el esposo a sus amigos. Fue al tercer día de matrimonio, cuando la suegra regresó a Santa Rita, con la procesión de nietos detrás. Sólo quedaron en la casa Liliana, José Antonio y una niña pequeña. Nuevamente la casa se llenó de hombres. “Ella no vale nada, ahí la tienen pa’ cuando quieran”. Y quisieron al poco tiempo. La barriga de Liliana llevaba seis meses albergando a su primer bebé cuando el esposo la llevó a vivir a otra parte, un rancho escondido entre las montañas. Cuatro de sus compinches le acompañaban esa noche; eran cuatro hermanos, que habitan desde entonces las pesadillas de Liliana: Donald, Reynel, Gildardo e Ignacio. Ignacio era el jefe. “Atiéndelos”, le ordenó a Liliana su marido. Y no hablaba sólo de lavar o cocinar. Ella no recuerda si fue esa noche, o las que vinieron, cuando le amarraron cada pie a un bejuco distinto. No recuerda si fue esa vez, o una de las tantas otras, cuando le clavarón alfileres en las uñas. ¿Fue esa noche cuando le echaron alcohol en el vello púbico y le prendieron fuego?

Luego de tres meses de estar en aquel rancho, nació su niña, que se asomó al mundo en casa de su abuelo materno. Allí habían llevado a Liliana en los últimos días de embarazo, cuando se puso bastante enferma. Ochos días habían transcurrido

desde el parto cuando la madre le ordenó regresar.

-Amá, no me mande para allá -suplicó Liliana.

-Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre
-contestó la madre.



José Antonio, el esposo de Liliana, y sus compañeros, eran integrantes del Ejército de Liberación Nacional (ELN). A la par que hacía trabajos como jornalero en las fincas vecinas, José Antonio se desempeñaba como *carrito* dentro de esa guerrilla, mientras que los demás estaban totalmente en el monte.

-Un 'carrito' es el que lleva y trae, el que hace los mandados. Por ejemplo, usted está trabajando para mí, y yo vendo coca, y yo le digo: 'Vaya asómese y mire si están por ahí los soldados para yo poder sacar esta carga'. A José Antonio también lo mandaban, a veces, a amenazar a alguna gente, y a conseguirles cosas a los guerrilleros: comida, ropa, armas -recuerda Liliana.

La guerrilla del ELN se había asentado en el bajo Cauca desde finales de la década de los setenta, y desde entonces reclutaba hombres, mujeres y niños en todos los municipios de la región, llegando hasta las veredas de Ituango. Tras su inserción y su despliegue de reclutamiento, las genealogías de esta guerrilla señalan que es hacia mediados de la década de los ochenta cuando el ELN tuvo un mayor crecimiento,

luego de su reunión nacional “Héroes y Mártires de Anorí”, en 1983, cuando pasaron de tener entonces cerca de 100 efectivos a sumar casi 1.000 en 1986. Su expansión alcanzó los departamentos de la costa norte, donde se formaron varios frentes de esta guerrilla, en los límites entre Córdoba y Antioquia. Para entonces, la región ya era disputada como corredor de circulación de armas y drogas ilícitas, y la población civil sufría los estragos de esa disputa.

-Llegaban los soldados y le decían: ‘don Roberto, vamos a llevarnos un bulto de panela’. Y él les decía: ‘Bueno: si les doy panela a ustedes, me mata la guerrilla, y si ustedes saben que yo le doy a la guerrilla, los que me matan son ustedes. Entonces ¿de qué me pego yo? De Dios del cielo, será. Cojan el bulto y llévenselo’ -recuerda Liliana la voz de su padre, el limbo en el que la guerra los mantenía.

Por cuenta de la presencia de ejércitos insurgentes, la gente que habitaba esas tierras fue rápidamente estigmatizada como guerrillera, y la estigmatización condujo a la muerte: en su afán contrainsurgente, paramilitares al mando de la casa Castaño perpetraron, entre 1996 y 1997, según documentación de la prensa, cerca de 150 asesinatos, entre ellos dos recordadas masacres, en Ituango: la del corregimiento La Granja, el 11 de junio de 1996, en la que asesinaron a cinco personas; y la del corregimiento de El Aro, el 22 de octubre de 1997, en la que fueron asesinadas catorce más. Tras los asesinatos, sobrevino una ola de desplazamiento forzado que dejó sin hogar a cerca de 700 personas. Todas las víctimas eran campesinas o

líderes sindicales. Carlos Mauricio García, alias *Doble Cero*, dirigió la operación en La Granja y Salvatore Mancuso en El Aro. Por las masacres de El Aro y La Granja, Colombia fue condenada por la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) por violación del derecho a la vida, dado que, en ambos casos, existió colaboración de la fuerza pública con los paramilitares.



-Si Liliana me deshoja todo ese maíz en la troja, yo le doy el vestido -dijo Darío, mientras tomaba su plato de sopa, de pie, en la cocina.

Era el vestido para la primera comunión. Liliana había añorado ese día desde que supo que existía. Veía en él una carta de redención: podría confesarse, contarle todo al sacerdote y recibir la absolución por los pecados que, si bien no había cometido, sentía como propios. Porque así de injusta es la distribución de la vergüenza y de la culpa. Cuando soñaba con su primera comunión, se veía con las manos juntas, a la altura del pecho, envuelta toda en un manto largo y blanco. El sueño se había estrellado con la realidad cuando el padre dijo que no tenían dinero para eso, pero el día que Darío tomaba la sopa en la cocina, la esperanza floreció de nuevo para Liliana: venía en forma de maíz deshojado. Cegada por la ilusión de caminar hacia el altar vestida como la

Virgen María, la niña aceptó el trato.

-Ay, Liliana, como se ve de linda con ese vestido -le dijo burlón, Darío, llegado el día.

Ella le devolvió una mala mirada, que pagó con el regaño de la madre:

-Desagradecida, ¿no ve que su hermano le regaló el vestido?

Liliana hubiera querido responderle, aclarar que Darío no le había regalado nada, que ella se lo había ganado, que aquella vez los demás habían regresado temprano a la casa pero ella se había quedado para terminar el trabajo, que Darío se había escondido para no volver con ellos y la había agarrado por la espalda una vez se alejaron; que hubo forcejeo, él tratando de arrancarle la ropa y ella resistiéndose, que estaba prácticamente desnuda cuando un señor que pasaba respondió a sus gritos: "¡Qué le está haciendo a la niña!", y que Darío la soltó y salió corriendo. Que sólo quedó ella para contestar: "Nada, nada, es que estábamos peleando", mientras se vestía, levantaba el butaco del piso y volvía al maíz. Que le había dado la medianoche deshojado esos tres bultos. Todo eso hubiera querido responderle Liliana a su madre, pero se calló. Y siguió pasando el tiempo.

Cuando Liliana tenía trece años, una de sus hermanas más grandes se fue de la casa: se había casado, le dijeron. Fue como descubrir una puerta que siempre estuvo allí, esperándola, pero que ella nunca había visto. No sabía qué había detrás, pero bastaba con que fuera cualquier cosa distinta

a esos días iguales, a tener los senos adoloridos y despertarse con ese líquido blancuzco y tibio, que salía del cuerpo de Darío, sobre las piernas. Casarse, irse. Ese fue su nuevo anhelo.

Los padres dijeron que aún era demasiado joven. No podía casarse todavía. Aquella puerta dejó entonces de tener forma de matrimonio y se quedó sólo con la imagen de irse. Irse de ahí. Huir. No recuerda tampoco cómo se hizo a la idea, tal vez fuera la Santísima Trinidad que la iluminó, pero recuerda que un día le dijo al padre, convencida:

-Apá, yo quiero estudiar.

-Vaya hágame un tinto y mañana voy al pueblo y miro pa' que estudie -le respondió el padre.

Liliana recuerda ese como un día feliz. La admitieron en segundo grado. A los dos meses la ascendieron a tercero y ese mismo año alcanzó a terminar cuarto de primaria. Pero un año de estudio pareció suficiente a su familia y no le dejaron regresar al siguiente, así que la vida continuó como Liliana la conocía: a la sombra del hermano abusador. Solía irse para una cañada, a llorar. Se arrodillaba y le imploraba a la Virgen que se le apareciera y la salvara.

Como la Virgen nunca se apareció, Liliana retomó su plan inicial de escapada: el matrimonio. Sin muchas opciones, cuando iba a cumplir diecisiete años, se comprometió con José Antonio, de quien para entonces apenas sabía que tenía veinticuatro años, que era el hijo de una familia vecina y que había llegado a la finca de Liliana para trabajar a

destajo. Esta vez no hubo vestido. Liliana le pidió la bendición a su padre y salió sola para el pueblo, a casarse.



Estando aún en dieta de la niña, Liliana volvió a quedar en embarazo. Ella sabe que, esta vez, el feto en su vientre era de Ignacio, el que mandaba sobre los demás, pues desde que Liliana regresó a él le había dado por enviar a los otros al monte y quedarse todo el día en la casa.

-A mí las manos que se me van quedar marcadas toda la vida no son tanto las de mi esposo, sino las de ese Ignacio -afirma Liliana.

A veces, cuando estaban solos, Ignacio se ponía cariñoso.

-Me decía que me amaba -recuerda Liliana-, pero yo ahí mismo le contestaba que cuál amor, que entonces por qué me hacía tantas maldades, ¿por qué me quemaba los vellos?, ¿por qué me metía esos tabacos de madera y me dejaba tan adolorida? Parecía que ellos no quisieran que mis bebés sobrevivieran.

El rostro apesadumbrado de Liliana, mientras lo dice, delata su certeza de que en esa frase sobra el "parecía". Le hacían tantas cosas buscando, justamente, que sus bebés no llegaran a nacer.

-A veces, luego de las golpizas, el niño se ponía a llorar dentro de mi barriga. Una vez mi esposo lo escuchó y se asustó. Por esos días vino el señor obispo

a La Granja y yo supliqué para que me dejaran ir. Me confesé: le conté al padre que el bebé lloraba así, antes de nacer. De lo que esos hombres me hacían no le dije nada: me daba miedo que me fuera a excomulgar -recuerda Liliana.

Era 1985. Hacía seis meses que su esposo y los cuatro hermanos se la habían llevado lejos, a ese rancho en medio de nada. Su niña tenía tres meses de nacida y el nuevo bebé crecía dentro del vientre de Liliana, cuando trajeron a Marina.

Era una niña de catorce años, aunque su menuda contextura le hacía parecer incluso menor. Tenía la piel y el cabello claros, mejillas prominentes y siempre sonrosadas. Vivía en La Granja, por los lados de la Sumadera, y estudiaba en el colegio. Se llamaba Marina López. Su llegada alegró a Liliana, quien, sumida en el aislamiento, vio en la recién llegada a una compañera, una amiga.

-Al principio la trataron bien. Ese día que llegó trajeron caderas de res y preparé sancocho -recuerda Liliana, acongojada por la inminente avanzada de recuerdos menos felices.

Uno de los hermanos, Gustavo, había seducido a la niña en el pueblo y la había traído a vivir con él. Con ellos. Muy pronto comenzaron a integrarla a las tareas exigidas también a Liliana: cocinar, lavar la ropa, hacer los huecos para enterrar las caletas con cosas que robaban de las fincas vecinas, tesoros siempre bajo tierra, por si pasaba el Ejército.

Liliana intentaba enseñarle a su compañerita desde cómo voltear las arepas hasta cómo usar la pica para

cavar la tierra. Pero Marina lo hacía mal. Las camisas arrugadas, la comida quemada, los dedos reventados que ya no podían lavar, las caletas a medias.

-La aporreaban mucho, y luego, como no servía pa'l trabajo que tocaba, la cogieron solo pa'la cama -agrega Liliana, recordando, ahora en la piel de Marina, su propia historia.

Habían pasado cerca de cinco meses y pronto iba a nacer el segundo hijo de Liliana, cuando mataron a su amiga.

-Marinita siempre tan fuerte. Nunca les agachó la cabeza, como sí me tocó a mí. Pero vea, a ella la terminaron matando -se lamenta Liliana.

Hubo una pelea. Gustavo la había golpeado por resistirse a llevar una carga y Marina estaba muy dolida. Se armó con un cuchillo, con la firme convicción de enterrárselo en el pecho a Gustavo cuando estuviera dormido, con tan mala suerte que el hombre fue más rápido y logró desarmarla:

- ¡Esta hijueputa! ¿Me quieres matar? ¡Pues hoy te vas a morir es vos, malparida! -fueron los gritos de Gustavo que despertaron a los demás.

Le amarraron un pañuelo en la boca y la enlazaron al estacón de la casa. Así pasó el resto de la noche y todo el día siguiente. Cuando oscureció de nuevo le ordenaron a Liliana cavar un hueco en la tierra. No habían traído nada para esconder. Al amanecer se oía el murmullo de los hombres afuera: discutían qué hacer. Al rato entró Ignacio:

-Usted va a tener que matar a Marina -le escuchó decir Liliana.

Ella suplicó, insistió en que no era capaz.

-Vea, Liliana -le decía Ignacio-, tranquila, yo le enseño. Mire, cuando usted mate el primero, le corta por aquí por el cuello y se toma un trago de sangre. Con eso ya queda *fin*a y verá que ya luego es más fácil.

En súplica para evitar el destino que se cernía sobre ella, Liliana recuerda haberle hecho demasiadas promesas a la Santísima Trinidad, más de las que ha sido luego capaz de cumplir. "A mí me ponen a matar a Marina y yo volteo el arma y me disparo", había decidido.

Entraron los demás hombres y sacaron a Marina. La tiraron junto a un palo, a pocos metros de la entrada.

- ¡Que la mate Liliana! -dijo Gustavo-, que ella es quien más la quiere.

-Así afinamos a Liliana -replicaron en coro los otros hermanos.

La muchacha intentaba gritar, pero como seguía con los labios atravesados por el pañuelo, sólo se oían gemidos. Resignado a la incapacidad de Liliana para cumplir esa orden, el mismo Ignacio encendió la motosierra, pero a Liliana no le permitieron retirarse. Comenzaron por los pies.

- ¡Y yo fui la que cavó la tumba para Marina! -se recrimina, aún, Liliana.

A medida que pasaba el tiempo, las cosas empeoraban. Un día se apareció por el rancho el padre de Liliana, cuando ella estaba a punto de dar a luz a su segundo hijo, justo a tiempo. El hombre la vio tan demacrada, al punto del desmayo, que decidió llevársela para el pueblo. El esposo -los otros guerrilleros nunca se dejaban ver de visitantes- intentó oponerse, pero el padre se enojó: "¡A esta muchacha hay que sacarla ya a que la vea un médico!". Liliana desvariaba:

-Apá, mirá ese gato que me quiere morder - repetía, con los ojos en ninguna parte.

Al menos eso le contó luego el padre, porque ella no lo recuerda.

- ¡Se me murió mi muchacha! -fue lo último que Liliana le escuchó decir, antes de quedar inconsciente.

De nuevo en la finca del padre, nació el segundo hijo, un niño. De nuevo, quince días después de parir, ella tuvo que regresar junto al marido, llevando consigo a su niña mayor y al bebé recién nacido.

Entonces su principal tormento fue el hambre: los hombres se iban con frecuencia para el monte, durante varias noches, y la dejaban por su cuenta. Inquieto por su salud, a veces su padre la visitaba. Le llevaba un pucho de miel y un par de panelas, que ella guardaba como tesoros para alimentar a sus hijos. Apenas lograban sobrevivir.

Durante una de aquellas prolongadas ausencias de los hombres, cuando el bebé tenía siete meses, cayó enfermo. Liliana no lograba detenerle la diarrea. Pareció un milagro que, cuando hervía el

último trozo de panela, viera pasar un pichón de armadillo, un gurrecito, y que, fortalecida por el desespero, lograra matarlo y preparar un caldo. Sin embargo, el niño empeoró durante la tarde.

Santísima Trinidad, sálvame al niño.

Papi, no se me vaya, quédese aquí esta noche y mañana conseguimos algo, alguien.

Virgen María, mi niño.

Papito, ¿usted se va a ir y me va a dejar?

Padre, hijo y Espíritu Santo, sálvenme al niño.

Hijo, si te vas a ir, ayúdame a salir de aquí. No nos abandones a mí y a tu hermana aquí.

Santísima Trinidad, apiádate de mí

Alguien, ayúdeme.

Había caído del todo la noche cuando el niño dejó de respirar. La niña dormía. Liliana salió del rancho y gritó muchas veces: "¡El niño, el niño se me murió!". Nadie. Nada. Entonces regresó adentro y con la calma taciturna de quien ya no tiene qué esperar, hirvió unos gajos del naranjo, cogió entre sus brazos el cuerpo del niño y lo bañó. Ya sobre la mesa, envuelto en pañales, a manera de vestido, pensó que el niño parecía un ángel. Salió de nuevo y recogió unos cartones del suelo, en los que dibujó dos alas. Las recortó y las forró también con telas de pañal. Acomodó a su ángel sobre las alas, encendió dos velas y se estuvo ahí, mirándolo, hasta que amaneció.

-A veces estoy sola en la cocina de mi casa y me remuerdo tanto: ¡tener ahora toda esta comida

y mi niño haberse muerto de hambre! -dice, entre lágrimas.



El agotamiento la venció y, finalmente, Liliana se quedó dormida. Cuando despertó, su hermano yacía a su lado y le lamía el pecho. Era una imagen conocida, incrustada a fuerza de dolorosa monotonía en la memoria de su piel, así que tardó en darse cuenta que ya no era 1974 y ya no tenía siete años; que tampoco tenía ya los nueve de su primera comunión, ni los trece de suplicar a la Virgen una puerta de salida. Hacía un año que su bebé había muerto. Era 1989 y, la noche anterior, había dado a luz a su tercer hijo. ¿Por qué, entonces, seguía ahí su hermano?

- ¡Darío! ¡Si no me respetás a mí, respetá a tu mujer que está embarazada! -le dijo enérgica, golpeándole la cara.

Se habría ido ese mismo día de aquella casa, la del padre que la había acogido en desgracia, pero acababa de parir y estaba demasiado agotada para levantarse. Había llegado días antes desde el pueblo, de la casa donde se había instalado la madre, que no quiso recibirlas, a ella y a su pequeña hija, cuando regresaron de Medellín. Regresaron porque allá habían echado del trabajo a Liliana, al enterarse de su avanzado embarazo. Era el trabajo que le habían conseguido las monjas del curso de

fileteadora y máquina plana, después de huir de la casa del policía, lobo disfrazado de oveja, que la encontró sin nada en las calles, recién llegada y con una niña de la mano, y se la llevó como empleada doméstica. Estaba en las calles de Medellín, luego de escapar de los hombres del monte, entre ellos su marido, sin saber aún que las violaciones que siguieron al entierro de aquel ángel perdido la habían preñado nuevamente.

Darío, casado, con dos hijos pequeños y un tercero en camino, continuaba en la casa del padre, la misma casa de la que Liliana habría salido corriendo tan pronto se dio cuenta de que el hermano seguía en su cama, de no ser porque acababa de parir y estaba demasiado agotada para levantarse.

Aunque se esperaba que fuera después, Liliana parió, como la Virgen, un 25 de diciembre. Su hija mayor, sin quererlo, había adelantado la llegada del bebé, con el reclamo que desgarró el corazón de Liliana: con el gesto de quien expresa una verdad simple y dolorosa, sin apasionamiento, sin lágrimas, con una tristeza llana y pura, le había dicho la noche anterior: “Ay, mamá, tan bueno pa’ ellos que el Niño Dios sí les vino, en cambio nosotras no tenemos ni papá ni Niño Dios”.

Tan pronto tuvo fuerzas para levantarse, y para pensar, Liliana agarró a sus hijos y salió para el pueblo, con diez mil pesos que el hermanito menor le regaló, como único capital. En Ituango comenzó a trabajar en una finca, cocinando para los trabajadores. Allí no duró mucho, porque las manos

del patrón se mostraron cada vez más lascivas. Apenas reunió lo del pasaje a Medellín, se marchó.

-Yo no sé por qué, no sé, es como que el cuerpo le queda a uno sucio, porque todos me buscaban para eso -se lamenta Liliana.



Tras la noche en que Liliana veló a su hijo muerto, el marido y los otros hombres regresaron al rancho. Entonces Liliana les suplicó que la dejaran ir al pueblo a enterrar al niño. No quería dejarlo en esas montañas sembradas de almas asesinadas. Tuvo que jurarles muchas veces que regresaría apenas lograra darle cristiana sepultura. Con la criatura en brazos y la niña de la mano, Liliana alcanzó la orilla de la carretera, por donde pasaba en ese momento don Martín, montando su mula negra.

-Era el esposo de la señora Luz Helena, un señor morenito, delgadito, muy lindo, muy amigo de mi papá y muy querido en el pueblo. Tenía una tienda. Incluso una vez me regaló un tarro de leche para la niña, se lo saqué fiado y nunca se lo pagué. Al final terminó diciéndome: 'Deje así, yo le regalo eso' -recuerda Liliana, dejando ver que, pese a los años, esa culpa también la corroe todavía.

Don Martín, generoso como siempre, le prestó a Liliana la mula para que pudiera llegar al pueblo.

Cuando regresó al rancho, Liliana encontró un hueco cavado, como el que antes había tenido ella que hacer

para Marina. Era Gustavo quien estaba terminando de sacarle tierra y Liliana pensó que esa tumba tenía su nombre, que la estaban haciendo para ella, por si no regresaba. Sin embargo, al poco rato aparecieron los demás. Traían un hombre amarrado, golpeado. Era don Martín, que le dirigió una mirada de resignada tristeza, con la que, a veces, Liliana todavía sueña.

-Don Martín, ¡perdóneme, perdóneme! -le dijo, mientras lo abrazaba.

-Yo no tengo nada que perdonarle a usted, Liliana -le respondió el hombre.

Adentro del rancho, Liliana podía escuchar la motosierra y los lamentos de don Martín. El hueco que Gustavo había cavado era para él.

- ¿Su error? Prestarme la mula para que yo bajara el niño al pueblo. Que por sapo, le decían, 'por meterse en lo que no le importa', porque había pasado por ahí, me vio y me ayudó, pero también los vio a ellos. ¡Matar a ese señor solamente por hacer un favor!

"Somos mujeres, así son las cosas", podría haber sentenciado doña Ruth, la madre de Liliana, porque, en efecto, así fueron para ella, y para su abuela, y para todas las mujeres que alcanzaba a recordar. Los mundos posibles se abren paso en la imaginación a marcha lenta, cada generación haciendo lo que puede, encaramándose en el paso, a veces invisible,

que logró su antecesora. Tal vez no era Ruth, entre sus coetáneas, la llamada a avanzar; tal vez lo hizo de maneras que no se pueden ver. Liliana no lo vio nunca durante su juventud, ningún esbozo de empatía, ninguna muestra de estar de su lado.

-Amá, no me mande para allá -le suplicó, en vano, muchas veces.

Ruth recordaba pocas cosas de su infancia, con tanta claridad, como recordaba la sensación del agua con sal deslizándose por su piel cubierta de las heridas abiertas que dejaban, al reventarse, las ampollitas que sacaba el rejo.

-A ella la mamita la salaba de pequeña, y luego ella alcanzó a hacerlo también con nosotros -se explica a sí misma Liliana-, por eso mis hermanas le cogieron bronca. Una se fue de la casa porque le dio con un palo de escoba en la cabeza, delante del novio. Ella decía que le pegara cuando quisiera, pero no delante del novio. La otra se fue también por una pela. Y así.

Era casi medio día de aquel día de diciembre que Liliana arrimó a la casa de la madre. Estaban secando un arroz con costilla de marrano y Liliana venía hambrienta. Además, venía embarazada, "quién sabe de quién, por andar allá en Medellín, en vez de quedarse con el marido". Liliana tuvo que irse, todavía hambrienta. Ruth negó, demasiadas veces, que aquello hubiere pasado. Las mismas veces que negó saber que su hijo, Darío, le hubiera hecho algo impropio a su hermana, o a nadie.

-Cuando estábamos velando a mi mamá, mi hermana menor se acercó al ataúd y le mostró sus cicatrices: "Má, ¿sí le pidió perdón a Dios, o al Diablo, por como me dejó? Siquiera ya se fue de este mundo la que me pegaba tanto" -recuerda Liliana.

-Los últimos cinco años de su vida mi mamá vivió conmigo. Tenía casi ochenta años y nadie más quiso recibirla. Yo sé que mi Dios la trajo al final a mi casa para que yo le enseñara muchas reflexiones de la vida -afirma Liliana, tras contar que, en diciembre de 2016, su madre falleció.

Un marido, dieciséis hijos y una casa que sostener se llevaron la juventud y la adultez de Ruth. Nunca hubo tiempo para mucho más que parir, y limpiar y castigar. Era brava y todo el mundo en la vereda la trataba con un respeto bastante parecido al miedo. Ningún marrano que hubiera osado probar una de sus matas de maíz salió nunca con vida; envenenaba animales, rajaba leña y, si se le contradecía, asentaba golpes con toda la fuerza que el trabajo del campo había esculpido en su cuerpo.

-Una vez mi papá le llevó unos zapatos, eran negros y con flores. A mi mamá no le gustaron, 'que esos zapatos floridos tan cochinos', y le estrelló un zapato en la cara. Él se lo devolvió, pero ella logró esquivarlo y el zapato cayó al fogón. Ella cogió el otro y lo echó también. Entonces mi papá corrió a sacarlos: '¡No ve que me costaron plata!'. Mi mamá cogió la varilla con la que volteaba las arepas y se la estampó a él en la espalda -recuerda Liliana.

El padre salió, adolorido, para el zaguán. Prendió su radio de pilas, que era su adoración, y recién lo había encendido cuando la esposa le arrebató el aparato de las manos y lo estrelló contra la pared. El padre recogió los pedazos y se fue para el cafetal, donde se sentó a intentar unirlos. Fue la única vez que Liliana lo vio llorar.

Liliana ha intentado muchas veces recibir en su casa a su hija mayor, que ya tiene más de 30 años y es madre de tres niños. Pero cada vez el intento ha fracasado por lo mismo: no se soportan. La hija es agresiva con los niños, malgasta el escaso dinero que consigue, “mete muchos hombres a la casa”. Ahora Liliana ve por sus nietos hasta donde se lo permiten las condiciones, y la autoridad de la hija; les ofrece un agua de panela cuando le piden ayuda, pero nada más.

-A la niña no le puedo dar más la mano, porque ella tiene una forma de vivir y yo tengo otra - afirma, sin resignarse del todo, Liliana. ¿O Ruth?

A veces se pregunta si será culpa suya. Si la hija es así de agresiva porque recuerda lo que pasaba cuando estaba aún en el vientre, porque recibía el desgarramiento de las embestidas, el ardor de los golpes, y, sobre todo, la inmensa rabia con la que, en ocasiones, Liliana lograba defenderse. A veces se pregunta si su hija la odia.

-Yo quería que ella tuviera una vida diferente a la mía. Eso era lo que más le pedía al Señor, pero, al final, también le ha tocado sufrir.

Ahí estaba el grupo, en ese pequeño consultorio en la Unidad Municipal de Víctimas, escuchando el relato desgarrado de Liliana:

-‘Ella no vale nada, ahí la tienen pa’ cuando quieran’. Y entonces ya no era sólo mi esposo, sino también los otros guerrilleros, los cuatro hermanos, Ignacio, Gildardo, Reynel y Gustavo, que hacían y deshacían conmigo, y a mí me dolía todo el cuerpo y no había comida y el niño, el niño se me enfermó y yo traté de curarlo, pero no pude.

Mantiene la mirada fija en un punto de la habitación que sólo ella logra ver, el punto donde aquellos hechos, como los rollos de una película, giran infinitamente.

-Liliana, respira, respira -le dice la sicóloga del equipo cuando comienza a temblar.

-Es insoportable -responde, con el rostro bañado en lágrimas.

Tiene los codos apoyados en la mesa, las manos levantadas le cubren la cara. Agacha la cabeza y guarda silencio.

-Mira, hagamos algo. Sígueme. Estás pensando en esos momentos. Míralos bien, estás ahí y duele demasiado. Mírate, en ese lugar, con esas personas, ¿te ves?

- ¡Es tan horrible!

-Ahora te vas a salir y vas a volver aquí, a este momento en el que estamos juntas, conversando. Eso que pasó lo vas a ver allá, en el pasado. Eso pasó allá, y

ahora estás aquí. Quiero que lo veas desde afuera. Mira a esa mujer que está ahí sufriendo, a merced de ellos, enterrando a tu hijo. Y ahora mírate tú, que saliste, que estás aquí. ¿Qué le puedes decir a esa mujer?

-Que ya pasó, ya pasó -acepta Liliana, mientras recobra el ritmo de su respiración.

-Ya le puedes decir a ella que eso va a pasar, que estarás a salvo. Lo que sucedió no se puede cambiar, hace parte de tu vida, de tu historia, pero lo importante es que está lejos, en el pasado. Ellos ya no pueden dañarte.

Mientras escucho a Liliana, los rollos de mi propia película comienzan a girar. Un primo mayor, de pie en la habitación de la niña de seis años que fui, con los pantalones abajo, se masturba. El recuerdo está envuelto en bruma, nunca logro saber si lo soñé o realmente pasó.

-A mí todo esto me parece como un sueño -dice Liliana. A veces me acuesto y no puedo dormir, pienso en estas cosas y me digo: ¿será que estoy soñando? ¿Será que nada de esto me pasó de verdad? Pero pienso bien, y sí, lo viví. Luego me acuerdo que me ayudaron, que mi ángel me sacó de ahí. Empiezo a orar y por fin me quedo dormida.

- ¿Quieres contarnos algo más? -le preguntan más adelante, luego de casi tres horas de conversación.

-No, yo creo que eso es todo -contesta Liliana.

- ¿Cómo te sientes? ¿Está bien para ti haber hablado con nosotras?

-Sí, aunque, pues, me siento como con un poquito de pena.

- ¿Pena de qué?

-Pues de eso que les conté... qué pena con ustedes, muchachas.

- ¿Con nosotras? Ay no, por favor no, tú no tienes nada de qué sentir vergüenza. Vergüenza debería darle a las personas que te han causado tanto dolor-dice, enfática, mi compañera.

-Cuando me operaron, lo que más me entristecía era que tal vez podía morirme ahí, sin haberle contado esto a nadie. Le pedía tanto a la Santísima Trinidad poder compartirlo, que alguien me escuchara. Miren que una vez vi un programa en la televisión, unas señoras contaban unas historias tan tristes, y yo pensaba, ojalá y pudiera contar también, que la gente sepa que estas cosas pasan, a ver si todos hacemos algo y ya no nos pasa más -agrega Liliana.

-Y ahora, gracias a tu historia, otros van a saberlo, y otras se van a llenar de tu valor -concluimos.

Abrazos. Se termina el café que seguía servido y el grupo sale hacia el restaurante, juntas, en el presente.

La niña de seis años que fui, sigue sola en esa habitación, frente al hombre enorme que le dice que lo vea, que lo toque. Luego todo es más borroso. Alguna vez, quizá, también esa niña tendrá el valor de susurrarme al oído la historia que guardan esas brumas.

-Entonces regresé a Medellín y en 1995 conocí al que hoy en día es mi esposo. Empezamos a charlar, yo con mucho miedo, pasaron como dos años, él me colaboraba sin interés, pero me iba a tocar o abrazar y eso yo pegaba un berrido que ni pa' qué lo cuento, y yo le decía: 'A mí no me gusta que me toquen, no me gustan los hombres'. Él, a veces, entendía mal, entendía que a mí me gustaban las otras mujeres. El caso fue que empezamos a ayudarnos mutuamente y empezamos a salir, sin derecho a nada: como hermanos. Yo lo quiero a él como un hermanito. Nosotros tenemos intimidades, pero... no, cómo le digo yo, es un amor distinto. Él es una persona que no me trata mal, trata bien a los niños. Imagínese que en el proceso, él trabajando, yo trabajando, compramos un lotecito en San Javier - La Quiebra, en Medellín, y ahí nos fuimos a vivir en el 99. Un día -no sé cómo, yo digo que fue a través del esposo mío, el primero, que debió decirle a los otros- se aparecieron unos hombres de esos en la casa: 'Necesitamos hablar con usted, pasamos mañana a las tres, usted no se nos escapa, no le puede decir a nadie, o paga'. Y empezó otra vez el calvario. Al otro día le dije a la patrona que me iba a una cita médica. Llegué a la casa. Me entregaron dos armas, una chaqueta negra, y me hicieron llevar las armas hasta la terminal de transporte. Eso pasó tres veces. Una vez me hicieron pasar una libra, pues, cómo le digo, de droga será. Otro día me hicieron ir al terminal de transporte y la Policía hizo un operativo, pero gracias al Señor yo ya había botado eso en el baño, y me les volé por

otro lado. Yo le decía a mi esposo, al nuevo: 'papi, yo no quiero seguir más en esta casa'. Me la pasaba en la pieza, cosiendo y llorando. Una vez, uno de ellos me llevó por allá, a una residencia en el centro, y me volvió otra vez con lo mismo, con arma y todo, a desnudarme, a cogerme. Ya los niños empezaron a crecer, y yo decía: '¿cómo voy a hacer para sacar a la niña de acá? Mi esposo se va a ir si le cuento la verdad, y yo, ¿qué voy a hacer sola?'. Entonces uno se pone a pensar si decir o no la verdad, y, pues, no la dice. Otra vez me dijeron que fuera a la Terminal del Sur, me dieron la chaqueta con dos cañones y un revolver pequeño, cogí el taxi, y cuando llegué, les dije: 'Vean que le voy a decir todo a la Policía aquí mismo si ustedes me siguen amenazando, ya no voy a seguir pasándoles estas armas a ustedes'. Un man de esos me iba a tirar, yo iba a correr y me alcanzó. 'Te vamos a matar', dijo, tenía una jeringa y me la enterró. Yo creía que me habían inyectado veneno y empecé a llorar. Cogí un taxi y me fui pa' la casa, llegué gritando: '¡Papi, vea que me inyectaron veneno!'. Él cogió y me llevó al hospital, me hicieron unos exámenes y me dijeron que era que yo tenía problemas psicológicos. Me metieron a esa clínica psiquiátrica, y ahí duré veintiocho días, pero vea cómo son las cosas, esa clínica me sirvió mucho, porque ya esos hombres se enteraron que yo estaba internada, que estaba muy grave, y entonces ya se abrieron. Mi esposo me visitaba y yo le decía que no quería volver allá a ese barrio. Entonces él aceptó y se vino a pagar arriendo pa' otra parte. Pero ya

en el barrio nuevo pasábamos era en medio de la balacera, que mataban a uno, que mataban al otro. Yo estaba embarazada otra vez, ya como resignada a vivir en esa situación, siempre. Estaba recién subido Álvaro Uribe, y empezaron dizque a limpiar los barrios: llegaban y picaban a los muchachos, que milicianos, y los metían en una carreta. Yo vi cuando estaban picando a uno, y él decía 'les suplico, vea, no me maten', pero lo siguieron arrastrando con un lazo. Ya le habían cortado las dos manitos. Al final apareció con el cuello y la barriga abiertos, el pajarito en la boca y un papel colgado: 'Por sapo'. A mis dos vecinas también, doña Ana, que vivía de vender morcillitas, y la otra: pusieron a correr a las viejitas y después les dieron bala. A ellas también les colgaron su letrero: 'Por alcahuetas'. Luego supimos que era que doña Ana le había lavado dos mudas de ropa a unos muchachos que eran paracos, y vea, por ganarse tres mil cagaos pesos la mataron los milicianos. Mataron a tanta gente: a Darío Tierra, el que vendía arepas; al señor Rubén, que era el que nos traía el agua, lo picaron por las escalas. Otra vez tenían una muchacha amarrada a un palo de mango, que porque se ponía minifaldas. Y ella gritaba '¡auxilio, auxilio!', y esos hombres haciéndole de todo. Le metían el revolver en la boca. Yo pensaba en las cosas parecidas que me habían pasado, y me pegaba a la Santísima Trinidad. Una vez llegué a la casa y estaban por ahí dos hermanitos, les gustaba mucho beber, y cuando se emborrachaban ponían mucho problema. Los iban a matar y los pusieron

uno contra el otro, los pusieron así y les dieron, ahí junticos. Yo estaba parada al lado, a mí me tocó ver todo, porque usted viene del trabajo pa' la casa, y pasa, y mira, entonces, ¿yo qué hice?, me pasmé, y me encomendé a la Santísima. Cuando ellos me vieron ahí parada me dijeron: 'Desaparecete de por aquí o te vamos a quebrar el culo'. Al otro día le dijeron a mi esposo que se tenía que ir, 'porque los sapos morían estripados', y nos tocó salir. Nos fuimos para un apartamentico por ahí cerquita a San Javier, y luego vinimos pa' Caicedo, pero allá también se puso malo, esas balaceras, entonces pedimos un préstamo y compramos en otra parte el lotecito donde estamos ahora. Empezamos como a construir y vea, aquí vamos.

-El niño menor ya tiene catorce años y está en séptimo, es un amor ese culicagado, todo cariñosito, cuando me ve triste me consuela. El otro niño tiene veintisiete, él es un amor también, no es violento. Quería estudiar pa' sicólogo, pero no pudo, prestó servicio militar y ahora está estudiando, yo no sé cómo se llama eso, como de empresas, ya ahorita empieza las prácticas. La hija sí me salió loquita, igualita al papá. Ya tiene tres niños. Se fue pa' Bogotá con un muchacho de aquí de Medellín, pero ya se devolvió. Es muy bruta pa' castigar, salió al papá que todo son golpes, y también en lo físico. Idénticos. Una niña se la quitó un tiempo Bienestar Familiar, y yo peleé mucho porque la devolvieran, porque esa es la única nietecita que tengo.



A la última de las hijas de Ruth la llamaron María del Carmen. Nació una tarde de febrero, en medio de las verdes montañas que alguna vez integraron el gran territorio catío, habitado por gentes bravas y luchadoras, lideradas por el cacique Anbaibe, y luego por su hijo, el cacique Nutibara. De haber llegado al mundo cuatro siglos antes, María del Carmen habría integrado la valiente resistencia que su pueblo opuso al invasor español y al despliegue de su ferocidad, animada por la búsqueda de los tesoros que esta tierra escondida prometía. Los tesoros del templo de la diosa Dabeiba, por ejemplo, la bella hija de Karagabí, dios creador, a quienes los colonizadores endilgaban el patronato de un templo edificado completamente en oro, en el corazón de la montaña, tejido de perlas y piedras preciosas.

Las mismas tierras que hoy ven avanzar la construcción de una presa de 225 metros de altura y 20 millones de metros cúbicos de volumen sobre el río Cauca, que, junto a la central subterránea y los túneles de descarga, conformarán HidroItuango, la empresa de energía eléctrica más grande de Colombia -duplicará la producción de energía de represas como El Guavio, San Carlos o Urrá- y la segunda en capacidad de Suramérica. El costo de la obra se mide en vidas: la vida de las casi cuatro mil hectáreas de bosque seco tropical que la circundan, y de muchas especies animales terrestres que se verán desplazadas; la vida de peces comerciales,

como el bocachico, que desaparecerán de un extenso tramo del río al interrumpirse su migración natural. La vida de las familias pescadoras y barequeras de ese cañón, cuya cultura quedará sumergida con las inundaciones. La vida de los damnificados por el desbordamiento de los afluentes del río. La vida de líderes campesinos perseguidos por su decidida **oposición al proyecto hidroeléctrico de Empresas Públicas de Medellín**. De haber vivido hoy en esas mismas tierras, María del Carmen, tal vez, habría tenido que abandonarlas, por las buenas o por las malas. Las ganancias de la obra, sin embargo, se miden en dólares: la empresa liderará la exportación de energía en la región.

Pero no fue hace cuatro siglos, ni hoy, que la recién llegada al mundo, María del Carmen, abrió los ojos. Fue en 1972, en una familia extensa -a la usanza antioqueña- de un corregimiento ituanguino de difícil acceso. Las guerrillas, valiéndose de los corredores de la cordillera Occidental, habían entrado al territorio algunos años atrás y se habían asentado allí grupos del ELN, del Ejército Popular de Liberación (EPL) y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Tampoco a ellos habría podido verles María del Carmen, quien, probablemente a causa de su prematuro nacimiento, venía con los ojos nadando en sangre.

-Ay, otra culirrajada -fue el recibimiento que escuchó de la madre.

Sus hermanos querían conocerla, alzarla, presentarle el mundo, pero su corta existencia no les

dio tiempo. El padre enterró a la bebé en la misma finca. María del Carmen se había librado de crecer allí donde Liliana casi no logra sobrevivir. ¿Del lado de quién estaba la suerte?

En eso pensaba Liliana la noche eterna que pasó mirando a su niño-ángel tendido sobre la mesa: que esas tierras estaban sembradas de muertos, que su hijo no iba a tener el mismo destino, no iba a reposar para siempre en un hueco al lado de Marina, que le daría cristiana sepultura, porque, a cambio, el niño regresaría a salvarlas de aquel valle de lágrimas.

Y así fue. Aunque muchos años después, cuando volvió al cementerio de Ituango a enterrar al padre, ya no encontró rastros de la tumba del niño, aquella vez Liliana logró llegar al pueblo y sepultar a su hijo en tierra santa. Luego, dice ella, el niño les hizo el milagro:

-Pese a todo lo que pasó, ese niño quiso nacer. Venía a salvarme la vida. Porque después de todo esto, yo ya estoy, por fin, a salvo -concluye Liliana.

“YO DESCONFÍO HASTA DE LA SOMBRA MÍA”

A primera vista, los ojos de Amaranta parecen oscuros, pero más de cerca puede verse que una línea, del mismo tono azul que tenían los ojos de su madre, bordea el iris castaño. Casi no usa maquillaje. El cabello, que cae sobre sus hombros delineando la cara redonda, oculta bajo la tintura canas abundantes. Para celebrar el medio siglo de vida que acaba de cumplir, Amaranta planea tatuarse la imagen de un ave Fénix, porque, al igual que el ave, ella ha resurgido de entre sus propias cenizas.

Un par de años atrás, las veces que debía dar otro nombre para preservar su identidad, decía llamarse Soledad.

-Pero ahora pienso que *Soledad* es como una persona que no ha salido del pozo en que lo deja a uno la violencia, que no quiere salir. Y ahora yo sí quiero salir. Por eso ya no soy más *Soledad*.

Es Amaranta, como la flor que nunca se marchita para siempre; la que, al terminar un ciclo, muere para después volver a brotar. Amaranta, a quien la violencia armada arrebató la estridencia de los pericos al atardecer, el mote de queso de su madre los domingos, el violeta que sólo dibuja el sol al ponerse en el valle del río Sinú, y, durante mucho tiempo,

el sentido mismo de la vida, es una cordobesa que conoce muy bien, en carne propia, los límites de la degradación que alcanzó la guerra en Colombia.



En un país con 1.122 municipios, algunos divididos hasta en cientos de corregimientos, que agrupan a miles de veredas, es difícil retener -a veces ni siquiera conocer- el nombre de tantos lugares. Algunos, sin embargo, llegan a hacerse célebres por un conjunto complejo de circunstancias que ubica allí un evento memorable para la nación. Es el caso del corregimiento de Santa Fe de Ralito, municipio de Tierralta, en Córdoba, que ha quedado inscrito en la memoria colectiva del país como el punto principal de los 368 kilómetros cuadrados que el gobierno de Álvaro Uribe Vélez dispuso para la negociación con las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) entre los años 2003 y 2006. En la vida sencilla de tan sólo un millar de habitantes se alzan todavía las enormes edificaciones que alguna vez albergaron a los más temidos paramilitares de la región -incólumes algunas, en ruinas la mayoría- para atestiguar el paso de aquellos protagonistas de la barbarie.

El 15 de julio de 2003 se firmó allí el Acuerdo de Santa Fe de Ralito, que pactaba la desmovilización gradual de los paramilitares confederados en las AUC, hasta su total desaparición, que debía ocurrir

en 2005. Hasta entonces permanecerían en zonas de concentración y mantendrían el cese al fuego. La desmovilización paramilitar requería una normativa que le diera viabilidad y sustento, para lo cual el Gobierno impulsó en el Congreso la que se convertiría en la Ley 975 de 2005 o ley de justicia y paz. Como correspondía, entre sus principios la Ley contemplaba la reparación a las víctimas y las garantías de no repetición, que pasaban por la desmovilización y el desmantelamiento de los grupos armados al margen de la ley. En el papel, que todo lo aguanta, la Corte Constitucional había incluido, además, la obligatoriedad de decir la verdad para hacerse a los beneficios de la justicia transicional: los paramilitares desmovilizados perdían sus prebendas si se comprobaba que habían seguido delinquiendo, o si, en sus declaraciones, mentían u omitían información sobre sus crímenes.

Lo que pasó, no en el papel sino en la vida, fue que el Gobierno nacional extraditó a varios de los grandes comandantes paramilitares para que cumplieran penas por delitos de narcotráfico en Estados Unidos, mientras que las víctimas se quedaron sin la parte de verdad que hubieran podido ofrecerles. Otros, mandos medios y tropa, se enfilaron en el proceso de desmovilización, demasiadas veces aceptando sus beneficios sin cumplir con el pacto real de dejar las armas, volviendo al territorio a disputarse las zonas abandonadas por sus comandantes y reciclándose en nacientes estructuras paramilitares: los mismos, con otros nombres.

Amaranta sabe que todo lo que pasó en Ralito nunca estuvo bien. “¿Cuál desmovilización de qué -dice- si de allá era que iba y venía ese hombre?”. Se refiere al hombre que la esclavizó sexualmente. Era uno que llamaban *El Pambe*.



Amaranta nació en Montería, Córdoba, en 1967. Cuando cuenta su historia prefiere omitir los detalles exactos de muchos lugares, porque algunos miedos no se disipan: la realidad del país no permite que se disipen. En cambio, Amaranta enfrenta todavía en el presente riesgos y amenazas.

Fue la mayor entre los cuatro hijos del matrimonio que integraban don Pepe y doña Carmenza, una pareja de lazos fuertes pero escasos recursos, que pronto necesitó también de las manos de su primogénita para alimentar a la familia. La pobreza frustró tempranamente sus sueños de estudio.

Desde pequeña fue muy vanidosa. Le gustaba combinar su ropa, arreglarse el pelo, maquillarse. Usaba *shorts*, vestidos, minifaldas: realmente le gustaba su imagen en el espejo, y se esmeraba por cuidarla.

-Siempre mantenía así, todos los días, como dice uno: a la línea -sonríe, Amaranta, sin asomo de modestia.

Tenía 14 años cuando se escapó con Horacio, un hombre de 35 que apenas conocía, del que no estaba

enamorada pero que le ofreció la oportunidad con que toda adolescente, razonable o ingenuamente, sueña: abandonar la casa paterna. Horacio, sin embargo, mostró pronto su verdadera cara. Sus constantes maltratos destrozaron otra ilusión de Amaranta: el de encontrar en la huida un mundo mejor que aquel que dejaba atrás.

-La mayoría de marcas que tengo en la cara me las dejó él, porque siempre que me pegaba me sacaba sangre -recuerda ella, mientras su gesto recrimina a la niña soñadora que fue.

Entonces casarse era para las mujeres sinónimo de aguantar. Eso le habían enseñado en su casa: "Eso le tocó, usted solitica se lo buscó, entonces, aguántese". Así que ella se aguantó, y se aguantó, hasta que un día no aguantó más. Se cansó de no recibir nunca un abrazo, ni un "gracias"; se cansó de no saber qué era un Día de la Madre, o un cumpleaños. Y de los golpes y las humillaciones.

Hicieron falta nueve años para que Amaranta reuniera el valor necesario para liberarse de su esposo. Durante ese tiempo habían tenido dos hijos: una niña y un niño. El impulso final llegó el día que su hija cumplía cinco años: Horacio apareció en la casa con otra mujer. Venía a buscar ropa para cambiarse e irse.

- ¡Oye! ¿Tú por qué trajistes a esa mujé aquí, tú qué te crees? ¡Si tu mujer soy yo! -le reprochó Amaranta a su marido.

- ¡Quítate que tú no eres nada mío! -le contestó el marido, al tiempo que empujó a Amaranta hacia una habitación.

Esa vez Horacio la golpeó hasta dejarla inconsciente, pero de aquellos golpes Amaranta regresó habiendo tocado fondo: cuando volvió en sí, y el marido ya no estaba, tomó a sus niños -el menor de apenas un año- y regresó con sus padres.

La familia tenía en su casa un restaurante, a cuyo trabajo se integró Amaranta tan pronto llegó. Para sostener a sus hijos, se ayudaba, además, lavando y planchando ropa de los militares: había un batallón cercano y ellos siempre buscaban en el barrio quién les hiciera esos oficios. La carga era pesada, porque Horacio se desentendió de su obligación con sus hijos:

- Yo lo denuncié enseguida en la Comisaría de Familia, pero él nunca nos dio nada, que porque no tenía plata. Tampoco nos hizo falta, porque yo me bandeaba sola -afirma Amaranta.

Por haber estado en contacto con la cocina desde siempre, Amaranta es una excelente cocinera. La cazuela de mariscos, el sancocho de pescado, y el arroz de camarón son sus especialidades, que perfeccionó en Cartagena, trabajando en el restaurante de uno de sus primos.

Cuando regresó de Cartagena, ya la gente de su barrio en Montería había comenzado a decir que el sector se estaba llenando de paramilitares. En casa de Amaranta comprobaron pronto los rumores, pues un grupo de hombres llegó una mañana, cargando un costal, y les pidieron guardarlo mientras ellos desayunaban.

-Y vamos a ver que eso eran unas granadas, unos revólveres, jeran un poco de armas! -dice Amaranta, con los ojos muy abiertos.

Cuando terminaron de comer recogieron su costal y se fueron. Los vecinos que los habían visto entrar y salir les ratificaron, a Amaranta y su familia, que esos hombres eran de las autodefensas. Poco después llegaron de nuevo y les dijeron, abiertamente, que ellos combatían para que las ciudades “se limpiaran de guerrilla”. Siguieron apareciendo con regularidad:

- ¿Cómo ha estado la vuelta? ¿Se ha aparecido alguien? -preguntaban cada vez.

-No, nadie, todo normal. La misma gente de siempre -respondía la madre de Amaranta.

La familia sabía que no podía impedir el contacto, que negarles la entrada al restaurante era ponerse en la boca del cañón.

-Uno no puede irse en contra de ellos, porque se los tira de enemigos -sentenció la madre de Amaranta, pero le advirtió al resto de la familia: “Con esa gente ni se metan, entre ma’ lejo’, mejor”.

Sin embargo, no había forma de mantenerse lejos. El primer golpe se lo dieron a Pedro, el hermano de Amaranta, que tenía entonces 27 años, estaba casado y era padre de dos hijas. Pedro se dedicaba a vender rifas y regresaba de su labor, una tarde de 1996, cuando unos hombres lo interceptaron y le propinaron una golpiza.

-“¿Ajá, y tú por qué me pegas si yo no te hecho na’? Yo sólo estoy caminando por aquí” -contaría después Pedro a su familia que eso era lo que él les decía.

-Para que no se las anden tirando de chachos -le contestaron sus atacantes.

Pedro sufrió un daño en la columna que le inmovilizó una pierna. Poco después unos amigos lo invitaron a salir, para que se despejara de los malos días que había pasado y Pedro aceptó. Cuenta uno de los amigos que le acompañaba esa noche que un tipo les brindó una cerveza.

-Yo digo que en la cerveza le habrán echado algo, porque él se acostó y a la mañana siguiente amaneció muerto. Mi hermanito lindo, que Dios lo tenga en su gloria -suspira Amaranta.



En 1999, cuando Amaranta tenía 32 años, el segundo de sus hermanos le presentó a un amigo. Su nombre era Fernando, un cachaco muy apuesto, bastante alto, que trabajaba instalando líneas telefónicas en el barrio.

-Estaba bueno, no sé, yo creo que tenía pinta de buen hombre. ¡A mí me encantaba! -recuerda Amaranta.

Fernando se quedaba en el restaurante luego del almuerzo, en las hamacas del patio, y jugaba con el hijo menor de Amaranta, que entonces tenía 12 años. Su hija tenía 17. Además de jugar, Fernando llevaba al niño dulces y obsequios. Cuando iba a entrar al colegio, le regaló lápices, cuadernos, colores. A veces, le ayudaba con las tareas. Fueron esos gestos hacia su hijo, más que el aspecto de Fernando, o sus maneras hacia ella, los que terminaron por seducir a Amaranta:

-Esa fue mi debilidad, ahí fue que yo me enamoré de él -confiesa.

-Amaranta, yo quiero algo serio: tú eres una buena mujer, muy trabajadora, y yo siempre he querido a alguien así -le dijo una mañana el cachaco.

Sin conocerlo muy bien, Amaranta decidió ir a vivir con Fernando. Sus hijos se quedaron con la abuela y ella se mudó al barrio de su nuevo compañero. En 2002, la pareja quedó en embarazo, y en diciembre, estando de visita en Bogotá, nació Pablito, en el hospital San José. Sólo hasta que el bebé tuvo ocho meses regresó la familia a Montería.

De nuevo las primeras impresiones traicionaron a Amaranta, pues, a medida que pasaron los meses, el hombre cariñoso que alzaba a su hijo y le traía dulces de colores cada tarde se fue transformando en un ser hostil que la celaba obsesivamente, la acusaba de meter a otros hombres en la casa durante sus ausencias, y la golpeaba por todo. Amaranta intentaba frenarlo, porque ya sabía que si permitía sus abusos estos sólo iban a aumentar. Nueve años de convivencia con el padre de sus hijos mayores se lo habían enseñado.

-Amaranta, tú por qué te vistes así... ¡Ya no quiero verte con esos chores, ni con esas faldas! -le dijo Fernando un día.

-Qué pena contigo, mi amor, yo me visto así ¡y de malas! -le respondió Amaranta.

La vida se volvió un tira y afloje: Fernando intentando controlarla, Amaranta tratando de

resistirse. A veces ella ganaba esas disputas, pero incluso en aquellas ocasiones perdía algo a cambio.

-Está bien, quédate con esa ropa, pero mantente en la casa para que podamos vernos -le ordenó el marido, a raíz de lo cual Amaranta tuvo que dejar su trabajo en el restaurante.

Poco antes de abandonarlo había tenido un altercado con un muchacho del barrio, uno que llamaban *El Pambe*. Entró un día al restaurante y, sin pedir nada, se le quedó viendo:

-Uy, vieja, ¡tú si estás buena! Qué culo rico, así es que me gustan. ¡Estás viejona, pero estás buena! -le dijo a Amaranta.

-Ve, ¡y a este qué le pasa! -respondió ella-. ¡Ve a molestar a otra, ve a buscar oficio, que yo ya tengo marido!

-Vea la boba -dijo *El Pambe*- Amanecerá y veremos.

Se marchó mientras vociferaba groserías. La violencia paramilitar estaba llegando de nuevo.

Luego de un tiempo de trabajar como mototaxista, Fernando había conseguido emplearse como DJ en una discoteca, a la que entraba a las cuatro de la tarde y de la que salía al amanecer. Amaranta le llevaba todas las noches la comida a su marido. En una de aquellas ocasiones, Fernando le señaló a un grupo:

-Mira esos tipos que están allá tomando, son paracos -le dijo.

-Ajá, ¿y tú por qué sabes? -fue la respuesta natural de Amaranta.

-Porque ellos vienen y dejan a guardar las armas acá.

- ¡Ay, niño! ¡No hagas eso! La próxima vez diles que no, que la Policía anda requisando, te vas a ganá' un problema -le aconsejó Amaranta.

-Deja la bulla y vete pa' la casa, no me molestes -fue la incrédula respuesta del marido.

Pero Amaranta tenía razón, como razón tenía su madre el día que le había prevenido: "Con esa gente ni se metan, entre ma' lejo' mejor".

Una noche, uno de los paramilitares que frecuentaba la discoteca donde trabajaba Fernando llegó con una acompañante. Se trataba de una mujer muy joven y hermosa, que se pasó buena parte de la noche en la cabina de música pidiendo canciones que luego entonaba a todo pulmón. El paramilitar creyó que Fernando intentaba seducir a la joven -o tal vez sí lo intentaba, no sabemos esa parte de la historia que bien pudo haber ocultado- y sintió hervir la sangre, como les hierve a los hombres que piensan que las mujeres a su lado les pertenecen.

-No te metas con lo mío, hijueputa -se acercó a advertirle el armado a Fernando-. Porque te mato.

Al comienzo, Fernando no hizo caso; "cosas de borrachos", se dijo, pero aquel hombre siguió llegando a la discoteca por las noches, subiendo el tono de sus amenazas. Fernando se había ganado un enemigo. Una noche, cuando el hijo menor de Amaranta tenía apenas un año, el paramilitar detuvo a Fernando antes de su llegada al trabajo -lo había seguido hasta un lugar solitario- y allí le rompió la cabeza

con la cacha del revólver: “¿No te dije que no te quería ver más por aquí?”. Al regresar a la casa que compartían, cuando apenas iban a ser las siete de la noche, Fernando le anunció a Amaranta que se devolvía para Bogotá. Esa misma noche se fue, y ella quedó con su hijo pequeño, solos en la casa, a merced de los paramilitares que pocas noches antes la habían atacado a ella por primera vez.



El Pambe era un paramilitar. Amaranta, como todos en su barrio, lo sabía. Lo que no podía saber era cuándo y por qué *El Pambe* decidió atacarla. Si era parte de la venganza contra Fernando por el episodio con la joven que pedía canciones en el bar, o lo había planeado aquella vez que la insultó en el restaurante.

El 26 de diciembre de 2003 la Policía lo había capturado como presunto responsable de algunos homicidios que se habían presentado en la región. A José Manuel Pérez Jiménez, alias *El Pambe*, de 33 años, la Fiscalía le había dictado medida de aseguramiento, sin beneficio de excarcelación, por homicidio agravado. Sin embargo, en 2004 ya se le veía frecuentar las mismas calles que Amaranta, porque había llegado a Santa Fe de Ralito, a la zona de ubicación que se había instalado allí hasta que concluyeran las desmovilizaciones.

Una noche de 2006, *El Pambe* y otros tres hombres, aprovechando la ausencia del marido que trabajaba hasta el amanecer, entraron a la casa de Amaranta. Cuando ella pudo notarlo ya los tenía encima, tapándole la boca. La violaron y le advirtieron: "Sabemos bien dónde vive su familia, póngase a hablar de esto y le acabamos es con todos". Muchas noches se repitió la tortura, grupal, inclemente. La segunda vez Amaranta se lo contó al marido, pero él la descreyó y la abandonó poco después, cuando las amenazas en su contra comenzaron a materializarse.



Hasta el año 2005, fue el Bloque Sinú-San Jorge de las AUC el que infundió terror en las sabanas de Córdoba, fundamentalmente en el sur del departamento: Montelíbano, Puerto Libertador, Tierralta y Valencia, aunque disponía también de un grupo urbano en Montería y Cereté. Al momento de su desmovilización, ocurrida en Santa Fe de Ralito, en enero de 2006, era Jairo Andrés Angarita, alias *Andrés*, quien comandaba el bloque, y rendía cuentas a los más altos mandos de las Autodefensas Unidas de Colombia: los hermanos Castaño y Salvatore Mancuso.

Sin embargo, tras esta desmovilización, la violencia en Córdoba, lejos de disminuir, aumentó.

A partir de entonces, el territorio y los negocios ilícitos que antes controlaba el Bloque Sinú-San Jorge comenzaron a ser disputados por una nueva generación de paramilitares, con varios grupos en disputa: Los Paisas, Los Rastrojos, las Águilas Negras y las Autodefensas Gaitanistas.

-Hay muchas cosas que no sé decirle bien, y perdóneme si repito otras. No es mala voluntad, es que todo está muy enredado en mi cabeza. Lo que sí puedo decirle clarito es que Fernando se fue un miércoles, y no volvió más. Ese mismo viernes se me metieron otra vez esos hombres a la casa, buscándolo, y yo les decía que mi marido se había ido, 'él sacó su ropa y se fue', les decía yo, pero me insistían, que tenía que confesarles en dónde estaba. Digo que otra vez porque esa ya era la tercera. La primera vez se habían entrado por el patio, hacía como tres meses. Yo estaba dormida, y cuando sentí fue que me taparon la boca y me agarraron de los pies y de las manos. Eran ese Pambe y otros tres. Me violaron todos juntos. A Fernando no le conté, porque tenía mucho miedo, y pensé que no iba a pasar más, que él no se tenía que enterar. Pero volvieron, y esa vez, además de violarme, me dejaron toda marcada, con chupones y mordidas por todas partes, en la cara sobre todo. Entonces yo le conté a Fernando lo que me había pasado, y le mostré todo mi cuerpo como me lo habían dejado. Él primero no me creyó, "eso es un mozo que tú tienes", me dijo. ¡Ese man sí era celoso! Pero entonces yo le pregunté que cuál era el problema que él tenía en

el trabajo, porque los tipos me habían dicho que me hacían eso como una advertencia, para que él dejara de meterse donde no debía. Ahí sí me creyó y me contó lo de la jovencita en la discoteca, y que lo estaban amenazando por eso. Se veía asustado. Desde ese día no me volvió a tocar, le daba como asco, y me decía que eso que me había pasado era porque yo me lo había buscado. 'No señor, olvídate, eso me lo buscastes tú, porque yo no me he metido con ningún paraco, y tú sí. Es a ti a quien están buscando y a mí me llevaron por delante por tu culpa', le decía yo. Pero él volvía y decía que no, que si yo no me pusiera esos chores no me hubiera pasado nada. Hasta que ese miércoles sacó sus cosas y se fue. Lo que hizo fue irse y dejarme a mí botada con el niño. Si él me hubiera sacado cuando se fue... pero no, nos dejó allá. Lo único que me dijo es que me fuera para donde mi familia, que él después me iba a buscar, y luego no apareció más nunca.

-*El Pambe* y los demás siguieron llegando a la casa, cuando querían, a violarme. ¡Qué no me hicieron! A veces me metían el cañón por la vagina. Había noches que me quedaba en donde mi mamá, porque ella sabía y lloraba mucho por mí, por lo que me estaba pasando, y me decía que me fuera para allá, pero cuando eso pasaba *El Pambe* llamaba al fijo de la casa: que si yo no estaba en 15 minutos donde debía, nos metían una bomba. Me tocaba irme, a la hora que fuera, corriendo, para mi casa. Yo llegaba y los encontraba ahí, calladitos. Apenas yo entraba, enseguida me empezaban a pegar, me

decían que yo no me podía mover de ahí, que tenía que estar allá hasta que mi marido volviera. Me cogían del pelo, me pegaban con correa, me daban patadas, puños, ¡hasta me hundían los ojos! Yo mantenía con el cuerpo adolorido a toda hora, me maltrataban mucho. Pero cuando llamaban, pues corra, porque si no me mataban a mi familia en cualquier momento, y yo no podía cargar con esa culpa -cuenta, delirante, Amaranta-. Una vez no quise ir y nos pegaron dos tiros por la ventana, que dañaron el televisor. Entonces vea que me tocaba, ellos no tenían compasión. Por esos días mataron también a un vecino de mi familia. Ese muchacho también era de las autodefensas, pero como entre ellos se peleaban... El pelao estaba sentado en la terraza de su casa cuando *El Pambe* pasó en una moto, se paró enfrente y le pegó una plomera. Mi papá alcanzó a ver y gritó del susto. Entonces *El Pambe* le hizo un tiro: "Viejo hijueputa, sapo como siempre", le gritó. Donde mi mamá no hale a mi papá hacia adentro, *El Pambe* me lo mata esa noche.

Una madrugada de febrero de 2006, *El Pambe* llegó a casa de Amaranta, en una moto. Venía con otro hombre, que estaba herido de bala en la pierna. Acababan de cometer un asesinato. Amaranta tuvo que lavarles y plancharles la ropa ensangrentada.

La víctima había sido el periodista Gustavo Rojas Gabalo, más conocido como *El Gaba*, que fue baleado en un mercadito de Montería. Cuando ocurrían esos episodios, sus victimarios desaparecían por algunos días, se escondían, pero siempre regresaban.

-Sentí otra vez cuando me taparon la boca y me agarraron de las piernas y de las manos. "No se mueva que soy yo", me dijo, y entonces me quedé quieta -recuerda Amaranta.

Ella, que durante las ausencias de aquel hombre alcanzaba a soñar que había llegado el final de su pesadilla, sintió esa vez que aquello nunca iba a terminar.

-Mejor mátenme -les suplicó a sus violadores- que ya no soporto más esto. ¡Déjenme ir, o mátenme!

- ¡Ah! ¿Que te quieres morir? Entonces arrodíllate, que te mato de una vez -le contestó *El Pambe*.

Amaranta sintió algo parecido al alivio y se puso de rodillas. Entonces su hijo pequeño, que presenciaba la escena, dejó salir un grito aterrado: "¡No!". *El Pambe* giró en dirección al niño, de apenas cuatro años, y le dio una patada que lo envió lejos.

- ¡Mátame ahora! -suplicó de nuevo Amaranta, cuando vio al niño tendido en el piso.

-Todavía no. Más bien, vístete que nos vamos -le respondió.

Los hombres de *El Pambe* subieron a Amaranta y a su hijo en la camioneta de vidrios oscuros en la que habían llegado y, luego de dejar al niño donde su abuela, emprendieron camino. Fue la primera vez que la llevaron a Ralito.

Tan pronto llegaron al campamento, la encerraron en una habitación oscura. La tuvieron cautiva, esclavizada, durante dos semanas. Algunos de esos días transcurrieron amarrada a un poste del cuarto, mientras los hombres pasaban, por turnos, sobre ella.

-Creo que eran varios días, pero la verdad es que no veía el sol, no sabía si era de día o de noche - afirma Amaranta, con la evidente dificultad que comporta organizar aquellos recuerdos.

A veces la dejaban salir y la ponían a trabajar en la cocina o lavando ropa. Ella no sabía si eso era peor:

-Se veían muchas cosas horribles allá, mucha sangre. En los campamentos tenían como unas mesas de concreto con un hueco en el centro, ahí era donde decapitaban, por ese hueco. Me tocó ver matar gente, cómo les mochaban los brazos y las piernas. Había un tipo, uno jorobado, que respetaban mucho porque era el que sabía hacer los cortes: le entregaban personas ya golpeadas, casi moribundas, y él les quitaba las extremidades con una motosierra -se atormenta Amaranta.

Entre los paramilitares también había algunas mujeres que se estaban "desmovilizando", y que también conocían la suerte que corrían las cautivas. Amaranta recuerda haber visto por lo menos a dos, y haber conversado con una de ellas. La llamaban *Tomate*, una joven que no debía alcanzar los veinte años.

- ¿Y tú de dónde eres? ¿Te quieres venir con nosotros? -le preguntó a Amaranta la muchacha, durante aquella breve charla.

-No, es que yo no estoy acá porque quiero -
contestó Amaranta.

- ¿Entonces por qué? -insistió Tomate.

-Porque me trajeron obligada, pero me quiero ir
-le confesó entonces, Amaranta, deseando que la
otra, que era mujer como ella, entendiera su dolor y
se apiadara.

-Muy de malas. Tú no te puedes ir de aquí hasta
que den la orden -le dijo la joven con desprecio.

El desconcierto de Amaranta se vistió de silencio.

-Y no seas tan sapa, que yo te estaba era probando
a ver quién eras -concluyó Tomate.

Durante su cautiverio, Amaranta pudo ver
también a otras mujeres en su misma condición.
Algunas noches las movían en moto, de un
campamento a otro.

-El Pambe me llevaba y eran cinco, seis, siete,
hasta ocho tipos los que estaban conmigo. Él les
cobraba por eso. ¡Me da tanto asco acordarme!
Mantenían hediondos, como que no se bañaban,
drogados y borrachos, ¡y haciéndole de todo a uno!
-sufre Amaranta.

Quince días después la liberaron. La dejaron en
su casa, con un teléfono del que debía estar siempre
atenta, para cuando volvieran a necesitarla.
Amaranta recuerda que dejaba ese teléfono con el
sonido activo, pero escondido: jera tan mortificante
ver ese aparato!

Cuando el teléfono sonó por primera vez fue
para decirle a Amaranta que en media hora debía
estar lista, pues irían a recogerla. La llevaron,

junto con un grupo de mujeres, a San Onofre. Era el comandante *Diego Vecino* quien las requería. Al llegar, condujeron a Amaranta, todavía con los ojos vendados, a uno de los cuartos oscuros, donde la tiraron en un rincón. Mientras llegaba su turno, escuchó muy de cerca el llanto de una mujer a la que estaban violando varios hombres. Sintió que la tierra se estremecía con cada golpe que le propinaron antes de sacarla de la habitación. Olfató la indefensión que exhalaba el cuerpo de la mujer que lloraba, de su propio cuerpo. Le dolió ver el rostro del desamparo cuando le quitaron la venda y la luz que entraba por la puerta abierta iluminó a la víctima: una joven negra, con trapos en la boca, a quien acababan de rapar la cabeza. Amaranta volvió a sentir el gusto amargo del terror: sabía muy bien lo que iba a sucederle. La mantuvieron como testigo de la tortura precedente para que lo supiera.

-Al final, un comandante de esos me rapó a mí también, porque yo ya no aguantaba más y traté de resistirme. Me pegó y me mojó el pelo con una macheta -recuerda Amaranta, con rabia.

En otra ocasión la llevaron a Ralito para atender una fiesta en la que tenían cita algunos comandantes. Eran también varias mujeres, que, como el ganado, debían pasar por la decoración antes del desfile. Estuvieron algunas horas donde una peluquera, para que las arreglara.

- ¡Ay, Dios mío, me imagino a ustedes por todas las que les hacen pasar! -le dijo a Amaranta la peluquera, con mirada compasiva.

- ¿Por qué conmigo, si yo no he hecho nada? -se lamentó con ella Amaranta.

-Mija, yo tampoco he hecho nada, pero mire como me tienen acá: obligada a hacerles esto -contestó la mujer.

Entre sus compañeras de cautiverio Amaranta recuerda especialmente a Yuliana, una niña antioqueña, de 16 años, de quien lo primero que escuchó al acercarse fue: "¿Y cómo salimos de aquí?". Amaranta le explicó que no había manera.

-Tiene que haber -contestó Yuliana.

A la fiesta, en la que hubo conjunto vallenato, orquesta tropical y enormes cantidades de drogas y alcohol, llegaron dos hombres que Amaranta no había visto antes: uno era un tipo mayor, alto, que traía puesto un sombrero paisa y llamaba la atención, además, por su boca torcida, que le confería un gesto de repugnancia. Al segundo hombre, que llamaban *El Pirata*, le faltaba un ojo. Amaranta sintió náuseas cuando, juntos, la tomaron del brazo y la condujeron hacia una de las habitaciones.

-Dele duro a esa perra, que ella está acá es para eso, para nosotros -se animaban los hombres, mutuamente, mientras la violaban.

En otra ocasión, un domingo, organizaron unas peleas de gallos en Ralito. Nuevamente las mujeres debían estar a disposición de los participantes, pero entonces Amaranta tuvo una idea: si se mantenían sobrias, tendrían alguna oportunidad de escapar.

-Muchachas: al vaso desechable háganle un huequito, así se toman muy poco trago cuando nos obliguen, a

ver si ellos se emborrachan y se duermen, y nosotras nos vamos -incitó Amaranta a sus compañeras.

Dicho y hecho. Al final de la jornada nadie, excepto ellas, podía mantenerse en pie. Todo el mundo estaba ebrio, tirado en el piso, o en las habitaciones. De las mujeres, sólo quedaban afuera Yuliana, Amaranta, y otra joven llamada Catherine. Sólo ellas tres podían aprovechar la oportunidad. Catherine se acobardó, pero las otras dos se dieron a la fuga. Agarrándose de lo que podían, atravesaron un pantano que les daba hasta la cadera, y lograron llegar a un camino. Un hombre que pasaba en una moto las sacó hasta la carretera principal y luego un bus las dejó cerca a la casa de Amaranta. Se bañaron, pero no habían alcanzado a hacer más cuando llegaron a buscarlas un par de muchachos que administraban los billares en Ralito:

-Por favor no nos lleven -les rogó Amaranta-. Estábamos allá en contra de nuestra voluntad.

-Vea, yo quisiera, pero si ustedes no llegan a nosotros nos matan, así que se vienen ya -le respondió uno de los muchachos, mientras desenfundaba un revólver y les apuntaba.

Cuando Yuliana y Amaranta estuvieron de vuelta en Ralito, las cosas se pusieron peores.

-Nos amarraron cuatro días debajo de un palo de polvillo, al sol y al agua, como castigo. Ahí amarradas nos golpearon demasiado. Todavía tengo en las piernas las marcas de las correas con que nos dieron esa vez -recuerda Amaranta.

Sin embargo, ambas volvieron a intentar la huida, esta vez con mejor suerte.

-A los cuatro días nos soltaron del árbol, nos llevaron a una enfermería que tenían, nos pusieron suero y nos curaron las heridas. En esas llegó una camioneta con unos hombres maltrechos, que venían como de un combate, y se formó la algarabía - recuerda Amaranta.

Cuando bajaron a los heridos de la camioneta, ambas se escondieron bajo las lonas que quedaron en el platón y que estaban empapadas en sangre. "En esta camioneta mataron a alguien" se dijeron, pues vieron dedos y otros restos biológicos que les hicieron pensar en sesos humanos. Al rato la camioneta arrancó y no se detuvo hasta llegar a la ciudad, a un taller mecánico. Antes de que revisaran la parte trasera, las mujeres lograron salir de su escondite y huir. Esta vez llegaron a casa de la familia de Amaranta, donde se bañaron muy rápido. Amaranta tomó al niño pequeño y huyó, con destino al corregimiento de Batata, en Tierralta, Córdoba. Nunca volvió a saber de Yuliana, quien dijo, antes de despedirse, que se iba para Antioquia a buscar a su familia.

-Se supone que allá en Ralito tenían a los paramilitares como en una especie de cárcel, pero eso no era ninguna cárcel. Allá mandaban ellos, y siempre pudieron hacer lo que quisieron -sentencia Amaranta.

El 4 abril del 2006, la Policía Departamental capturó a tres de los presuntos responsables del

asesinato del célebre periodista monteriano, entre ellos, el recientemente desmovilizado de las Autodefensas, alias *El Pambe*. Su captura coincidió con la huida de Amaranta, así que ella pudo llegar a salvo a Batata, donde logró instalarse e intentó comenzar de nuevo. La pesadilla, sin embargo, estaba aún lejos de terminar.



En Batata, Amaranta recibía ayuda de su familia y, de a pocos, logró instalar un modesto negocio de comidas, al tiempo que comenzó a criar marranos. Pronto descubrió, sin embargo, que esa tierra también estaba caldeada. Allá tuvo que volver a cocinar, a lavar y a servir contra su voluntad:

-Llegaba al local un grupo de autodefensas, duraba un tiempo y se iba. Luego llegaba un grupo de guerrilleros, y lo mismo -se queja Amaranta, terminando con un lamento- ¡pero si me voy de una parte por todo eso y allá la misma cosa!

Amaranta, que llevaba cerca de diez meses en Batata, no se enteró a tiempo de que en el proceso que se libraba en contra de los presuntos asesinos del periodista *El Gaba* se comprobó que un investigador de la Sijín había utilizado testigos falsos, y, en consecuencia, los tres detenidos habían sido liberados. Sólo lo supo la noche que *El Pambe* se le apareció en la casa. No venía solo, siempre con los demás. Apenas la vio la encendió a golpes y así

la condujo hasta el patio, a las matas de plátano. La amarró a una de ellas y continuó. “¿Te querías escapar, perra?”. Golpe. “De mí no se escapa nadie”. Golpe. “De mí no te puedes esconder, zorra”. Golpe. “Ni de mis amigos”.

El hijo de Amaranta lloraba desconsolado en una esquina. Uno de los tipos, uno flaco al que le decían *El Español*, se le acercó al niño. “¡Cállate, pelao!”, le gritó, mientras le sujetaba las manitas atrás de la espalda y se lo llevaba.

Golpe. El puño le voltea la cara y Amaranta pierde de vista al niño. “A ver si te quedan ganas de volverte a escapar”. Estaba muy aturdida por la golpiza cuando sintió que la desataban. Levantó el rostro: *El Pambe* se alejaba y la horda de los demás hombres se abalanzaba sobre ella. La subieron a una mesa, le arrancaron la ropa. Eso es lo último que recuerda. Lo siguiente, abrir los ojos con los primeros rayos del día, porque el niño está llorando, y la llama: “¡mamá! ¡mamá!”. Está parado a su lado, ensangrentado. Ella, tumbada en el piso, intenta levantarse, pero el cuerpo adolorido no le responde. Alcanza a rozar la carita del niño.

-Hijo, ¿qué te hicieron? -le pregunta.

-Nada -le escucha responder- ¿a ti, mami?

-No sé. Ayúdame a parar -le responde a su hijo, Amaranta.

Pero el niño era todavía muy pequeño y no lograba ayudarla a incorporarse. Entonces fue al corral y trajo a la marrana más grande, la que recién había parido:

- ¡Cochi, levantemos a mami, paremos a mami!
-le balbuceaba el niño a la marrana.

Al fin, Amaranta logró agarrarse del animal, tomar impulso para sentarse y luego ponerse de pie. Llegó hasta el lavadero como pudo y comenzó a echarse agua, baldados enteros, y bañó al niño, hasta vaciar la pila. Luego guardó sus papeles en una mochila, agarró a su hijo de la mano, y regresó a Montería.

-Ya va a cumplir quince, pero él duró mucho tiempo, de pequeño, que no podía verme con el periodo, porque se asustaba con la sangre. ¡Las cosas que le tocaron a mi niño! -se lamenta Amaranta.



A Montería, Amaranta regresó a finales de enero de 2007. Esta vez evitó a su familia, en el intento de que *El Pambe* no la encontrara, y llegó a la casa de una comadre que le ayudó a montar una mesita de fritos en su terraza para que consiguiera algo de dinero. A los quince días de haber llegado, cuando el cuerpo de Amaranta aún no terminaba de recuperarse del ataque que había sufrido en Batata, una camioneta se parqueó frente a su mesita de fritos. Cuando el conductor bajó el vidrio, Amaranta pudo ver a un hombre moreno, con trenzas, que la llamó por su nombre. La mujer sintió terror y se quedó paralizada. Entonces el copiloto se asomó y apuntó con su arma hacia la comadre, que estaba

dentro de la casa, con el niño de Amaranta en brazos.

- ¡Vaya! ¡Vaya a ver qué quieren! Porque si no, ¡nos van a matar a todos! -le gritó su comadre a Amaranta.

- ¡Súbete! -le ordenó el hombre de las trenzas, cuando Amaranta estuvo junto a la camioneta.

- ¿Por qué me voy a subir, si yo no sé quién eres tú? -mintió Amaranta, temblando.

-Tú sí sabes muy bien quién soy yo -le respondió el hombre, con risa burlona.

En efecto, Amaranta lo había visto en Ralito. Era uno de sus tantos victimarios. El copiloto la agarró de un brazo para subirla a la fuerza y comenzó entre ambos un forcejeo, mientras el hombre que estaba al timón repetía: "¡Yo no sé por qué estos maricas no la acabaron, esta vieja ya no tenía que estar viva!". Entonces se oyó un grito de la comadre: ¡la Policía, viene la Policía! El hombre que forcejeaba con Amaranta la soltó, se subió deprisa y la camioneta arrancó. La estela de polvo que dejó tras de sí consumió la silueta de Amaranta, que se había orinado encima. Segundos más tarde, cuando la Policía pasó por enfrente de la casa, nadie mencionó lo que acababa de ocurrir.

-No, a la Policía no se le puede decir nada, porque ahí mismo los paracos se enteran y nos acaban a todos -sabían las mujeres.

Otra vez bañarse, tomar a su niño y correr, con las manos vacías. Sin rumbo. Amaranta disfrazó a su niño de niña, y ella misma intentó pasar por

hombre. Así llegaron a una estación de gasolina, de donde salían las tractomulas de carga, y le habló a la primera cara conocida que encontró. Era don Miguel, un señor paisa, que había conocido durante los meses en Batata.

- ¡Señor Miguel, por favor, sáqueme de aquí que me van a matar! -le suplicó Amaranta.

El hombre conocía en algo la historia de Amaranta y no le resultaba insólita: era la suerte de muchas mujeres en la región.

-Yo la saco, pero no me voy hasta la madrugada -le contestó don Miguel, con lástima por la suerte que sabía para ella si la dejaba allí.

-Ayúdeme a esconderme en su camión mientras tanto, que me están buscando. Se lo ruego -volvió a suplicar Amaranta.

No pudo ser en el camión, porque estaban terminando de cargarlo, pero don Miguel le pagó una pieza para que se resguardara y le llevó un termo con agua caliente y un pote de leche para el niño. A las dos de la mañana la llamó:

-Negrita, levántese que nos vamos -le escuchó decir Amaranta al señor Miguel: Seguro nos requisan más adelante, siempre requisan, pero yo sé cómo esconderla.

Así, escondidos entre la carga, Amaranta y su hijo llegaron a Bogotá. Corría el mes de febrero de 2007. Don Miguel la dejó en la Terminal y le regaló diez mil pesos.

-Luego perdimos contacto, pero yo todos los días que me acuerdo de él digo: "Dios mío, protege al

señor Miguel donde esté”, porque él nos dio la vida a mí y a mi hijo -afirma Amaranta.

A *El Pambe* lo mataron unos desconocidos el 3 de junio de 2008, en la vereda Galápago, jurisdicción del municipio de Los Córdoba, Córdoba. Según el reporte de las autoridades su homicidio estuvo relacionado con “vendettas entre bandas criminales”.



-Pasé ahí en el terminal todo el día, sin saber qué hacer. La Policía me preguntaba a quién esperaba y yo les decía que a un familiar. Entonces una señora, que llegaba de un resguardo indígena, me dijo ‘Ay, yo hace rato la veo por acá dando vueltas, ¿está bien?’, y yo le dije lo mismo, que esperaba a un familiar. ‘No, ¿pero a qué hora llega ese familiar? Porque imagínese, ya es de noche y usted aquí con ese niño’. Yo al verla tan amable me animé: ‘Señora, ¿usted no tiene una pieza en su casa que me dé alojamiento por esta noche?’ Y me dijo que sí. Así fue como llegué a Ciudad Bolívar -reconstruye Amaranta la historia, mientras la cuenta.

A los pocos días de estar en Ciudad Bolívar hicieron explotar un petardo en una de las casas del sector. El señor al que iba dirigido sobrevivió, junto con unos de sus nietos, pero el resto de la familia estaba muerta. De eso se enteró Amaranta en medio de la procesión de vecinos que pasaban a ver con

sus propios ojos los escombros. Su instinto le dictó alejarse:

-Amaneció el día siguiente y yo cogí el primer bus que pasó, 'a donde me lleve este bus, me voy', dije, y así llegué a Suba -explica.

Cuando no se tiene nada, nada se puede perder, así que madre e hijo se sumergieron en la ciudad capital, con la confianza de que algo ocurriera. Algo que les abriera un camino. Una oportunidad. En todo caso, nada podía ser peor que el pasado.

-Cuando me bajé del bus vi que una señora estaba afuera de un restaurante, lavando una silla, y le dije: '¿aquí no están buscando alguien para que trabaje?', y tan de buenas que sí. Ahí mismo me puso a trabajar. Yo iba y amanecía en el andén de la iglesia de Suba, con dos cobijas y el morralito, ahí dormíamos nosotros, y cuando llegaba al restaurante al día siguiente, bien temprano, yo le pedía permiso a la señora para bañarme y bañar al niño, le ponía unos cartones debajo del mesón, y unas cajas, le hacía una camita a él para que se estuviera todo el día, y luego sí me ponía a cocinar. Así fui ahorrando hasta que me alcanzó para pagar una pieza -va recordando Amaranta.

A veces no salían turnos en el restaurante, así que Amaranta hacía empanadas durante el día y salía en las noches, muerta de frío, a venderlas. Los mejores clientes eran los borrachos de los bares.

-Imagínese lo que esos tipos me recordaban, pero me tocaba entrar a esas rocolas a ofrecerles el producto -se queja.

No llevaba mucho tiempo trabajando en el restaurante, en Suba, cuando Amaranta comenzó a sentirse enferma. Una de sus compañeras de trabajo le prestó el carnet de la EPS de una pariente, para que pudiera hacerse revisar. Fue entonces cuando conoció su real estado.

- ¡Lo que faltaba! Es que a mí me acabaron la tranquilidad, la felicidad. Cuando supe eso yo duré un tiempo que no quería ni ver a mi bebé, le pegaba mucho, porque odiaba a los hombres - suspira, Amaranta.



Existe una bacteria, la *Treponema pallidum*, cuyos efectos han sido tema de preocupación médica a lo largo de siglos. La bacteria ingresa al cuerpo a través de la más mínima fisura del tegumento (membranas mucosas, piel herida), se cuela en el torrente sanguíneo y se disemina por el sistema linfático, adhiriéndose a las células y dañándolas.

En su primera etapa, aparece una úlcera en el área de contacto, que se llama chancro: comienza como una elevación en la piel, indolora, que luego se convierte en una llaga con bordes elevados. Más adelante aparece un salpullido en las palmas de las manos y en la planta de los pies, que se extiende vertiginosamente a otras partes del cuerpo. Comienza a caerse el pelo, hay malestar general. Todos los síntomas desaparecen un par de meses después,

incluso sin tratamiento, aunque en este caso la enfermedad no desaparece, sencillamente se vuelve latente. La etapa latente puede durar décadas sin manifestarse, para un día repetir los mismos síntomas. Finalmente, si la infección nunca se trata, puede provocar daños irreversibles como desórdenes crónicos del sistema nervioso, complicaciones del corazón o pequeños tumores.

La *Treponema pallidum* es la bacteria causante de la sífilis.

-Estaba enferma, tenía mucho dolor en mis partes -recuerda Amaranta, que recibió el diagnóstico tan pronto se realizó los exámenes de sangre que le ordenaron.

Amaranta tenía sífilis y, producto de las últimas violaciones, estaba embarazada. Lo último lo sabía desde antes de llegar a Bogotá, lo sentía en el cuerpo, pero sólo pudo comprobarlo con los mismos exámenes de sangre que detectaron en ella a la *Treponema pallidum*.

-Que tenía venérea, en la garganta y en la vagina, eso era -explica Amaranta-. El niño y yo dormíamos sobre un cartón y unos tapetes que yo había recogido de la calle, y cuánto frío no aguantamos por esos días, porque yo no me atrevía a tocarlo, ni a besarlo, ni a acostarme a su lado, del miedo a que se le fuera a transmitir eso a él.

Para combatir la enfermedad, el médico le ordenó a Amaranta unas inyecciones. Tras el tratamiento, cuando volvieron a practicarle los exámenes, los resultados fueron favorables: se había curado. Sin

embargo, la idea de una enfermedad venérea la aterrorizaba, así que Amaranta siguió repitiendo las dosis, por su cuenta. Cuando, gracias a su trabajo en el restaurante, lograba reunir el dinero necesario para el pago de la habitación donde dormían ella y su hijo, Amaranta guardaba el resto para ir a la droguería: compraba los medicamentos y ella misma se inyectaba.

-Yo cuidaba mucho esa receta del antibiótico para que no se me dañara -rememora. También compraba óvulos de Canestén, Isodine bucofaríngeo, de todo.

Amaranta recuerda que algunos años después, cuando se enfermó de una virosis y le ordenaron exámenes de sangre, todavía sentía miedo cuando fue a recoger los resultados, miedo de que la sífilis hubiese regresado, de que no fuera suficiente todo lo que hizo para curarse. Sin embargo, también aquella vez los resultados fueron tranquilizadores.

-Por allá pusieron una red de salud, abajo donde yo vivía, y me hicieron un examen de sida, todo bien -continúa Amaranta, anticipando la risa-. Ya ahora me hago examen de sangre todos los años, tranquila, ¡y lo único que me sale es el colesterol alto, nada más!

La rutina de automedicación de Amaranta se extendió por cerca de siete meses.

-Pero entonces el bebé se me perdió, de tanto antibiótico que yo tomé y que me pusieron. En la ecografía apareció que el bebé ya estaba muerto y me hicieron un legrado -recuerda, nuevamente seria.

-Yo le pedí mucho perdón a Dios, pero ese bebé no lo quería tener. Siempre que yo lo viera iba a recordarme todo lo que me hicieron... No, yo no quería tenerlo -afirma, aliviada, porque al menos en eso la suerte estuvo de su lado.

Así se resistió el ser de Amaranta a tener que alimentar sola una boca más, que, cuando llegara el momento, le preguntaría por su padre. Se resistió a tener que cubrirle el rastro al causante de su sufrimiento, hacer del macho un hombre a los ojos de su hijo, para evitarle dolor al niño. Así comenzó Amaranta a aprender que podía ponerse a ella primero, anteponer su bienestar, tomar las riendas de su vida.



Tras abandonar forzosamente las tierras que la vieron nacer y crecer, las tierras que también la vieron sufrir, la vida no ha sido sencilla para Amaranta. En marzo de 2008, en Bogotá, hizo su primera declaración como víctima del conflicto armado, guiada por una vecina, también víctima, que la vio pasando necesidades.

-Nos fuimos a las seis de la mañana y cuando llegamos ya no había cupos. Duré un mes completo y nunca había cupo. El último día me fui a las once de la noche a hacer la fila, amanecí ahí, y por fin pude coger turno. Repartieron como ocho fichas no más -recuerda Amaranta.

Fue una declaración tortuosa. La funcionaria, una mujer gorda con gafas diminutas, le preguntó a Amaranta si era verdad todo aquello que contaba o si sólo era que el marido la había golpeado y por eso inventaba que era una víctima.

Luego de animarse a declarar, Amaranta ha tocado muchas puertas: la Unidad de Atención y Orientación (UAO), la Red Unidos, La Casa del Migrante, Sisma Mujer. En ese camino ha logrado capacitarse en modistería y en belleza: corta camisas con la misma destreza que tintura cabellos, y se le da igual de bien armar cojines que hacer masajes.

Aunque logró conseguir un par de máquinas, con la ilusión de montar un taller de costura, abandonó pronto esa idea.

-La costura me desesperaba, porque llegaban sobre todo pantalones de hombre y me daba rabia, me recordaban cosas. Más de un pantalón dañé, lo terminaba trozando y, en vez de ganar algo, me tocaba era pagarlo -explica Amaranta.

Probó entonces trabajando como empleada doméstica, primero en Bogotá, en Suba, de donde su empleadora la despidió el día que unos tipos de aspecto peligroso llegaron hasta la casa a preguntar por ella; luego en Zipaquirá, donde alcanzó a estar cuatro meses antes de regresar a Bogotá, esta vez al barrio San Vicente Sur. Allí vivió cerca de dos años, durante los que se sostuvo vendiendo arepas y empanadas en la calle, e incluso volvió a trabajar en algunos restaurantes. Tras otra temporada en Suba siguió moviéndose, esta vez hacia Puerto

López, Meta, donde una amiga la ayudó a instalar un puesto de chuzos en la plaza. De allá la sacaron corriendo unos hombres -¿cuántas veces lo mismo?- que un domingo se le acercaron:

- ¿Usted no se llama Amaranta?

-No señor, ¿qué necesitan? -respondió ella.

-No sea mentirosa, que nosotros la conocemos de allá de Córdoba. ¿Usted qué hace aquí? ¿A quién busca? Vino a vendernos, ¿cierto? -le dijeron.

-Nada de eso, ustedes están confundidos, déjenme trabajar -se defendió Amaranta.

Sin embargo, estaba atrapada. Amenazada con un arma, la condujeron hasta el cuarto que tenía alquilado, donde la esperaba su hijo. Mientras el grupo discutía afuera qué hacer con ella, Amaranta escapó por una puerta trasera, alcanzó a llegar hasta un potrero de vacas y allí pasó toda la noche, escondida en una casita de perros. A la mañana siguiente regresó a Bogotá.

La última vez que volvieron a hostigarla fue en febrero de 2016, cuando vivía de nuevo en Suba. Tres hombres la encontraron e insistieron con las mismas preguntas: “¿a quién ha denunciado?, ¿dónde está Yuliana?”.

-A mí ellos no han dejado de buscarme, y eso es por Yuliana. A esa niña se la había llevado un primo suyo a Ralito a prostituirla allá. Era como de buena familia, era valiosa para ellos. Y como yo fui quien la sacó...



Luego de diez años exactos de no hacerlo, Amaranta volvió a mirarse en los espejos. Los había abandonado desde el día siguiente al segundo ataque sexual, en su casa, cuando los cuatro hombres le dejaron chupones y mordidas por toda la cara. Durante todos esos años tuvo miedo de encontrar en su propio reflejo esas heridas abiertas.

Además de evadir su rostro, Amaranta evadió también su cuerpo a lo largo de muchos años. Lo ocultaba.

-Me conseguí una chaqueta que nada más se me veía la cara, porque me daba pena que me miraran. Me parecía que la gente iba a decir: "mire, esa es una mujer violada".

Seis años antes de reencontrarse en el espejo, Amaranta se había reconciliado con los colores. También ese placer le arrebató la violencia: cuando su tortura comenzó, Amaranta comenzó a verlo todo gris. Literalmente: los colores desaparecieron de sus paisajes. Volvieron a aparecer una tarde, en Cartagena, a donde acudió para participar de un evento con otras víctimas. Cuando sus compañeras la vieron aparecer vestida como si estuviera en Bogotá, manga larga, bufanda, botas, chaqueta, le dijeron que iba a sentir demasiado calor caminando por las calles de la Ciudad Amurallada. Sólo entonces Amaranta comenzó a sentir el calor. Una de sus compañeras, la más cercana, la más amiga,

había llevado un vestido de más y se lo ofreció. A regañadientes, Amaranta aceptó probárselo. Cuando lo tuvo puesto, se sintió incómoda. Intentaba estirarlo para que le cubriera la piel que dejaba al descubierto: sus brazos, sus pantorrillas, su cuello. Pero las compañeras dijeron que se veía hermosa, y Amaranta les creyó. Comenzó a sentirse hermosa dentro de aquel vestido rojo, que, sin embargo, ella seguía viendo gris. No obstante, esa tarde, a medida que se alejaban del hotel, caminando segura entre sus compañeras, los colores regresaron. Comenzó a verlos en los jardines, en las trinitarias que colgaban de los balcones, en los coralitos por doquier.

- ¡Eso fue mágico! Y apenas pude ver los colores, enseguida sentí que había salido de un hueco. Ese día bailé, tomé, ese día fui feliz -recuerda Amaranta.

Ahora Amaranta camina hacia el futuro, calibrando a cada paso la carga de un pasado que ha dejado huellas profundas. Muchas cosas cotidianas le detonan recuerdos y dolores. No puede cocinar huevos con tomate y cebolla, como le gustan a su hijo, porque eso era lo que le ponían a cocinar en Ralito, y los aborrece. Hay una fragancia, un perfume de hombre llamado *It's you*, a eso olía *El Pambe*. A veces, cuando alguno en la calle pasa por su lado y lleva ese aroma, Amaranta se descompone y siente ganas de vomitar. Hay noches en que se recuesta en la cama, al final de la jornada, y las imágenes de su tormento aparecen: de inmediato su vagina comienza a sangrar y no se detiene hasta veinte días después. Cuando llega a su barrio evita

a toda costa una calle que la enferma, una llena de galleras, que le produce vacío en el estómago, tensión en los músculos y dolor en todo el cuerpo. Es automático. Y el resentimiento hacia los hombres, eso tampoco se lo han llevado los años, que, en cambio, le han dado más razones: Fernando, a quien Amaranta volvió a ubicar años después de llegar a Bogotá, todavía se cree su dueño. Con la excusa de estar cerca de su hijo y arguyendo lo que se le olvidó cuando los abandonó a merced de los paramilitares - "es que tú eres mi esposa" - se aparece por la casa y hasta se instala allí durante días. Por lo menos en dos ocasiones la ha enviado al hospital, por las golpizas que le ha propinado. La última vez que apareció, sin embargo, fue ella quien al tercer día sacó las cosas de Fernando a la calle y cambió las guardas.

-Con todo lo que me ha pasado yo desconfío hasta de la sombra mía -dice Amaranta, y se le nota en la mirada que es sincera.

Su desconfianza, sin embargo, prueba también las riendas que ha tomado: en tanto le sirve para cuidarse, es parte del voto por sí misma. Para lo mismo le sirven los tenedores que mantiene escondidos en las materas, el palo detrás de la puerta, las varillas de paraguas en el cajón:

-Me ha pasado mucho, pero aun así estoy de pie, y si alguien llega ahora a mi casa a querer agredirme, yo me voy a defender -concluye Amaranta, orgullosa de la fuerza que le ha tomado medio siglo alcanzar.

“ELLOS SE FUERON, PERO A MÍ ME DEJARON EL MIEDO”

Yerica era el nombre de una modelo que, por aquel entonces, se escuchaba mencionar con frecuencia en los medios de comunicación. El nombre, sonoro y extraño, cautivó a Lilia, quien decidió llamar así a la niña que crecía en su vientre, y que finalmente llegó al mundo el 27 de octubre de 1984.

Yerica es una mujer morena, de ojos claros y frente ancha. Lo hace poco, pero cuando sonrío, un destello de picardía ilumina su rostro, y, al caminar, su cuerpo entero se envuelve en la cadencia del Caribe. Es una mujer recatada en sus maneras y generosa en el trato, de aquellas que tiene poco, pero siempre está dispuesta a compartirlo.

-Si yo tengo, y alguien más necesita, yo doy. Así también era mi mamá -afirma, mientras me va contando quién es.

La vi por primera vez el día siguiente a su cumpleaños número 31. Había venido hasta Santa Marta, acompañada de su hija, Elaine, -siempre con su hija- para ofrecernos su testimonio, que sería parte de los insumos para el Informe Nacional de Violencia Sexual que preparaba el Centro Nacional de Memoria Histórica. Yerica era una de las

mujeres que venía de Fundación, Magdalena, con ese propósito. Fue la primera vez que habló tan detalladamente del horror que había vivido, y no fue fácil. Las palabras, atoradas en su garganta, enredadas en la memoria, salían de su boca con dificultad. Conversamos alrededor de dos horas, en el salón privado de un hotel, en Santa Marta. Luego de contarnos su historia, Yericá subió a la habitación por Elaine y nos encontramos con el resto del grupo para almorzar juntas. Hablamos del mar, de la comida, de la cachama guisada -su favorita-, de las brisas samarias.

Pasaron casi dos años antes de volver a verla. Durante aquel tiempo sólo mantuvimos comunicaciones esporádicas por teléfono, y tuve noticias de ella a través de mis colegas del Informe Nacional, que adelantaron todo el proceso de validación y publicación del texto.

Para esta segunda oportunidad las cosas habían cambiado: Yericá y Elaine estaban radicadas en Santa Marta, porque los problemas de salud de la niña necesitaban atención médica que en Fundación no era posible. Yericá visitaba con regularidad la oficina de la Unidad de Víctimas, haciendo seguimiento a su lento proceso de reparación administrativa, y le costaba menos hablar. La claridad de sus ojos verdes conservaba la misma vitalidad quebrada que me conmovió el día que la conocí.

La niña, a la que nombraron como aquella modelo, nació en Barranquilla, y fue la segunda hija de Lilia y Pedro Pablo. El primogénito tenía entonces cinco años. Sin embargo, el niño había sido registrado como hijo de sus abuelos maternos, así que fue Yericá la primera y única hija registrada por su madre. "¡Ah! ¡Eres barranquillera!" asiento cuando me lo cuenta.

-Ajá, pero nada más de nacimiento, porque de registro sí fue en Pivijay -me aclara.

Al poco tiempo de nacer la niña, la familia se trasladó al municipio de Pivijay, Magdalena. En aquella finca del abuelo, en el corregimiento de Las Piñuelas, se ambientan los primeros recuerdos de infancia de Yericá, recuerdos de los que tempranamente desaparece el padre, quien las abandonó cuando ella tenía cinco años.

Al poco tiempo del abandono, la madre cayó enferma. Tenía cálculos en la vesícula y tuvieron que trasladarla a un hospital en Santa Marta, pues en el pueblo no había cómo operarla. Fue en esos días, cuando Lilia estaba en el hospital, que balearon al abuelo.

-A él lo tiraron a matarlo. Allá nos llegó, sangrando. Lograron sacarle una bala, pero la otra sí no pudieron -recuerda Yericá.

Un hombre, que insistía en comprarle una finca que él tenía en el poblado de Caravallo, fue quien lo mandó matar: el abuelo no estaba dispuesto a venderla, y menos por la suma irrisoria que pretendían darle. Aunque sobrevivió, luego del

ataque tuvieron que abandonar esa tierra, con las manos vacías.

-Se salvó de milagro. A ese hombre, el que lo quería obligar a vender la finca, lo mataron al poquito tiempo de eso -comenta Yericá.

La "casa Castaño", como se conoce al clan paramilitar de los hermanos Fidel, Vicente y Carlos Castaño, planeó expandirse por todo el país, haciéndose, a comodiera lugar, a inmensas cantidades de hectáreas. En el departamento de Magdalena, Rodrigo Tovar Pupo, alias *Jorge 40*, comandante del Bloque Norte, fue el encargado de avanzar en esa dirección. Para lograrlo, según investigaciones de la fiscalía 22 de la Unidad Nacional Antiterrorismo, *Jorge 40* desplegó dos estrategias: por un lado, los "despojos por vía administrativa", por otro, la compra forzada, directamente a los propietarios. El camino por vía administrativa consistía en amenazar y violentar a las familias campesinas de la región, para obligarlas a abandonar sus tierras y luego desplegar una red de corrupción a través de la cual funcionarios del Incora declaraban que se trataba de tierras deshabitadas y disponían de ellas como baldíos, adjudicándolas a nuevos dueños: testaferros de *Jorge 40*. En otros casos, los mismos testaferros presionaban a los campesinos para que vendieran las fincas a precios irrisorios. A veces, bastaba una visita con un mensaje: "Venta, o negocio con la viuda". En otras ocasiones, como ocurrió con el abuelo de Yericá, las amenazas se materializaban, y "por las buenas o por las malas" las familias tenían que

abandonar sus tierras. El Registro Único de Víctimas reporta que, en el departamento de Magdalena, hasta julio de 2017, habían tenido lugar cerca de 500 casos de abandono o despojo forzado de tierras, y más de 472.000 casos de desplazamiento forzado.

Luego del ataque al abuelo, la familia huyó hacia el municipio de Fundación, Magdalena, en donde tenía casa la abuela y donde dejaron a Yericá al cuidado de una tía, hasta que su madre logró recuperarse y regresar por ella. En Fundación, junto a su familia materna, transcurrió la segunda parte de la infancia de Yericá. Allí estudió la primaria y hasta el grado octavo.

-Tengo muchos recuerdos buenos de esa época. De mis 15 años, por ejemplo. ¡Me acuerdo tanto del vestido que me puse, largo y verde! -se deja ganar por la nostalgia.

Cuando Yericá iba a cumplir 16 años, ella y su madre se mudaron a Valledupar, Cesar, para comenzar allí una vida nueva: arrancaba el año 2000. Se fueron siguiendo los pasos de la abuela, que había ido a instalarse donde algunos parientes. Yericá siguió estudiando el bachillerato, a la par que aprendía de su madre habilidades como comerciante.

-Ella compraba mercancía en Maicao y luego la revendía. Me enseñó todo: cómo comprar, dónde vender, cómo moverse en ese medio -dice, orgullosa.

En 2002, Yericá se graduó como bachiller y comenzó la carrera de contaduría en la Universidad Popular del Cesar. Le gustaba mucho estudiar, pero

al cabo de un semestre tuvo que dejar de hacerlo porque no consiguió cómo pagar el siguiente. Entonces comenzó a trabajar, en restaurantes, en hoteles, en lo que saliera. Entre tanto, su madre había iniciado una relación de pareja con un señor que tenía una finca de café en la Sierra. Lilia comenzó a irse para allá cada año, entre octubre y enero, para la cosecha.

Yerica nunca fue de muchos amigos, pero estudiando hizo algunos.

-Hasta un amigo mío de la universidad, que tenía familia por fuera, me había propuesto: "cásate conmigo y vámonos pa' Inglaterra". Y yo: "nooombe, ¿yo qué voy a hacer contigo por allá?". Y me dice: "pues te casas conmigo y después te divorcias, sólo hasta que te den tu nacionalidad" -me cuenta Yerica, antes de sumergirse en un largo silencio.

-Quién sabe qué hubiera sido mi vida si me hubiera ido con él -continúa, al fin.

No puedo dejar de preguntarle: ¿Y por qué no te fuiste?

-No quería dejar a mi mamá sola -responde, por primera vez con nítida claridad, y añade: yo siempre antepuse a mi mamá, siempre. Era mi mamá primero y, después, todo lo demás. Desde que se me murió todo ha sido peor.



Como irse del lado de su madre no era una posibilidad, Yerica ajustó su mirada al entorno más

próximo. Cuando tenía 19 años, conoció a Juan de Jesús.

-Él es cachaco, éramos pelaos. Nos conocimos en el barrio y me enamoré.

En enero de 2004 una prueba de embarazo dio positiva. Aunque la noticia le alegró y contó con el apoyo de su madre, fue muy complicado llevar a término esa gestación, pues las condiciones se complicaron. En abril de ese año murió su abuelo y, poco después, su madre fue hospitalizada por una peritonitis que se complicó y que la tuvo muchos días en cuidados intensivos. El hermano estaba sin trabajo, y a ella, embarazada, nadie la empleaba. Yérica recuerda que, por aquellos días, aguantaron mucha hambre.

-En vez de engordar, fue bien flaquita que me puse. Sólo cuando mi mamá salió de la clínica y se fue para donde mi tía fue que comencé a coger carnecita, porque me fui con ella a cuidarla, y allá sí podíamos comer.

Cuando la madre estuvo recuperada, volvieron a vivir con el hermano. Seguía habiendo necesidades, pero la gente era solidaria:

-Y como me veían embarazada, más. Me mandaban mucha cosita, y yo no les despreciaba la ayuda, porque necesitaba sacar adelante la barriga de mi hija.

Juan de Jesús se desentendió muy pronto.

-Nos cogimos rabia, porque la hermana de él se encargó de hacernos la vida imposible. Ella no

gustaba de mí, y me hizo porquería para que él me dejara y aborreciera la niña -afirma Yericá, trayendo a colación las historias que escuchó sobre una brujería que le habrían hecho a Juan de Jesús para que las abandonara.

La llegada de Elaine, que estuvo todo el embarazo sentada y tuvo que nacer por cesárea, hizo muy feliz a Yericá: era una bebé hermosa, con enormes ojos, tan verdes como los de su madre. Desde su llegada, fue un motor que inyectó fuerza a la vida de Yericá, que la llenó de razones para abrirse caminos. Cuando su hija tenía dos meses de nacida, en busca de esos caminos, Yericá aceptó subir a la finca de la Sierra, la del compañero de Lilia, a trabajar cocinando para los trabajadores del café. Estuvo un par de años subiendo en octubre y bajando en enero, cuando terminaba la cosecha, como hacía su madre.

-Hasta que me pasó lo que me pasó -recuerda.



Sobre la Sierra Nevada de Santa Marta, en un valle de altiplano, se encuentra el municipio de Pueblo Bello, al norte del departamento del Cesar, en cuyo territorio se asienta "la tierra donde nace el sol", Nabusimake, capital del pueblo Arhuaco. Desde comienzos del siglo XX, la tranquilidad de esas montañas, de clima suave y paisaje profundo, atrajo a colonos de tierras cercanas, pero fue en la

década de los cuarenta cuando la violencia llevó allí a oleadas de campesinos que descumbraron las montañas y remplazaron la vegetación natural por extensos cultivos de café.

En la vereda El Triunfo, de Pueblo Bello, Cesar, quedaba la finca del compañero de Lilia, de nombre -Yerica lo recuerda con amargura- la Nueva Esperanza. Allí subían ella y su madre cada octubre para trabajar en la cosecha de café.

En 2006, cuando su bebé acababa de cumplir dos años y Yerica había comenzado a estudiar soporte contable, en el Sena, subió por segunda vez a trabajar en la finca de la Sierra. Hombres del Ejército de Liberación Nacional (ELN) merodeaban la zona desde hacía años, eso lo sabía, pero esta vez le parecieron más.

-Eso era en todas partes, en toda parcela, y uno no podía decir nada, porque era peor.

Fue a finales de esa temporada que le llegaron los primeros rumores. Era su mamá quien lo había escuchado y se lo contaba:

-Ella me dijo 'mija, uno de esos guerrilleros te puso el ojo', y yo 'ñerda, no, esto aquí se dañó', porque, imagínese, ¡dizque un guerrillero enamorado de mí!

Faltaban pocos días para que terminara la temporada de café y Yerica alcanzó a bajar de la Sierra aquella vez, con el propósito de que sería para siempre, y se olvidó del asunto. Sin embargo, los meses de distancia hicieron borrosos los temores, y le comenzaron a hacer falta los trescientos mil pesos mensuales que obtenía cocinando en la finca.

Decidió volver. Un año más, que, de hecho, sería el último.

En octubre de 2007, cuando llegó a la finca Nueva Esperanza, Yericá sintió que la presencia de los elenos era todavía más atosigante: ahora pasaban todos los días, parecía que nunca se iban. A medida que avanzaban las semanas, fue notando, además, que no podía salir de la casa sin encontrarse con alguno de ellos. La vigilaban. Para cuando llegó enero y se acercaba el momento de regresar a Valledupar, hacía mucho que había dejado de ir al pueblo, o a cualquier parte. Se arrepentía de estar ahí, contaba los días para salir y no regresar jamás. Poco antes de que se cumpliera el plazo, el guerrillero que la asediaba, Ricardo, llegó a la finca, junto con un grupo robusto del ELN, entre quienes Yericá recuerda a alias *Alvarito* -el comandante-, a *Humito*, a *Pepe*, a *Nancy*. Le ordenaron irse con ellos.

-Usted sabe que esa gente llega y no hay nada que hacer. Pasan, se quedan si quieren, y si no, se llevan por delante todo lo que encuentran, a la fuerza. Esa vez me llevaron a mí -se lamenta Yericá.

Fueron más de dos días caminando, antes de llegar al campamento, ubicado en una finca inmensa, con un enorme palo de mango a la entrada. Se llamada El Escondido. Era de noche cuando por fin estuvieron en la casa, y, tan pronto llegar, la metieron en una habitación, sola, y la encerraron.

-No me tenían amarrada, porque de verdad no puedo decir que me tenían amarrada, me tenían

era encerrada... desde esa misma noche comenzaron a abusar de mí, entre todos ellos, uno por uno, a veces varios. Hacían lo que querían conmigo, sin importarles si yo quería. Y así fue, como por un mes y medio no había día que me dejaran tranquila.

El llanto ahoga los detalles que Yericla silencia, pero que recorren, ineludibles, su pensamiento.

La primera semana la tuvieron cautiva en El Escondido, pero luego la llevaron a otras fincas. Alcanzó a estar en cinco lugares distintos, a los que precedían largas caminatas, siempre de noche, para cruzar las montañas de la Sierra. En los campamentos, Yericla lograba ver otras mujeres, niñas que no debían superar los 12 años, pero que portaban uniformes, como los demás. También estaba la esposa del comandante.

No había manera de escapar, la vigilaban todo el tiempo: mientras la obligaban a cocinar, estaban tocándola; cuando la dejaban bañarse, debía ser desnuda, delante de todos. Y la violaban cada vez que querían.

-Fue la peor de las torturas -se lamenta, todavía llorando-. Yo hubiera preferido que me mataran ahí mismo, en vez de hacerme todas esas cosas.

Al cabo de algunas semanas Yericla comenzó a enfermar. La primera vez se desmayó en medio de la caminata. Uno de los guerrilleros tuvo que cargarla al hombro: a ella no le respondía el cuerpo y su consciencia era intermitente.

-Luego seguí desmayándome, todo el tiempo. Yo creo que fue por esa ampolla que me pusieron, para

que no quedara embarazada. Como yo sufro de migraña, debió ser esa ampolla la que me enfermó -se explica Yericá.

Ante la fragilidad de su salud, los guerrilleros decidieron liberarla. Para ello, contactaron a la madre de Yericá, quien fue a recogerla a un punto convenido de la carretera y la llevó al hospital de Valledupar. Allí la revisaron el neurólogo y el ginecólogo. Ni ella ni su madre mencionaron nada sobre el secuestro y las violaciones. Cuando estuvo mejor regresaron a la finca de la pareja de Lilia: les habían advertido que no podían irse lejos, so pena de mayores castigos.

Los meses que siguieron, sin poder regresar a Valledupar, Yericá se sumió en la tristeza. No había con quién conversar sobre su sufrimiento, y seguramente no habría podido hacerlo, aunque hubiera con quien. Lo peor, sin embargo, estaba por venir.

En mayo llegó el Ejército.

El departamento del Cesar ha sido un territorio históricamente disputado por distintos grupos armados. Allí, en la zona norte, donde se ubica el municipio de Pueblo Bello, colindante con el departamento de Magdalena, guerrillas y paramilitares se han disputado el control de un corredor de movilidad que comunica la parte alta

de la Sierra Nevada de Santa Marta con la parte baja.

Aunque las FARC hicieron presencia en el departamento, con el frente 19, que más tarde, en los noventa, se dividió en los frentes 41 y 59, adscritos a su Bloque Caribe, este territorio también ha sido impactado por el ELN.

Los orígenes de esta guerrilla se remontan al regreso al país de algunos estudiantes becados por el Gobierno cubano que, siguiendo su ejemplo, se instalaron en el valle del Magdalena Medio y comenzaron a conformar un grupo insurgente. El 7 de enero de 1965 este grupo realizó su primera incursión armada y presentó su programa político en el “Manifiesto de Simacota”. El primero de los doce puntos que lo constituyen afirma que tal programa busca, además de la toma del poder para las clases populares, la instauración de un gobierno democrático “que garantice la plena igualdad de nuestro pueblo, [...] que conceda a la mujer sus legítimos derechos”.

En Colombia decir ELN remite de inmediato a personas armadas portando brazaletes rojos y negros. Esa es su bandera, que simboliza el rojo de la sangre derramada por los hombres y mujeres que han caído en la causa revolucionaria, y el luto que se guarda por esas vidas. Sobre ambos colores, las iniciales en blanco: E-L-N. En blanco, para representar su vocación de paz. Buscando en los símbolos el corazón de sus posturas políticas, llegué al escudo: circular -como emblema de unidad- encierra un fusil que

emerge de las montañas colombianas y representa la lucha armada. A su lado, el martillo y el machete -símbolos de la clase obrera- descansan sobre el mapa de América Latina, todo coronado por una frase: "Ni un paso atrás, liberación o muerte".

Liberación o muerte, ¿para quienes?

La presencia del ELN en el Cesar se remonta a la década del setenta, durante la cual se consolidó el frente Camilo Torres Restrepo, especialmente en los municipios del sur del departamento. Más adelante, la expansión del grupo continuó hacia el norte, especialmente el piedemonte de la Serranía del Perijá, en donde comenzó a operar, a mediados de los ochenta, el frente José Manuel Martínez Quiroz, la primera estructura armada de lo que posteriormente sería el Frente de Guerra Norte (FGN) del ELN. De esta estructura hizo parte el frente 6 de diciembre, que operó en la zona norte del Cesar, incluido el municipio de Pueblo Bello, desde los años noventa.

Siguiendo las lógicas de la disputa territorial, los grupos armados han estigmatizado a la población de estos territorios y la han puesto en medio de la guerra: de los habitantes de la zona alta de la Sierra Nevada los paramilitares y el Ejército dicen que son milicianos guerrilleros; a los de la zona baja las guerrillas los señalan como auxiliares de paramilitares. Unos y otros les han atacado durante décadas, de múltiples maneras.

A Yericá, hombres del ELN la retuvieron durante cerca de un mes y medio, a inicios del año 2008, y estuvieron violándola sexualmente durante todo el secuestro.

Escribo su historia mientras una melodía cadenciosa suena de fondo. Es el himno del ELN que repite:

La mujer alza su voz firme y rebelde
como pueblo construyendo el ideal
que palpita en el clamor del continente
y germina hacia el futuro de igualdad (bis).

Meses antes del secuestro y la tortura que Yericá sufrió a manos del ELN, un señor, que se hacía pasar como comprador de fincas, comenzó a aparecer por la casa del compañero de Lilia, quien, atendiendo a su buen corazón, le ofreció posada.

-Pero ahora yo creo que ese señor trabajaba era con la Sijín. Él debió ser quien me vendió al Ejército -afirma Yericá.

Era el 24 de mayo de 2008 y habían pasado cerca de tres meses desde que los hombres del ELN la habían mantenido cautiva. Yericá recuerda que estaba bañándose cuando escuchó la algarabía. Eran varios militares, que obedecían órdenes de un sargento viceprimero de apellido Villadiego. Les pidieron las cédulas a todos, y, al verla, el sargento dijo que Yericá se parecía a una guerrillera que estaban buscando. Se comunicó con otros por radio: les decía que la habían encontrado. Al rato llegó un nuevo grupo. Un cabo, de apellido Góez, traía una

hoja con el rostro de Yericá impreso y una anotación: integrante del ELN.

-Que yo era la guerrillera que ellos andaban buscando, eso dijo el cabo Góez, y que tenían una orden de captura -me cuenta Yericá, con la misma cara de asombro que debió tener aquella vez.

Ella reconoció de inmediato la fotografía que venía impresa en ese papel: se la habían tomado en octubre, cuando un retén de la Sijín detuvo el carro en el que iba subiendo, con su madre y su hija, hacia la Sierra. Aquella vez les pidieron papeles y les tomaron fotos, antes de dejarlos continuar. La misma foto que ahora aparecía en el cartel.

- ¡Guerrillera, yo! ¡Si ellos me habían secuestrado y torturado, y venían los otros a decir que yo estaba de su lado!

Yericá les hacía ver que, si ella fuera guerrillera, hubiera salido corriendo al saber que el Ejército andaba por la zona, pero no la escuchaban: insistían en que debía ir al batallón, que su única opción era desmovilizarse. Que aceptara acompañarlos y mandaban traer un carro para llevarla. Decían, además, que Lilia no era su madre ni Elaine su hija, que en esa casa la estaban encubriendo. La familia, que estaba sola -no había más trabajadores, pues todavía no llegaba la época de recoger el café- lo dudó. ¿Sería mejor hacerles caso y dejar que se la llevaran? Lilia llamó a un sobrino, abogado, quien fue enfático: "Ni se les ocurra. Las pueden hacer pasar por 'falsos positivos' y no llegan vivas a ninguna parte".

El Ejército se quedó en la finca por cuatro eternos días, durante los cuales la familia permaneció presa en su propia casa y Yericá se convirtió en una esclava sexual de aquel grupo de militares, que la vejaron porque la acusaban, nunca dejaron de decirlo, de hacer parte del enemigo.

-Se burlaban de mí, decían que por guerrillera me podían tratar como se les diera la gana. A los demás los tenían amenazados, y yo no quería que me los mataran. Mi integridad como mujer, pues eso va y viene, pero tenía que cuidar la vida de ellos. Me tocó dejarme hacer lo que querían -afirma Yericá, con amarga resignación.

Un destello de paz cruza su mirada cuando concluye que, gracias a su sacrificio, el resto de la familia sobrevivió.

El Ejército decía que iba a quedarse en la finca hasta que Yericá aceptara desmovilizarse. Sin embargo, el 28 de mayo -cuatro días después de su llegada-, los dejaron salir, pues Lilia les prometió que irían hasta el batallón, pero por sus propios medios. Montaron una bestia y emprendieron camino. Cuando llegaron a Valledupar, al batallón, lo que hicieron fue denunciar la instigación y el abuso de autoridad. De nuevo Yericá guardó silencio sobre la violencia sexual. El insondable y ácido silencio que persigue a las víctimas de este crimen.

Luego, Lilia, Yericá y Elaine regresaron a Fundación, mientras el compañero de Lilia volvió a su finca, en la Sierra, y ya no encontró allí al

Ejército. Los vecinos dijeron que se habían ido dos días después de que la familia había salido del lugar.

- ¿Cuándo podré yo superar lo que me pasó antes, si luego viene y me pasa esto? -se pregunta Yericá, en voz alta, como un eco del peso que la mortifica desde entonces.

Pasó más de un año antes de que las mujeres recibieran los papeles del batallón que acreditaban que no existía ninguna orden de captura en contra de Yericá.

-Me imagino que entonces es verdad que me habrían matado si me hubiera ido con esos hombres del Ejército -declara, convencida.

Ocurrió que Miguel, un guerrillero del ELN al que Yericá no había visto durante su secuestro, se desmovilizó y confesó que ella no era parte del grupo, sino que había estado secuestrada en sus campamentos. Fue eso lo que la salvó. Antes, sin embargo, los militares habían regresado a la Sierra a averiguar por ella. Bajo amenazas, el compañero de Lilia les indicó que ellas estaban en Fundación y hasta allá llegaron a buscarlas. Aparecieron un día en su casa con la misma historia: que la única opción de Yericá era desmovilizarse. No dejaron de asediarla hasta que Miguel, el guerrillero, confesó la verdad.

-Yo no vivía tranquila con esos hombres martirizándome, persiguiéndome, ¿cómo podía recuperarme de lo que me había pasado? Después supe que, de esos militares, a uno lo trasladaron y a otro lo destituyeron -me dice Yericá, con los labios apretados, secándose las lágrimas-. Muy bien, ellos se fueron, pero a mí me dejaron el miedo.

El Ejército Nacional se ve a sí mismo como una entidad que “conduce operaciones militares orientadas a defender la soberanía, la independencia y la integridad territorial”, con la misión de “proteger a la población civil y los recursos privados y estatales para contribuir a generar un ambiente de paz, seguridad y desarrollo”. Yericá no tiene esa percepción del Ejército. Y no es sólo ella.

Desde múltiples instancias civiles que defienden los derechos humanos, se ha denunciado que la militarización de los territorios no favorece la paz, ni la seguridad, ni el desarrollo. En cambio, es abundante la documentación que muestra cómo, en contextos militarizados (importa poco, en este caso, si se trata de ejércitos legales o ilegales), aumenta el terror de la población, que vive bajo zozobra; aumenta el reclutamiento forzado de niñas, niños y jóvenes; y aumenta el involucramiento de población civil en acciones militares, especialmente aquellas relacionadas con obtener información de los bandos opuestos. La mesa de trabajo “Mujer y Conflicto Armado en Colombia”, que agrupa a varias de las más sólidas organizaciones de mujeres y de derechos humanos del país, ha insistido en ello en múltiples ocasiones.

Para las mujeres, la militarización (la presencia continuada de ejércitos en los territorios, con el asentamiento de bases militares, legales o ilegales) comporta consecuencias particularmente dramáticas.

En Colombia, varias organizaciones feministas y de mujeres han hecho un trabajo juicioso de documentación de casos que permiten entender cómo la militarización oficial, en particular, incrementa la violencia contra ellas. "El patriarcado ha promovido el aprendizaje social de 'propiedad' del cuerpo de las mujeres por parte de los varones en la vida cotidiana. La militarización ha reforzado este aprendizaje transformando los cuerpos de las mujeres en campos de batalla y botines de guerra" ha señalado la mesa de trabajo Mujer y Conflicto Armado.

La Encuesta de Prevalencia de violencia sexual en contra de las mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano 2010-2015, realizada por la Casa de la Mujer, arroja cifras desalentadoras: en los municipios con mayor presencia de fuerza pública, guerrilla y neoparamilitarismo, la prevalencia de violencia sexual se estimó en 18,36 %, lo que equivaldría a 875.437 mujeres víctimas de algún tipo de violencia sexual.

Sabemos que la militarización de la vida cotidiana constituye una amenaza latente de violencia sexual, en tanto favorece la radicalización de las jerarquías de género, así como la consolidación de masculinidades guerreras que intentan dominar los territorios, y, por extensión, los cuerpos de quienes los habitan, en particular los cuerpos de las mujeres.

¿La seguridad de quién, favorece, entonces, la presencia militar? No fue la seguridad de Yericá, sin duda. No es la seguridad de las mujeres. Para

ellas, la cercanía de bases militares ha significado, en cambio, ser víctimas de estrategias bélicas que pasan, en algunos casos, por la “seducción” y el “enamoramiento” en busca de información del bando enemigo; en otros casos, la presencia constante de grupos armados supone la instauración de un orden social fundado en la disponibilidad permanente de los cuerpos femeninos y el uso de la fuerza y la intimidación para garantizarla.

En territorios militarizados, la vida y la suerte de las mujeres se decide en conformidad con el ideal de feminidad del ejército a cargo, o de los hombres que lo encarnan, o de ambos. Como señala el informe *La guerra inscrita en el cuerpo*, del Centro Nacional de Memoria Histórica, donde se instala una base militar, el entorno cambia de inmediato: aumenta la prostitución voluntaria en condiciones precarias; aumenta la prostitución forzada y otros delitos asociados, como la trata de personas; y aumenta, significativamente, la violencia sexual y la persecución a las mujeres que se perciben asociadas con el enemigo, como ocurrió con Yericá. Cada vez que un caso ha llegado a instancias judiciales, el Ejército ha insistido en que se trata de “manzanas podridas” y ha rechazado responsabilidades institucionales, en favor de responsabilidades individuales del militar violador. La prensa ha hecho eco a algunos de estos casos en el pacífico nariñense y el departamento de Arauca, por ejemplo. Pero lo cierto es que donde se instalan bases del Ejército aumentan los casos de violencia sexual contra las mujeres.

-Según el país, son los "héroes de la patria", pero a mí ellos me trataron peor que la guerrilla, peor -concluye Yericá, al repasar lo que ocurrió durante aquellos cuatro días que el Ejército estuvo en su finca, en Pueblo Bello, Cesar.



-Aunque me habían pasado esas cosas terribles, yo tenía que continuar -declara Yericá, con convicción.

De vuelta en Fundación, Yericá intentó retomar el ritmo de su vida: seguía trabajando con su madre, comprando y vendiendo mercancía; llevaba al parque a su hija, Elaine, todas las tardes; y asistía mucho a una iglesia cristiana, en la que encontró palabras consoladoras que la tranquilizaban en los días malos. Justamente en esas salidas, comenzó a notar que un hombre la miraba de manera perturbadora. Yericá sabía quién era: Elías Causado Mariño, conocido de un tío suyo. Le decían *Chechela*, y se rumoraba que era comandante del grupo Los Paisas, la fuerza paramilitar que entonces azotaba el municipio, extorsionando a todo el que tuviera algo.

Yericá siguió encontrando al hombre en su camino con regularidad.

-Ay, Dios mío, no puedo creerlo, ¿ahora qué? - se dijo, cuando notó que *Chechela* siempre estaba esperando que ella saliera de la casa.

Las miradas lascivas del hombre se convirtieron pronto en palabras, porque se ponía a caminar a su lado sin que ella supiera cómo evitarlo, y le hacía conversación. Luego consiguió su número telefónico y la acosaba con llamadas.

-Me decía que no quería ver que ningún hombre se me acercara, porque lo mataba. Y a mí me entró terror, porque esos hombres, cuando se obsesionan con uno... -me dice Yericá, sin llegar a concluir la frase.

Un día de septiembre de 2009, cuando Yericá iba para el centro bíblico, *Chechela* la estaba esperando en su camino habitual. Ella intentó pasar de largo, pero el hombre la tomó del brazo y le puso un arma en la espalda: le ordenó acompañarlo. Llegaron hasta un hotel y, en una de las habitaciones, *Chechela* la violó, siempre apuntándole con el arma.

No fue una vez, ni dos. Yericá no recuerda cuántas. *Chechela* la tenía amenazada: resistir a su violencia podría costarle la vida de quienes más amaba en el mundo, su madre y su hija. Ese hombre se sentía su dueño, así se lo decía cuando la veía conversar con alguien más: "¿Quién es ese man? Que no se te olvide de quién eres tú".

-Me tenía puesto un hombre ahí en una moto, vigilándome, y si llegaba alguien a visitar a la casa, y me saludaba, enseguida él me llamaba. Como si fuera el marido de uno, siendo que no era marido mío, ni nada mío.

Luego Yericá supo que lo mismo le estaba pasando a su sobrina, que para entonces tenía doce años.

Fruto de esos ultrajes, la niña quedó embarazada, pero Lilia, la madre de Yericá, encontró la manera de ayudarle a interrumpir ese embarazo, por cuenta propia, en un país que apenas tres años atrás había despenalizado el aborto en caso de violencia sexual, aunque incluso hoy siguen existiendo múltiples barreras para acceder a este legítimo derecho.

Las violaciones continuaron hasta que las autoridades capturaron a *Chechela*, en julio de 2010. Estuvo un tiempo en la cárcel, pero salió libre poco después.

-Cuando lo soltaron él se fue de Fundación para Valledupar. Luego supe que andaba por los Llanos. Fue un gran alivio, porque nunca más volvió a aparecer por mi casa -recuerda Yericá.

Se conoció como Los Paisas a un grupo de hombres armados -conformado inicialmente en Medellín, de ahí su nombre- luego de la desmovilización paramilitar pactada entre el Gobierno nacional y las Autodefensas Unidas de Colombia, en el Acuerdo de Santa Fe de Ralito. Las desmovilizaciones tuvieron lugar entre 2003 y 2006, dejando tras ellas un rezago de reacomodaciones del poder y rearmes posteriores, porque eso es lo que sucede cuando se forman hombres para la guerra: luego no saben qué más hacer. Según las autoridades colombianas, Los Paisas fueron desarticulados como estructura en el año 2014, pero muchos de sus integrantes pasaron a integrar el Clan del Golfo, un grupo nuevo, con nuevos mandos, luchando por el mismo negocio y dejando a su paso la misma estela de terror.

El 20 de octubre de 2015, pocos días antes de nuestro primer encuentro, Yericá había hecho su declaración como víctima del conflicto armado ante la Defensoría del Pueblo en Santa Marta. Habían pasado más de siete años desde el comienzo de la cadena de violaciones que sufrió, primero por parte de hombres del ELN, luego por integrantes del Ejército y, finalmente, por un paramilitar de la banda Los Paisas. Siete años de silencio.

-Lo hice porque yo quiero que mi vida cambie, quiero vivir mejor y que esos recuerdos se vayan.

Una lideresa de Fundación la animó. A ella le habló Yericá, por primera vez, de los horrores que había sufrido:

-No con todos los detalles, pero se lo medio conté, porque a mí me da pena, me da cosa contar eso.

El trabajo comunitario de esta lideresa logró llevar a Yericá, junto con otro grupo de mujeres víctimas de violencia sexual, a hacer su declaración en Santa Marta.

-A esa muchacha que me la recibió sí le conté un poquito más, pero no con detalles, porque estaba nerviosa y quería que todo me saliera bien, no quería equivocarme con lo que me preguntaba.

Yericá recuerda que la funcionaria que recibió su declaración estuvo reticente a anotar las violaciones a manos del Ejército que ella estaba relatando: "no creo que el Estado le pague por algo que hicieron

los militares”, fue la razón que alegó. Tampoco quiso anotar lo que Yericca contó sobre los abusos de *Chechela*, “porque eso fue en 2009 y ya no le aplica”.

-Yo quería que lo anotara, pero ella no quiso. Si lo hubiera anotado el desahogo hubiera sido más grande -me subraya.

Nuestra primera conversación fue, entonces, la primera vez que Yericca realmente se sintió desahogada. Me lo contó la segunda vez que nos vimos.

-Decidí sacarme todo eso, porque ya no aguantaba tenerlo adentro metido, y vea que sí, sentí como si me hubiera quitado un peso de encima.



-El ginecólogo dijo que tenía una infección y me mandó unos óvulos -recuerda.

Ese fue el diagnóstico en el hospital de Valledupar, cuando los guerrilleros del ELN la liberaron. Luego de las otras violaciones no la vio ningún médico, pero desde entonces la aquejan unos dolores muy fuertes “ahí abajo”.

-Son dolores que ni con el pasar de los años se van, aunque a eso uno se acostumbra. A las pesadillas no.

Yericca lleva casi siete años soñando, intermitentemente, con las imágenes de su sufrimiento. Cuando despierta, le duele mucho la

cabeza. Esos días toma tranquilizantes -cuando logra que se los receten- y se mantiene encerrada, con las ventanas trancadas y la cortina abajo.

-A veces siento como si ellos me persiguieran, ellos o alguien, y me quedo todo el día sintiendo eso: que donde quiera que yo esté me van a perseguir.

Al año siguiente de que *Chechela* abandonara Fundación, Yerica intentó estudiar de nuevo. Se matriculó en una corporación universitaria, para formarse como auxiliar de droguería, pero al poco tiempo cerraron el lugar y tampoco esta vez pudo concluir el curso. Entonces comenzó una larga lista de trabajos que no duraban mucho tiempo: recepcionista de hoteles, mesera en distintos restaurantes, vendedora de ropa.

En diciembre de 2013 Lilia cayó enferma de nuevo. Le diagnosticaron una insuficiencia renal que le obligaba a hacerse diálisis tres veces por semana. Un día se hinchó demasiado y al llegar a la diálisis la dejaron hospitalizada. Terminó en cuidados intensivos en Santa Marta, donde le indujeron un coma y, el sábado 14 de junio de 2014, finalmente murió. Yerica llevó su cuerpo a Fundación para sepultarlo allí.

-A pesar de las adversidades, luchamos juntas hasta el día de su muerte -me cuenta, poco más de un año después de conocer ese sentimiento de orfandad.

Tras la muerte de su madre, Yerica se fue a vivir con su padre biológico. Sin embargo, era más la ayuda que él demandaba que la que podía ofrecer.

Sin el apoyo de Lilia, la vida se hizo, entonces, más difícil para Yericca. Su hija le preocupa especialmente: sufría burlas en el colegio, le ponían sobrenombres, y Elaine no quiso regresar. Se le ve decaída y dice cosas difíciles de entender.

-Me dice que ella ve a su abuelita todos los días, que la abuelita la viene a visitar. Le digo 'mija, pero yo no la veo' y me dice 'sólo se deja ver de mí, pero me pregunta por ti, mami. Yo le respondo que tú estás recogiendo manzanas en el Edén'. ¡Figúrese, eso me dice la niña! -se queja Yericca, confundida.

En 2016, cuando cumplió 12 años, le diagnosticaron a Elaine hipotiroidismo.

-Estaba muy flaca, parecía un esqueleto. ¡Se veía tan triste! -recuerda Yericca.

Desde comienzos de 2017 se mudaron ambas a Santa Marta para poder atender las constantes consultas médicas que la niña necesita. Desde entonces, van y vienen entre Santa Marta y Fundación, en la búsqueda de una oportunidad que les permita asentarse en algún lugar.

-Me sentó bien hablar con ustedes -vuelve a decirme Yericca, y añade: ¡Pero las necesidades son tan grandes y tan terribles!

No cargar sola con una historia pesada, compartirla, aliviana el peso. Sin embargo, existen en la vida de Yericca más cargas que aquellas

que pesan en sus emociones. En Santa Marta no ha podido conseguir empleo y vive, básicamente, de la caridad de los parientes. Tampoco logra que Elaine regrese al colegio. En cambio, ve pasar los días en ventanillas de instituciones: en la Unidad de Víctimas, en reuniones, en centros médicos. La reparación administrativa aún no llega y las soluciones se tardan más de lo que sus condiciones materiales pueden esperar.

- ¿Cómo me levanto de esta mala racha? -me pregunta, y se pregunta, Yericá.

Entonces recuerdo lo que he conversado con tantas amigas, en momentos malos: que ellas me salvan, que juntas podemos. Las redes, el tejido. Pero Yericá anticipa lo que voy a decirle y me recuerda que no es una mujer de muchos amigos.

-La verdad es que la única amiga que he tenido era mi mamá -insiste.

La soledad puede ser más letal que las adversidades.

Sin embargo, es cierto también que algunas caras de la propia existencia sólo se muestran a otros ojos, nunca a los propios, y, la segunda vez que la vi, yo me encontré con una Yericá distinta. Encontré en ella pistas de un levantamiento. Ha cambiado, por ejemplo, su propio relato: ha recordado episodios que antes tenía bloqueados, y ha dado nuevos sentidos a otros que nunca olvidó. Si es verdad que las palabras hechas discurso construyen la realidad que pretenden describir, en ese giro hay una pista. La primera vez que hablamos, por ejemplo, Yericá me

dijo, muy segura, que el amor de su vida había sido Juan de Jesús, el padre de su hija, y que le había dolido muchísimo que la hubiera dejado. La última vez, cuando volvimos al tema, dijo con la misma seguridad que, en realidad, nunca había querido a ese hombre, “porque si lo hubiera querido, habría sufrido por él, pero no sufrí. Lo que sentí fue un gran alivio de que me lo desprendieran de la vida”. Estoy segura de que, en ambas ocasiones, me dijo la verdad: sólo estaba interpretando de otra manera su pasado.

Si es cierto, además, que nuestras interpretaciones del pasado tienen que ver con quienes somos en el presente, esos giros hablan de una Yericca distinta hoy. Y es verdad que hace poco, luego de sentir un par de años atrás que no desearía jamás a ningún otro hombre en su vida, Yericca volvió a enamorarse.

-Lo quería de verdad... A él le conté todo lo que me pasó, y me dijo que eso no tenía nada que ver, que me apoyaba -dice Yericca, por primera vez con la vitalidad intacta en la mirada-. Eso no duró mucho, pero ya sé que puede volver a pasar.

Yericca sabe hoy, además, lo que quiere, aunque todavía le resulten difusos los caminos para alcanzarlo:

-Quiero salir adelante con mi hija. Tener los medios para comprar mi casita y tenerla bien. Quiero casarme y tener más hijos. Quiero ser su ejemplo, que se den cuenta de que yo sí puedo y que no me dejen vencer por nada. Quiero seguir estudiando para poder tener una carrera. Quiero alzar la voz

para que otras mujeres, que no pueden todavía, puedan decidirse a hablar. Siempre he querido eso: que las mujeres dejen de estar ocultando lo que han vivido. Uno se encuentra en el camino a tantas que se ven tan tristes, apagadas, y es porque han vivido lo mismo que yo. Nos marchitamos. Pero hablar le ayuda a uno a resucitar. Quiero olvidar. No vivir más en esos recuerdos del pasado. Quiero tener un presente y un futuro diferente. Quiero que Elaine lo tenga, porque se lo merece. Ambas lo merecemos.

DEPREDADORES

En el corazón del Urabá antioqueño, a mediados de los años noventa, comienza una de las historias que aquí van a contarse.

1995.

12 de agosto. Masacre de El Aracatazo, en Chigorodó: paramilitares del Bloque Bananero asesinan a diecinueve personas.

29 de agosto. Masacre de Los Kunas, en Carepa: las FARC-EP asesinan a dieciséis personas.

14 de septiembre. Masacre de La Galleta, en Turbo: paramilitares del Bloque Bananero asesinan a siete personas.

20 de septiembre. Masacre de Bajo del Oso, en Apartadó: las FARC-EP asesinan a veinticuatro personas.

Poco más de un mes de confrontación entre paramilitares de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, ACCU, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC-EP. Cuatro masacres. Sesenta y seis muertos.

Tras estos hechos, la administración departamental de Antioquia despliega a las Fuerzas Armadas en la zona, las cuales se suman al escenario de disputa entre los frentes 5 y 18 de las FARC y los paramilitares de las ACCU. Tanto paramilitares como Ejército despliegan operaciones militares para exterminar a los guerrilleros. Los municipios de la región comienzan a llenarse de población desplazada, los coliseos de Turbo y Apartadó están repletos de familias campesinas expulsadas por el fuego cruzado. Se encienden las alarmas humanitarias.



-Decían que eran las autodefensas, pero uno nunca sabe bien -señala, con sospecha en el rostro, María Isabel.

Sus facciones iluminan la sangre embera que corre por sus venas. Su piel está curtida por el calor de los fritos que durante años salió a vender al despuntar cada día. Su cuerpo es menudo, su cabellera muy larga y su sonrisa amplia. Tiene 47 años.

Decían que eran las autodefensas las que habían matado a su esposo, que porque Efraín era guerrillero. María Isabel lo había conocido cuando, a los trece años, se fue a trabajar a una empacadora. Hubiera podido esperar más para irse a trabajar, para conocerlo, pero su mamá sólo podía darle una muda de ropa, "¡y las muchachas de por ahí andaban con unas blusitas tan bonitas!" Así que consiguió trabajo

en la fábrica. Efraín había llegado casi a la vez. Poco después se fueron a vivir juntos y fueron felices, hasta el día que la guerra se les vino encima.

La felicidad se esfumó de tajo el 29 de agosto de 1996, cuando llevaban dieciocho años de convivencia y María Isabel estaba en su cuarto embarazo: un grupo de hombres enfurecidos entró a la casa, revolcó todo, tiró al suelo el televisor, la nevera, lo que había, y atrapó a Efraín. A ella la amarraron, porque no quería soltarlo, porque no quería quedarse sin él. Gritos en cámara lenta, visión desdoblada, los niños empujados al suelo. Con la mejilla en la tierra alcanzó a cruzar la mirada del último hombre que salió de la casa: "Se lo voy a matar, hijueputa".

-Decían que eran las autodefensas, que porque Efraín era colaborador de la guerrilla -insiste María Isabel- pero cómo iba a ser, si él administraba una finca, sembraba maíz, yuca, hacía oficios varios.

María Isabel enterró al marido en Turbo y abandonó la tierra que ambos compartían: le habían dejado dicho que por allá no podía volver. Otra vez tenía que salir corriendo. La primera vez, cuando llegó al Urabá, venía del resguardo indígena de Cañasgordas, donde nació; donde su madre la había dejado a ella, la menor de ocho hijos, al cuidado de los abuelos; donde vivió hasta que tuvo el valor de confesarle un día "mami, esto me está haciendo mi abuelo". El fin de semana siguiente llegó la madre a recogerla. Por allá María Isabel tampoco volvió jamás.

Luego del sepelio de su esposo, como esos hombres seguían merodeando, su cuñada le ayudó a salir

hasta Medellín. Allí estuvo algunos meses, pero regresó a Turbo, donde la misma cuñada, para tener a su cuarto hijo. El cuarto varón. Luego la vida continuó, lenta, pesada; pocas manos para tantas bocas. Se había instalado, con sus hijos, en una vereda de Turbo, cuando conoció a Néstor, un hombre seductor sin vocación de padre ni sentido de la responsabilidad, con quien tuvo un niño más, y, por fin, una niña. Néstor se fugó luego con una sobrina de María Isabel, a la que abandonó después por otra mujer, con quien, lo último que se supo, es que se había ido para La Guajira.

Más bocas, las mismas manos.

Pero son fuertes las manos de María Isabel, así que siguió luchando. Despuntaba el año 2001 cuando consiguió un trabajo en la Vereda Monteverde Uno, y para allá arrancó, con sus cinco hijos; allá se hicieron hombres los muchachos, y creció la niña. El año en que esa gente volvió a golpearla, ya se habían casado sus dos hijos mayores y la niña acababa de cumplir 12 años.

"Emerge tu recuerdo de la noche en que estoy.
El río anuda al mar su lamento obstinado.
Abandonado como los muelles en el alba.
Es la hora de partir, oh abandonado!
Sobre mi corazón llueven frías corolas.
Oh sentina de escombros, feroz cueva de náufragos!

En ti se acumularon las guerras y los vuelos.
De ti alzaron las alas los pájaros del canto.
Todo te lo tragaste, como la lejanía.
Como el mar, como el tiempo. Todo en ti fue naufragio!

Era la alegre hora del asalto y el beso.
La hora del estupor que ardía como un faro.
Ansiedad de piloto, furia de buzo ciego,
turbia embriaguez de amor, todo en ti fue naufragio!

En la infancia de niebla mi alma alada y herida.
Descubridor perdido, todo en ti fue naufragio!
Te ceñiste al dolor, te agarraste al deseo.
Te tumbó la tristeza, todo en ti fue naufragio!
Hice retroceder la muralla de sombra,
anduve más allá del deseo y del acto.

[...]

Era la sed y el hambre, y tú fuiste la fruta.
Era el duelo y las ruinas, y tú fuiste el milagro.
Ah mujer, no sé cómo pudiste contenerme
en la tierra de tu alma, y en la cruz de tus brazos!
Mi deseo de ti fue el más terrible y corto,
el más revuelto y ebrio, el más tirante y ávido.
Cementerio de besos, aún hay fuego en tus tumbas,
aún los racimos arden picoteados de pájaros.
Oh la boca mordida, oh los besados miembros,
oh los hambrientos dientes, oh los cuerpos
trenzados.

[...]

Oh, sentina de escombros, en ti todo caía,
qué dolor no exprimiste, qué olas no te ahogaron!

De tumbo en tumbo aún llameaste y cantaste.
De pie como un marino en la proa de un barco.
Aún floreciste en cantos, aún rompiste en
corrientes.

Oh sentina de escombros, pozo abierto y amargo.
Pálido buzo ciego, desventurado hondero,
descubridor perdido, todo en ti fue naufragio!".

Así canta Pablo Neruda su "Canción desesperada".
¿Cómo habría de cantarla, si pudiera, la mujer
por quien sintió aquel deseo, tan terrible y corto?



En Colombo, capital del territorio que hoy
conocemos como Sri Lanka, a finales de los años
veinte, se teje la otra historia que va a contarse.

Dado que nunca se supo de ella más que la infamia
cometida en su contra, supongamos que se llamaba
Banú y que era la hija de una mujer sola que dedicó
su juventud a recorrer los campos montañosos de
Nwara Eliya, con un gran cesto de rafia en la
cabeza, rellenándolo con las hojas verdes de té que
cortaba con sus manos. Su madre y otros cientos de
mujeres habrían hecho lo mismo desde siempre. No.
No desde siempre. Desde que el colonizador británico
sustituyó los extensos cultivos de café de la isla de
Ceilán por los de té, para proveerse de los insumos
que requiere su ceremonia de las cinco de la tarde.

La madre de Banú, tal vez, raptada en su niñez por un grupo de hombres para ser tratada en el mercado negro, logró escapar y regresar a su casa, pero, como a muchas, sus padres no la recibieron: traía una mancha más a una familia ya manchada. Era de la casta de los parias. Desde entonces no tuvo más sostén que el que pudieron proveerle sus manos, recogiendo las hojas verdes de té, sostén que tuvo luego que aprender a proveer, además, a la niña que los criminales dejaron en su vientre.

Banú, mujer en la casta dalit, otra paria como su madre y como la familia que les dio la espalda, nunca aprendió a leer ni a escribir. En cambio, se curtió desde muy joven en el trabajo pesado, primero en los mismos campos de té, luego en las calles de Colombo, a donde llegó con su madre una tarde lluviosa de junio de 1928, cuando tenía 16 años. La madre portaba el bindi de casada -ese lunar rojo sangre en la frente- para evitar ser asaltada por los hombres al delatarse como una mujer sola, aunque lo era. Dos mujeres solas, parias, en la capital, cumpliendo el destino que la historia había delineado para las de su clase a lo largo de siglos, porque “ser una mujer de casta dalit significa ser una esclava de los esclavos”.

Banú consiguió emplearse limpiando casas de los ingleses, en el suburbio de Wellawatha, junto al mar. Su parte era la labor invisible: no se trataba de servir directamente, de ordenar la casa o cocinar, sino de llegar hasta la última habitación de los *bungalows*, retirar los cubos metálicos llenos de excremento,

limpiar los bordes de madera, descargar el cubo donde le habían indicado y dejarlo de nuevo en su sitio, todo ello antes de que los habitantes de la casa despertaran al nuevo día. Su jornada terminaba en la vivienda más alejada, la que estaba afuera de las urbanizaciones, habitada por un perro, una mangosta y un hombre de aspecto amable, que Banú comenzó a encontrarse en los pasillos, por más temprano que intentara retirarse.

Adiestrada por el mismo régimen que la hizo mujer, la joven se sabía de la casta de los intocables, y se esforzaba, como correspondía, por ser invisible. El hombre de la última casa era el cónsul chileno, que además escribía poemas, aunque Banú jamás supo esas cosas. Sólo sabía que limpiando su retrete, al amanecer, junto a los de las otras casas, aseguraba los dos platos de comida que requerían ella y su madre para seguir viviendo la vida que les había tocado en suerte.

A veces el hombre, de pie bajo el arco del salón, al otro extremo de la casa, la llamaba. Ella aceleraba el paso en sentido contrario y fingía no escuchar nada, como si no fuera el único ser humano que entraba a la casa a esas horas y el hombre no tuviera que, inevitablemente, estar hablándole a ella. No entendía una palabra, pero se sabía destinataria de aquellos sonidos indescifrables. Una vez encontró junto al cajón de madera una pieza de seda. Otro día, junto a la puerta, una bandeja de frutas. Por alguna extraña razón supo que, igual que la voz del hombre que a veces la llamaba, esas

cosas eran para ella. No se atrevió a tomarlas. Tan sólo rozó con sus dedos la suavidad de la tela y soñó por un instante que su sari rojo y dorado, el de todos los días, el de la tela más burda, estaba hecho con aquella delicada seda. Suspiró, y continuó.



“Entre las cosas de Ceilán que recuerdo, está una gran cacería de elefantes. Los elefantes se habían propagado en exceso por un determinado distrito e incursionaban dañando casas y cultivos. Por más de un mes a lo largo de un gran río, los campesinos —con fuego, con hogueras y tam-tams— fueron agrupando los rebaños salvajes y empujándolos hacia un rincón de la selva. De noche y de día las hogueras y el sonido inquietaban a las grandes bestias que se movían como un lento río hacia el noroeste de la isla.

Aquel día estaba preparado el kraal. Las empalizadas obstruían una parte del bosque. Por un estrecho corredor vi el primer elefante que entró y se sintió cercado. Ya era tarde. Avanzaban centenares más por el estrecho corredor sin salida. El inmenso rebaño de cerca de quinientos elefantes no pudo avanzar ni retroceder.

Se dirigieron los machos más poderosos hacia las empalizadas tratando de romperlas, pero detrás de ellas surgieron innumerables lanzas que los

detuvieron. Entonces se replegaron en el centro del recinto, decididos a proteger a las hembras y a las criaturas. Era conmovedora su defensa y su organización.

Lanzaban un llamado angustioso, especie de relincho o trompetazo, y en su desesperación cortaban de raíz los árboles más débiles.

De pronto, cabalgando dos grandes elefantes domesticados, entraron los domadores. La pareja domesticada actuaba como vulgares policías. Se situaban a los costados del animal prisionero, lo golpeaban con sus trompas, ayudaban a reducirlo a la inmovilidad. Entonces los cazadores le amarraban una pata trasera con gruesas cuerdas a un árbol vigoroso. Uno por uno fueron sometidos de esa manera.

El elefante prisionero rechaza el alimento por muchos días. Pero los cazadores conocen sus debilidades. Los dejan ayunar un tiempo y luego les traen brotes y cogollos de sus arbustos favoritos, de esos que, cuando estaban en libertad, buscaban a través de largos viajes por la selva. Finalmente el elefante se decide a comerlos. Ya está domesticado. Ya comienza a aprender sus pesados trabajos”.

Pablo Neruda. *Confieso que he vivido.*



Debido a su importancia geoestratégica, el Urabá antioqueño ha sido históricamente una región

disputada por distintos actores armados: el Golfo de Urabá le da salida directa al océano Atlántico, a través del cual pueden mover armas y drogas; sus laderas, a la vez, les sirven como zona de refugio y corredor para desplazarse hacia el interior. Por ello, durante los años setenta se instalaron allí las FARC-EP y el EPL (Ejército Popular de Liberación). En los ochenta fue territorio disputado por las guerrillas de las FARC y el ELN (Ejército de Liberación Nacional), hasta que, en los noventa, arremetieron con fuerza las ACCU.

1996. Asesinan a Efraín y María Isabel abandona forzosamente su tierra.

1997. Marzo 9. Masacre de Currulao, en Turbo. Las FARC asesinan a nueve personas. Marzo 23: los habitantes de San José de Apartadó se organizan en Comunidad de Paz, declarando su posición neutral en la disputa que los grupos armados despliegan en su territorio. Durante los años siguientes, nuevos dueños se hacen a las tierras despojadas al campesinado y la empresa paramilitar se robustece.

2004. Comienza la desmovilización formal de los paramilitares, aunque, en la práctica, la violencia sólo cambió, incesante, de nombres: Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), Bloque Héroes de Castaño, Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC), Águilas Negras, Los Urabeños, Clan Úsuga, Clan del Golfo.



En Turbo, dieciséis años después del asesinato de Efraín, continúa la historia de María Isabel. Iban a ser las nueve de la noche del sábado 19 de mayo de 2012 cuando terminó de vender los fritos que llevaba y, como todos los días, emprendió el camino de vuelta a su casa, que tardaba cerca de una hora a pie. Como siempre, su hija Violeta la acompañaba. El camino era oscuro y silencioso, así que sintieron el sonido de la moto a sus espaldas, aproximándose. Pronto divisaron la luz del vehículo y se enfilaron -Violeta adelante, primero ella, siempre- a la orilla de la carretera, para que la moto pasara. Pero no pasó, se detuvo junto a ellas. Eran dos hombres.

-Y ustedes, ¿para dónde van? -dijo uno de ellos.

-Para la casa -respondió María Isabel, apurando el paso.

-Nosotros las llevamos -dijo el otro, sin rastro de buenas intenciones en la voz.

-...

-Si siguen caminando les damos un tiro. Móntense ya -dijo el primero, levantándose la camisa para enseñar el arma que llevaba al cinto y agregar -Y si gritan, ¡vea!

Se subieron, María Isabel en medio de los dos hombres, con Violeta sobre una de sus piernas. La moto, ladeándose cada vez que aceleraba, se desvió por una trocha. María Isabel, que no entendía nada de lo que pasaba, nada distinto a que ese no era el camino a su casa, que estaba oscuro y que no

conocía a esos hombres, estaba asustada. Era el miedo por el que se llevaba la niña consigo todos los días, a vender los fritos, más por no dejarla sola que por la ayuda que significaba; era el miedo que conoció antes de escapar del resguardo y las manos voraces de su abuelo. No entendía lo que pasaba, pero le provocaba terror. No era entender, era más bien sentir el susurro de voces venidas de quien sabe dónde que sentenciaban: está pasando.

- ¿Para dónde nos llevan? -alcanzó a preguntar todavía, con el hilillo de voz que le quedaba.

- ¿No le dijimos que calladita? -le respondieron.

Luego sólo fue el viento en la cara. Agarrar fuerte a la niña para que no se cayera. Palabras repetidas al infinito: "nosotros las llevamos". El olor del monte anochecido. El arma en la cintura del hombre. El temblor en las manos.

La trocha terminaba en una casa en ruinas, que parecía deshabitada, al lado de una empacadora, también abandonada.

-Patrón, vea, le trajimos una presita biche -le dijeron sus captores, entre risas, al hombre acuerpado que salió cuando la moto se detuvo frente a la entrada.

Las bajaron de un empujón y a empujones las entraron a la casa. Violeta, aferrada a la mano de su madre con la fuerza de quien se sabe perdido si afloja, guardaba silencio y miraba al piso. Adentro de la casa no había más que polvo y cajas enmohecidas. Los que las habían llevado en la moto las halaron, una a cada lado, para que

se desprendieran. Por primera vez, en esas horas aciagas, se encontraron las miradas de madre e hija, suplicantes ambas: no me sueltes. Pero la fuerza se impuso y logró separarlas. Entonces, antes de que la niña comenzara a llorar, María Isabel advirtió también en sus ojos el terror. Y ya no pudo verla más, porque otros dos hombres, *El Patrón* y otro al que le decían *El Tuerto*, se la llevaron. Sólo podía -y si existe un Dios él sabe que hubiera deseado no poder- escuchar sus gritos amplificadas por la enorme casa vacía.

-Les suplico, no le hagan nada a mi niña, hagan conmigo lo que sea, pero no con mi niña -rogó María Isabel, pero sus gritos se confundieron en vano entre la algarabía.

En el cuarto donde la tiraron, María Isabel seguía suplicando por su hija, que gritaba en alguna habitación contigua, cuando el quinto hombre, uno al que llamaban *El Negro*, la abofeteó para callarla. Bruma. Caer de rodillas, apoyar las manos en el piso. Ver la tierra, sentirla entre los dedos. Los aullidos de su hija: "mamiii, mamiiiiii". El mundo dando vueltas por el golpe. Levantar la mirada y ver atrás a los dos de la moto, cuidando la puerta. Más gritos. Frente a ella todavía el quinto hombre, bajándose los pantalones. Espalda al piso. "Mamiii, mamiiiiii, mamiiiiii". El hombre encima suyo, embistiéndola, y luego el silencio. Los hombres se fueron y la dejaron encerrada. Ella pegaba las orejas a las paredes, tratando de escuchar, buscando un rastro de su hija. Tal vez la venció el aturdimiento. No recuerda si

se durmió o siguió buscando a través de las paredes durante las horas que restaban para el amanecer. La siguiente imagen en su mente, despuntando el día, es uno de los hombres de la moto, que le extendía un pan con atún:

-Vea, para que no diga que no la atendimos bien. Coma para que tenga alientos para lo que viene.

-Por favor, dígame de mi niña -volvió a suplicar María Isabel, sin recibir la comida.

-Ella está bien, estese tranquila, que lo mismo que la estamos atendiendo a usted aquí, allá la están atendiendo a ella -le respondió el hombre, tirándole el pan a la cara.

Dijo que tenía ganas, que quieta, que se deje, y la violó de nuevo. Después vino el hombre de la noche anterior, y así estuvieron, turnándose su cuerpo maltrecho, todo el día domingo.

- ¡Cállese! A usted qué mierda le va a doler, si ya está vieja. ¡Deje la chilladera! -le decía uno de ellos, apuntándole con el arma, mientras el que la violaba insistía: "que te estés quieta, malparida".

Por supuesto que María Isabel sentía dolor. Sin embargo, su mayor sufrimiento brotaba del silencio: habían pasado demasiadas horas sin que se escuchara nada, ningún rastro de su hija.

Todavía no amanecía el lunes cuando escuchó que un carro llegaba. La sacaron de la pieza, de la casa, y vio que era una camioneta. Supo que iban a subirla.

- ¿Y mi niña? -fue el grito que alcanzó a contener cuando vio a Violeta acostada sobre el platón.

No estaba del todo consciente, pero tenía los ojos entreabiertos. Sangraba.

-Agradezca que no las matamos -dijo *El Patrón*, mientras arrancaba la camioneta.



En su informe sobre violencia sexual en el conflicto armado, el Centro Nacional de Memoria Histórica señala que, en conjunto, los grupos paramilitares y aquellos que se conformaron tras su desmovilización son los responsables del mayor número de casos registrados de violencia sexual en el marco de la guerra colombiana. En sus repertorios de violencia los ataques sexuales han tenido rasgos característicos: se ha tratado de violaciones con altas dosis de sevicia, acompañadas de extrema crueldad, ocurridas muchas veces de manera grupal y en público, atendiendo a su objetivo de generar terror en las poblaciones. En algunas ocasiones, los paramilitares han violado mujeres para generar cohesión entre los integrantes del grupo y afianzar su identidad, fundada en la violencia. En muchos de esos casos, las víctimas son niñas pequeñas, vírgenes. En la Sierra Nevada de Santa Marta, el comandante paramilitar *Hernán Giraldo* fue ampliamente conocido como "El Taladro". Taladro: herramienta cortante con que se agujerea la madera u otra cosa, con la que se horada una superficie, atravesándola de parte a parte. Giraldo,

“El Taladro”, es responsable de la violación de muchas niñas menores de catorce años, y de muchas otras que no alcanzaban la mayoría de edad, según han documentado múltiples fuentes, entre ellas la Corporación Humanas y el Centro Nacional de Memoria Histórica.

-Patrón, vea, le trajimos una presita biche -dijeron, al llegar, los hombres de la moto, señalando a la niña de doce años que se aferraba de su madre.

“Presita biche”. Presa: animal que es o puede ser cazado. Animal tierno, biche: que no ha logrado su plenitud o culminación. Cazar un animal, un pedazo de carne fresca para ofrecer al patrón.

A Violeta la raptaron, junto a su madre, en un camino. A otras las han violado dentro de sus casas, en los campos abiertos, o cuando salen de estudiar. El trofeo es mayor entre más *tierna la presa*, porque, en general, los paramilitares miden el valor de las mujeres según el mismo rasero con que lo ha hecho el conjunto de la sociedad colombiana durante demasiado tiempo: a mayor virtud, mayor valor, y la virtud por excelencia para las mujeres es la virginidad. Una membrana entre sus piernas que asegura la propiedad del cuerpo accedido: no ha sido de nadie más. Rompiendo la carne, se apropia a la persona. Llegar virgen al matrimonio. Proteger la virginidad de las hijas, incluso del deseo de ellas mismas.

La virginidad enaltecida como valor se convierte en objeto de deseo. Quiero de ti eso que vale. Por eso

muchos hombres desean mujeres vírgenes, porque creen que su virilidad aumenta haciéndose a ese valor, y porque -los intereses armados expresan este ingrediente- desean arrebatárselo a ellas, expropiarlas de su cuerpo.

Entre más casos conozco más simple resulta la explicación última de sus atrocidades: los paramilitares son, también, hombres colombianos. Se han construido como hombres en este perverso entramado de sentido que compartimos como sociedad.

Por eso la presita biche es para *El Patrón*: el más poderoso se queda con el mayor trofeo, y hace con él lo que le viene en gana.



Sería mediados de julio de 1928, ya entrada la época del monzón en Ceilán. Irían a ser las cinco de la mañana cuando llegó a la casa del extranjero que vivía solo, la última casa, y por lo mismo llegó empapada: no había parado de llover en toda la noche. La brisa alcanzaba a ser fría al amanecer. Regresaba a dejar el balde limpio en su lugar cuando se encontró al hombre de pie, al fondo del pasillo, interponiéndose entre ella y su destino. Se detuvo por un momento, agachó todavía más la cabeza y se apocó todo lo que pudo. Continuó. Al pasar por su lado el hombre la tomó por una muñeca y le obligó, en silencio, a dejar el balde en el piso. Sujeta por

ambas manos, miró al hombre a la cara por primera y única vez.

-Qué ojos tan brillantes -pensó Banú.

El hombre le contestó con una sonrisa húmeda, apenas insinuada.

La llevó de vuelta por el pasillo, hasta la habitación, y recorrió el toldillo para tenderla en el catre. Ella guardó el más absoluto de los silencios porque sabía que, aunque la casa estuviera llena, nadie iba a escucharla. Era el destino de una paria. El hombre le quitó el sari, despacio. Sólo se desgastan en afanes los criminales que temen ser descubiertos, y aunque la casa estuviera llena de gente, él sabía que nadie iba a reprocharle. Era tan solo una joven tamil.

Cuando su delgadísima desnudez, perfilada por el hambre, estuvo al descubierto, ella pudo sentir la suavidad de la tela que vestía al hombre antes de que este reposara en Banú todo el peso de su cuerpo. La muchacha cerró los ojos por un instante y se regocijó de nuevo en el roce de la seda. Abrió los ojos, pero dejó la mente divagando en aquel sueño sedoso, para evadirse de lo que sucedía. Escuchaba el sonido del oleaje que rompía contra los arrecifes mientras el hombre entraba en su cuerpo, dolorosamente, una y otra vez. La pieza de madera que imitaba el timón de un barco y colgaba en la cabecera del catre, temblaba con cada embestida. La mangosta, impávida, les observaba desde una silla contigua.

Cuando el hombre se cansó, se tendió a su lado. Banú se enfundó de nuevo el sari, regresó al pasillo

y cogió el balde abandonado en el piso. Lo llevó hasta su lugar. Suspiró, y continuó.

La experiencia no se repitió. Sin embargo, cada mañana después de aquella, Banú sentía un vacío en el estómago antes de entrar a descargar el balde de la última casa. Así fue durante los siguientes veinte meses, hasta que un día trasladaron al consul, que desapareció para siempre de su vida.



-No sé quiénes eran, de qué grupo eran, pero por allá los que estaban siempre eran esos grupos de autodefensas -responde María Isabel cuando le pregunto por la identidad de sus violadores.

El Urabá ha sido siempre una región codiciada por los grupos armados que se lucran del narcotráfico, pues su Golfo constituye un punto estratégico para el envío de droga hacia Estados Unidos. Tras el fuego cruzado que sufrió la región en los años noventa, los paramilitares tomaron el control: a finales de 1998, Fredy Rendón Herrera, alias *El Alemán*, asumió el mando del bloque Élder Cárdenas, que actuaba en la zona rural, mientras que Ever Veloza García, alias *HH*, comandó el Bloque Bananero, en la zona agroindustrial. Más tarde, ese poder pasaría a manos de alias *Don Mario*.

Daniel Rendón Herrera, alias *Don Mario*, había comandado, junto con Miguel Arroyave, el Bloque Centauros de las Autodefensas Unidas de Colombia,

que operó en los Llanos Orientales. En 2004, cuando Arroyave fue asesinado, *Don Mario* se refugió en el Urabá y allí se desmovilizó, en agosto de 2006, con el bloque Elmer Cárdenas.

Sin embargo, las redes sociales y políticas que desplegaron los paramilitares en la región les permitieron mantener su control incluso después del proceso de desmovilización pactado en el acuerdo de Santa Fe de Ralito. Muchos de ellos no fueron judicializados ni entregaron todas las armas. En cambio, poco tiempo después, se reorganizaron para seguir acumulando los multimillonarios réditos económicos a los que estaban acostumbrados, por la vía del terror.

Habían pasado tan sólo días desde la desmovilización de *Don Mario*, cuando Vicente Castaño le pidió rearmarse para mantener el control en el Urabá. En esa nueva repartición del poder, el territorio de Turbo fue entregado a los hermanos Úsuga: Juan de Dios, alias *Giovanny*; y Dairo Antonio, alias *Otoniel*. *Don Mario* y los Úsuga ejecutaron las órdenes de Castaño hasta la desaparición de este, a finales de 2006, cuando convocaron a otros comandantes y conformaron las Autodefensas Gaitanistas de Colombia. En 2009, cuando *Don Mario* fue capturado, los Úsuga quedaron al mando de la organización, que comenzó a ser llamada Los Urabeños.

En 2011, tras el asesinato de alias *Giovanny*, su hermano *Otoniel* desplegó un paro armado en la región y, en adelante, asumió en solitario el mando de la organización armada.

-No sé quiénes eran, de qué grupo eran -dice María Isabel.

Sin embargo, para mayo de 2012, eran Los Urabeños quienes sembraban el terror en las veredas de Turbo.



El inodoro, acomodado en un pequeño espacio al fondo de la casa, era una caja de madera con un agujero en el centro y, debajo, un balde. Cada mañana, al despertar, el balde estaba limpio: una mujer joven, vestida con un sari rojo y dorado, cargaba el cubo de metal en su cabeza y se deshacía de su contenido -aunque Ricardo Eliécer no sabía en dónde- para regresarlo inmaculado a su lugar.

Su nombre completo era Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto. Tenía 24 años en 1928, cuando fue nombrado cónsul en Ceilán, "Lágrima de la India", colonia británica que sólo hasta 1948 lograría independizarse y convertirse en la República de Sri Lanka. El joven cónsul vivía en Colombo, la capital, en el solitario y aislado *bungalow* del inodoro con balde metálico. Allí atravesaba días letárgicos como ineludible antesala de noches con amigos e historias de cama: "Patsy llegaba frecuentemente con algunas de sus compañeras, muchachas morenas y doradas, con sangre de boers, de ingleses, de dravidios", confesaría en el recuento de su vida, varias décadas después. No apremiaba, entonces, la ausencia de

cuerpos tibios, deseosos de compartir una noche “deportiva y desinteresadamente”. Sin embargo, los ojos del cónsul se fijaron en la muchacha que limpiaba su excusado cada mañana, una joven de la raza tamil, de la casta de los parias.

“Entró por el fondo de la casa, como una estatua oscura que caminara, la mujer más bella que había visto hasta entonces en Ceilán [...] A cada lado de la nariz le brillaban dos puntitos rojos. Serían vidrios ordinarios, pero en ella parecían rubíes. [...] Era tan bella que a pesar de su humilde oficio me dejó preocupado. Como si se tratara de un animal huraño, llegado de la jungla, pertenecía a otra existencia, a un mundo separado. La llamé sin resultado. Después, alguna vez le dejé en su camino algún regalo, seda o fruta. Ella pasaba sin oír ni mirar. Aquel trayecto miserable había sido convertido por su oscura belleza en la ceremonia de una reina indiferente.

Una mañana, decidido a todo, la tomé fuertemente de la muñeca y la miré cara a cara. No había idioma alguno en que pudiera hablarle. Se dejó conducir por mí sin una sonrisa y pronto estuvo desnuda sobre mi cama. Su delgadísima cintura, sus plenas caderas, las desbordantes copas de sus senos, la hacían igual a las milenarias esculturas del sur de la India. El encuentro fue el de un hombre con una estatua. Permaneció todo el tiempo con sus ojos abiertos, impasible.”

Su nombre completo era Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto, y en 1971, 43 años después de sus días

en Ceilán, ganó el Premio Nobel de Literatura por las obras que escribió bajo el seudónimo de Pablo Neruda.



Arriba de la camioneta en que las sacaron de la casa, sólo la voz, casi sin aliento, de Violeta:

-Abrazame, mami, abrázame.

Las dejaron tiradas en un callejón, en la vereda Santa Inés. La niña seguía sangrando y casi no podía tenerse en pie.

-Mami, venga, ayúdese -le suplicaba María Isabel a su hija, mientras trataba de levantarla del piso, porque a ella también le faltaban fuerzas.

Muy cerca, en las ruinas de una casa deshabitada, terminaron de amanecer. Cuando estuvo del todo claro volvieron a la carretera.

- ¡Auxilio! ¡Ayúdeme! -le gritó María Isabel a un hombre que pasaba en una moto.

Al ver el estado de la niña, el hombre se apiadó. Las llevó hasta la casa que le indicaron, en Monte Verde Uno. Tan pronto entró a la casa, María Isabel bañó a su niña, le hizo una agüita aromática y la acostó. Los otros hijos estaban muy inquietos por su prolongada ausencia y el estado en que regresaban:

-Mamá, ¿qué les pasó?, ¿dónde estaban? - indagaban con insistencia.

-Nada, nada, dejen a Violeta tranquila, que está enferma -les respondió María Isabel, que temía por la vida de todos.

Los gritos del *Patrón* resonaban sin tregua en su memoria:

-Como te pongas a sapear, malparida, te mato a ti y a toda tu familia. Nosotros sabemos de dónde son, que no se te olvide -les habían dicho, antes de liberarlas.

Los hijos que aún vivían con ella tenían trece y catorce años. Los otros tres, los mayores, que ya estaban organizados por fuera, llamaban también a averiguar qué había pasado. La respuesta para todos fue la misma: "no pasa nada". María Isabel sentía que la única alternativa para cuidar a sus hijos era tragarse el dolor en silencio. No sólo porque los paramilitares vinieran a buscarlos si ella los delataba, sino también porque sus hijos podrían intentar buscarlos a ellos, para vengar la afrenta.

- ¡Al médico no vaya, hija, por Dios! ¡No ve que ahí mismo la mandan a hacer denuncias y esos hombres vienen a matarnos! -le advirtió a María Isabel su madre, que fue hasta una farmacia y volvió con unas pastillas para el ánimo y se las dio a Violeta.

Sin posibilidad de atención especializada, madre e hija paliaron los estragos de la violencia sexual con baños de hierbas y toma de aguas. Violeta se encerró, no volvió al colegio, no volvió a salir de la casa. Sentía que fuera de esas paredes todo era peligroso, porque fue en su recorrido diario que los paramilitares la habían fichado.

-Mami, hay como un hombre detrás mío, un *man* de esos, el que le dicen *El Tuerto* -le había dicho a María Isabel hacía poco.

Ya habían violado a otra niña del colegio. María Isabel cree que habían seguido a su hija y conocían sus movimientos, porque no pareció accidental el encuentro cuando las alcanzaron los hombres en la moto. Venían buscándolas.

Después de las violaciones, la precariedad material de la familia se agudizó. María Isabel y sus hijos fueron a vivir a la casa de su nuera, donde no tenían que pagar arriendo, pero sí encargarse del pago de la luz y del agua.

Una mañana, el arrullo de las voces en la radio -que acostumbraba escuchar mientras hacía oficio- se volvió de repente nítido: algo de lo que decían resonó en su interior. Era la voz de una mujer que contaba su testimonio de la violencia sufrida, había sido violada. María Isabel siguió escuchando ese programa que transmitía Apartadó Estéreo todas las mañanas, en el que invitaban mujeres para que hablaran de su vida. Todas las voces invitaban a quienes escucharan a no quedarse calladas frente a la violencia. María Isabel soñó con ser ella quien pudiera, un día, compartir su historia.

-Mija, ¿usted es capaz de ir conmigo a Apartadó para que hagamos esa declaración? -le dijo un día María Isabel a su hija.

-Ay, mami, ¿no será que lo matan a uno por ir a contar? -le respondió Violeta.

María Isabel insistió. Le dijo que no era justo que tuvieran que callarse, que a ambas les hacía falta un desahogo, que necesitaban hablarlo con alguien, alguien que pudiera apoyarlas. Se convenció a

sí misma de que había una oportunidad. El 11 de septiembre de 2015 María Isabel y Violeta hicieron la denuncia de violencia sexual en la Fiscalía. Luego, en noviembre del mismo año, fueron a la Defensoría e hicieron su declaración como víctimas del conflicto armado. Aunque no volvieron a tener noticias, ni de la Fiscalía, ni de la Unidad de Víctimas, esas visitas las pusieron en contacto con algunas organizaciones de mujeres, que ahora las invitan a reuniones y talleres para víctimas de violencia sexual. Ahí encontraron la posibilidad del desahogo, de compartir su historia frente a otras dispuestas a escucharlas y apoyarlas. Sintieron el alivio que tenían en la voz las mujeres que hablaban por la radio todas las mañanas.

Han pasado más de cinco años desde los días de horror que comenzaron, para María Isabel y Violeta, el 19 de mayo de 2012; y cerca de tres años desde que pudieron comenzar a hablar de aquello. Aunque el camino de la sanación aún es largo, ambas siguen andándolo, y María Isabel gana certezas mientras avanza, razones para seguir haciéndolo.

-Porque no quiero que otras mujeres sufran, que su cuerpo sufra estas enfermedades que se le meten a uno por todo ese odio y todo ese daño que nos dejaron. Ya no me quedo callada, por nosotras, y por las otras mujeres que he escuchado estos años, para que sepan que aquí estamos, que somos un grupo, que yo viví lo mismo que ellas, y que podemos superarlo, que lo estamos superando agarradas de la mano. Y a las que todavía no han podido, les estamos haciendo un llamado: las estamos esperando.



Antes de poder caminar, es necesario aprender a gatear. Se llama 'gatear' a la acción de trasladarse valiéndose de brazos y piernas -a gatas-. Un bebé humano tarda alrededor de doce meses en adquirir las destrezas necesarias para gatear. Lo primero es ser capaz de mantener la cabeza erguida, incluso estando boca abajo. Después aprender a sentarse y adquirir el tono muscular necesario para mantenerse firme. Luego de saber sentarse, el bebé debe aprender a mantener el equilibrio sobre sus manos y rodillas, es decir, a ponerse en cuatro patas. Finalmente podrá moverse hacia adelante y hacia atrás, haciendo presión con las rodillas: estará gateando. Poco después comenzará a agarrarse de todo lo que esté a su alcance para tomar impulso y ponerse de pie. Una vez se acostumbra a verse erguido y equilibrado sobre sus piernas está listo para pararse por sí mismo, sin agarrarse de nada. Sólo entonces podrá caminar. Algunos bebés, sin embargo, tardan más. A veces, porque son más pesados, así que demoran en poder gatear, porque les cuesta más soportar sus cuerpos. Otros, por el contrario, omiten completamente esta fase y pueden pasar directamente a caminar.

-A mí lo que más me gusta hacer es jugar con la niña -afirma, sin dudarlo, Violeta.

Se refiere a su sobrina, la hija de su segundo hermano, Luciana.

- ¿Sabes cómo empezó a caminar Luciana? -le pregunto.

-Sí, yo me sé toda la historia: primero gateaba por el piso solamente, después por la tierrita y, como le tallaban las piedras en las rodillas, comenzó a apoyarse en los piecitos. Después fue caminando: daba un pasito, daba dos, daba tres, y así, poquito a poquito, fue caminando. Y cuando empezó a caminar fue la felicidad más grande de todos nosotros.

Violeta tiene 17 años cuando cuenta esta historia. Es callada. "Muy duro para sacarle las palabras de la boca", se queja María Isabel. La amiga de Violeta reclama "¡Ay, esa Violeta siempre que un muchacho la invita a tomarse un fresco dice que no!". Le ha costado mucho trabajo volver a salir, más si es de noche. Por dos años abandonó el colegio y, por temporadas, abandona la comida. "Ve, mamá, y esa muchacha todavía durmiendo" reprochan, a veces, sus hermanos.

-Hay noches en que me despierto como con esa angustia y no me puedo volver a dormir. Luego duermo todo el día. O a veces no duermo y me levanto de mal genio -dice, en voz baja, Violeta.

Los días en que le baja la menstruación son los peores. No quiere que nadie se le acerque y se encierra en el cuarto a llorar.

-Mi mamá ya sabe cuándo me levanto así y no me dice nada, me deja tranquila.

La primera vez que sangró fue luego de que los paramilitares la tomaron por la fuerza durante un día entero y dos noches, cuando le pusieron una almohada en la cara para ahogar sus gritos. Así la encontró María Isabel sobre la camioneta: llena de sangre.

-Mami, quizá ni me debía venir eso todavía. ¿Usted cuantos años tenía cuando le vino? -solía lamentarse Violeta después de la violación.

-Ay, hija, no pregunte más que ya ahora eso es normal, todos los meses -respondía la madre.

Cada noche, María Isabel se acuesta al lado de su hija y se la queda mirando, mientras duerme. Prolonga así la llegada de las pesadillas, que acuden sin tregua a la cita, a inundar sus sueños con las imágenes de la tortura, y un año después de aquello, con el rostro muerto de su tercer hijo, que se estrelló en una moto y falleció en el acto. A veces la mirada penetrante de la madre perturba el sueño de la niña, y Violeta abre los ojos:

-Mamá, ¿por qué me miras tanto? -le pregunta.

La niña se da la vuelta para regresar, a veces, a sus propias pesadillas. María Isabel no dice nada, porque no tiene respuestas, sólo las mismas preguntas eternas: "Señor bendito, ¿por qué nos pasó esto a nosotras? ¿Qué cosas hemos hecho para merecerlo?".

- ¿Salir? Muy poco todavía, me da pereza, me la paso es jugando con Luciana, y con Nicolás, mi nuevo sobrino -dice Violeta.

- ¿Y qué más te gusta hacer? -insisto, resignada ya a que no diga nada más.

Tras pensarlo unos instantes, Violeta responde:

-Me gustaba caminar, salir a andar por ahí -los ojos se le ilusionan-. Pero ya no.

- ¿Te gustaría volver a caminar? -la interpelo.

-Sí.

Por fin levanta la frente, me mantiene la mirada, con la cabeza erguida, y añade:

-Solo que tal vez toca como Luciana: poquito a poquito.

- ¡Esa sería la felicidad más grande! - concluye María Isabel.

María Isabel vive ahora con Violeta y con el menor de sus hijos varones, que trabaja como mototaxista. Los demás ya se han organizado por fuera, y le han dado a la familia cuatro nietos.

Violeta ha vuelto a estudiar: está validando el bachillerato, va en noveno grado y planea llegar hasta la universidad para convertirse en odontóloga o sicóloga. Ahora va muchas tardes en un mototaxi hasta casa de su hermano para estar con sus sobrinos. De vez en cuando sale al parque con sus amigas. Ahora tiene amigas.

-Hijos no quiero. Mis hijos van a ser mis sobrinos. Lo que yo quiero es estudiar -afirma Violeta.

María Isabel, por su parte, trabaja haciendo aseo en una iglesia. Todos los días va del trabajo a la casa que tiene en arriendo, y, a veces, se desvía para encontrarse con el novio que la enamoró hace un par de meses. Sueña con poder comprar una casa donde envejecer y recibir a los nietos. En Turbo las cosas siguen siendo complicadas. Hace un mes mataron a uno de sus vecinos.

-A uno le da mucho susto, le dan ganas a veces de irse para otro lado, pero pa'donde quiera que vaya va a ser lo mismo, entonces nos quedamos -relata María Isabel.

¿En dónde están a salvo las mujeres? ¿De quién deben ponerse a salvo?

Tememos de los hombres armados en los caminos desiertos, por *allá lejos*, pero seguramente los vecinos de Rafael Uribe Noguera vivían muy tranquilos, en su edificio estrato seis al norte de Bogotá, hasta el día en que se supo que tan prestante arquitecto secuestró, violó y asesinó a Yuliana Samboní, una niña de tan solo siete años. No queremos cerca a los desmovilizados, pero ahí están siempre el abuelo, el hermano, el padre y el padrastro, el marido y el amante. Culpamos a *El Patrón*, pero adoramos a Neruda.

Alegamos muchas razones para esa desigual valoración. "Es que no es lo mismo", decimos. Pero esa afirmación encubre una trampa. Como señala Virginie Despentes, en *Teoría King Kong*: si la violación es solamente lo que hacen los otros, los monstruos, mientras que aquello que hacen *los hombres de bien* es otra cosa, no estamos sancionando la violencia sexual, sino el lugar social que ocupa quien señalamos como un monstruo. Así, las violaciones que cometen los padres, los esposos, los poetas, no son tales, *no es lo mismo*.

"Es cierto que cometió un error, ¡pero es tan bueno en lo suyo!", decimos también, haciendo gala de

un ciego afán por hallar chivos expiatorios que permitan al resto dormir en paz. Que los monstruos como *El Patrón* paguen algo -cárcel o estigma- pero que los demás sigan jugando al fútbol, dirigiendo su empresa, gobernando al país, porque lo que ellos han hecho es otra cosa.

Para Violeta y María Isabel no hubo justicia, como no la hubo para Banú. Que al menos no exista olvido. Que su memoria y la de tantas otras niñas y mujeres violentadas, en las casas y en los campos, permanezca. Que se alce como reclamo del horizonte nuevo: lo que necesitamos no es que cambien solamente los hombres malos, porque son los hombres buenos el verdadero problema.

DOCE AÑOS EN LA CÁRCEL DEL SILENCIO

En 1973 los países del centro de África presenciaron un memorable eclipse de sol, el primero en ser perseguido por un prototipo de avión especializado, que logró estar bajo su sombra cerca de 73 minutos. Ese año, en Estambul, Turquía, se inauguró el puente del Bósforo, que conectó por primera vez los continentes de Europa y Asia sobre el estrecho. España todavía sufría la dictadura franquista, mientras en Grecia, una junta militar eliminaba la monarquía y proclamaba la República. En Estados Unidos, posesionado Richard Nixon en su segundo mandato presidencial, se inauguraron las Torres Gemelas y la banda de rock Aerosmith lanzó su primer álbum, mientras el concierto de Elvis Presley en Hawái fue transmitido en vivo, vía satélite, a todo el mundo. En 1973 se firmaron los Acuerdos de paz de París, destinados a establecer el fin de la guerra de Vietnam, mientras en Chile el general Augusto Pinochet perpetraba el golpe de Estado con el que inició su dictadura. En 1973, en Bogotá, ocurrió el incendio del edificio Avianca, el más alto de la ciudad para entonces. En noviembre del mismo año se creó el Territorio Nacional de Casanare, que hasta entonces había estado anexo al departamento de Boyacá.

En 1973, en el municipio de Guateque, Boyacá, nació Sandra. Luis, su padre, era un hombre que muchos distinguían en la zona y que durante algún tiempo fue escolta de Víctor Carranza, el zar de las esmeraldas. Era dueño de un bar y un billar en Garagoa, a donde se mudó con Amparo, su esposa, y con su primogénita recién nacida. Durante aquellos años prósperos nacieron los otros dos hijos de esa unión. Sandra recuerda que lo tenían todo: una casa de tres pisos, lindos muebles y muchos juguetes, entre ellos un carro de pedales, que, para entonces, sólo podían ofrecerles a sus hijos las *familias ricas*.

-Me acuerdo que mi papá me llevaba todos los sábados al mercado y me compraba una libra de cuajada entera para mí solita. Yo me la comía toda mientras lo acompañaba a hacer las compras -dice Sandra, con el rostro iluminado por la luz que irradian los días felices de su primera infancia.

Cuando Sandra tenía cuatro años su familia se instaló en Villanueva, Casanare, y fue allí, en el piedemonte llanero, que su tranquilidad comenzó a fracturarse. Luis dejó el negocio del bar en manos de Amparo y comenzó a trabajar llevando juegos de azar a las ferias y fiestas de los municipios vecinos. Se especializó en uno que llaman "el juego del cacho". De ahí que él mismo terminó siendo conocido como "Luis Cacho" y sus hijos como "los cachos". Sandra recuerda que le llaman por ese mote desde muy niña: Sandra "la Cacha".

La vida era distinta en el nuevo lugar. Pocas casas, todas muy sencillas; el agua llegaba por

ariete, obligando muchas veces a correr hasta el caño para retirar las hojas secas que lo taponaban con frecuencia; los límites de la privacidad eran difusos: todos se conocían con los demás y lo que ocurría a cualquiera terminaba por saberse.

En casa de Sandra la nueva atmósfera caldeó lo que antes se pasaba por alto: Luis y Amparo cedieron a los celos mutuos y se desencadenaron monumentales peleas. Entonces las ausencias del padre -y de sus aportes económicos a la casa- comenzaron a prolongarse. La familia estaba cada vez más empobrecida. Cuando el negocio del bar estuvo totalmente quebrado, Amparo comenzó a trabajar lavando menudo en el matadero, con lo cual conseguía algunos pesos y los restos de los animales, con los que preparaba chocolate de pata, caldo de ojo y sopa de claros para sus hijos.

Era 1979 cuando el muchacho que vivía a la orilla de la cañada violó a Sandra. Ella, de tan solo seis años, había llegado por encargo de su madre hasta la casa de aquellos vecinos a pedir un poco de sal para hacer un caldo. El muchacho estaba solo y la convenció de entrar hasta una habitación. Al reparar en su demora, uno de los hermanos de Sandra salió a buscarla y dio con ella, guiado por sus gritos. Entró a la casa y la rescató. Aunque acordaron no contarle a su madre lo que había pasado, pocos días después, en una pelea por cualquier cosa, el asunto apareció:

- ¡Sandra! Hágame caso o si no voy a contarle a mi mamá que usted el otro día tenía los pantalones

abajo, ¡y estaba encerrada con ese muchacho! -la chantajeó el hermano.

Amparo alcanzó a escuchar la conversación e interrogó a su pequeña hija, que no tuvo más remedio que contarle lo que había pasado. Sin embargo, aquella confesión sólo empeoró el bienestar de la niña, pues sumó al sufrimiento de la violación la pesada carga de la culpa. La culpa que le endilgaron por lo que vino después.

Cuando Sandra contó lo que había pasado, la casa se crispó. Amparo buscó a Luis, quien, al enterarse de lo ocurrido a su hija, movió viejos contactos y logró que el F2 detuviera al violador mientras sacaba a la niña, en una avioneta, hasta Tame, Arauca, para que la viera un médico legista. El médico dijo que el himen de la niña estaba roto, pero que no había huellas de semen. El muchacho sólo la había penetrado con los dedos. El detenido, entonces, fue liberado. Sin embargo, pocos días después apareció sin vida. Dado que al muerto no se le conocía ninguna otra deuda pendiente, el padre de Sandra fue el primer sospechoso del asesinato y se dio a la huida. Amparo, entonces, culpó a la niña por el abandono del esposo: "Le tocó irse por tus mentiras, por ponerte a decir que te habían violado cuando el médico descubrió que no".

-Ella siempre me creó a mí esa idea: que yo era una mentirosa. Por eso después, cuando me volvió a pasar, yo no dije nada. ¿Para qué? Si ni siquiera me iba a creer mi mamá... -refiere Sandra, con amargura.

Los años siguientes, envueltos para Sandra en la bruma incomprensible de la culpa, fueron vertiginosos. La familia se mudó a Bogotá, donde por algunos meses se reencontró con el padre. Sin embargo, las constantes infidelidades del hombre y el regreso de las escandalosas peleas hicieron que Amparo y sus hijos regresaran a Villanueva, donde la mujer, de 34 años, comenzó a solventar el día a día trabajando como prostituta. Sus condiciones eran muy precarias y la adversidad la consumió. Los días se hicieron años. Amparo fumaba bazuco todo el tiempo, descuidaba a sus hijos y se apagaba. Por eso Sandra recuerda como un acontecimiento valioso la aparición del regador de cultivos de arroz, que un día sacó a su madre de Villanueva y se la llevó a vivir con él, y los llevó a todos. Sandra acababa de cumplir doce años cuando la familia se instaló en una finca del corregimiento de Juncal, a diez minutos de Neiva, Huila, y comenzó a aprender los oficios del campo.

-Trabajo desde los doce años y bebo desde los once -afirma Sandra, cuando mira hacia esa parte de su infancia.

Incorporada a las labores de la finca arrocerá, Sandra comenzó a ganar algo de dinero y eso la animó, pues los billetes que conseguía le daban alas a su deseo de libertad: libertad para moverse por las calles, para conocer personas, para lucir los zapatos bonitos que veía exhibidos en las vitrinas.

-Como yo me ganaba mi plata, podía rumbeear y tomarme mis cervezas. Tenía mi autonomía -agrega Sandra, con un brillo de satisfacción en la mirada.

Los ánimos festivos de su adolescencia, sin embargo, duraron poco. Cuando Sandra tenía 17 años, el que había sido su novio los últimos tres la abandonó al enterarse que ella estaba embarazada.

- ¡Ay, Dios mío, yo me quería morir! El administrador de la finca me regaló ochenta mil pesos para que fuera donde un médico muy bueno que había en Campoalegre, Huila, para que me sacaran al bebé -recuerda Sandra-. ¡Con esos ochenta mil pesos me fui para Bogotá!

Sandra, de 17 años y cinco meses de embarazo, llegó a vivir en la capital a la casa de un tío suyo. Para huir del estigma que perseguía -y absurdamente sigue persiguiendo- a las madres solteras, entabló muy pronto una nueva relación de pareja que, en vez de solucionarlas, agravó sus dificultades. El nuevo novio, que era cuñado del tío que había recibido a Sandra, se mostró pronto como un hombre posesivo y violento, al punto de que un día echó a su compañera del cuarto que compartían, acusándola de infiel; Sandra, aprovechando una ausencia del novio, entró a la fuerza a la habitación que compartían para sacar sus cosas, y el hombre enfurecido llegó a buscarla a casa del tío, a donde Sandra había regresado. Se armó una trifulca. Cuando apareció la Policía detuvieron al novio de Sandra, que igual era familia de su familia. Legalizaron su captura por porte ilegal de armas

y lo condenaron a dieciocho meses de cárcel. La familia culpó a Sandra de lo sucedido y la echó de la casa. Sin embargo, los escasos siete meses que duró aquella relación fueron suficientes para que Sandra, con un bebé de apenas noventa días de nacido, volviera a quedar embarazada.

-En conclusión, no me organizo con ninguno de esos dos hombres, sino que empiezo a trabajar y a sacar a mis hijos adelante. Porque son míos, nunca les puse otro apellido, son solamente mis hijos. Míos -afirma Sandra, orgullosa.



En 1993 Sandra tenía 20 años, vivía en Neiva, y era madre soltera de un niño de tres y una niña de dos años. La vida seguía siendo difícil, porque además de sus tres bocas debía ayudarle a la madre, que seguía en el campo cuidando fincas de arroz. Sandra no tenía formación, así que ningún salario a su alcance era suficiente para cubrir sus necesidades. Por eso no dudó en aceptar la propuesta que le hizo la señora Betty, una conocida de su padre en Villanueva, una que tenía, como él, *negocios de mujeres*, y que le propuso a Sandra trabajar en su otro negocio, el de tráfico de animales. Lo que debía hacer era llevar loros, cachicamos, tigrillos y otros animales del llano para comerciarlos en Bogotá.

-Hicimos el primer viaje y nos ganamos trescientos mil pesos. Con eso compramos más animales, pero ese

segundo viaje se nos cayó en Yopal. Entonces le acepté a la señora Betty el otro trabajo -explica Sandra.

Ese otro trabajo estaba en Paz de Ariporo, Casanare, a donde Sandra se fue a ganar dinero como lo hacemos todos, poniendo el cuerpo para conseguirlo. Con el esfuerzo de nuestras manos, nuestra cabeza, nuestras piernas, nos hacemos labriegos, abogadas, futbolistas. El trabajo que Sandra consiguió requería, además, de su sexo.

Muchas mujeres que ejercen trabajo sexual reclaman que la gente se preocupe tanto por las humillaciones y violencia que ellas pueden sufrir en ese oficio sin reparar que, en otros, como el trabajo doméstico, la pasan mucho peor y ganan mucho menos. A casi nadie, sin embargo, parece preocuparle que el trabajo doméstico exista. Quienes demuestran mayor consciencia de la desigualdad a lo sumo se adhieren a la causa por mejorar la situación laboral de estas trabajadoras -casi siempre mujeres, como ocurre también con la prostitución-. Existen esfuerzos por crear regulaciones que mejoren las condiciones en que se realiza el trabajo doméstico, pero nunca por erradicar este tipo de trabajo. Frente a la prostitución, en cambio, las iniciativas no se orientan a atender las necesidades de las trabajadoras, sino, con demasiada frecuencia, hacia el abolicionismo.

El problema parece ser, entonces, no la precariedad o el riesgo, sino con qué parte del cuerpo se trabaja.

Las más de las veces, quienes dicen querer salvar a las prostitutas en realidad sólo quieren salvarse a sí mismos del pánico moral que generan las mujeres

dueñas de su cuerpo. Tan dueñas, que disponen de él a voluntad. La misma voluntad limitada que tenemos todos: nadie elige entre un abanico infinito de posibilidades, sino entre el conjunto de las que están a su alcance. Habría que ampliar, entonces, las posibilidades de las mujeres que sólo pueden elegir entre ser empleadas domésticas o ser prostitutas. Pero eso, de nuevo, sería pensar en mejores condiciones para ellas. Impulsar medidas que sancionen la prostitución, en cambio, implica el egoísmo de quien sólo piensa en su propio bienestar y desea ponerse a salvo de la escandalosa caída de sus prejuicios. Lo cierto es que, mientras el mundo de las posibilidades se abre, muchas mujeres con pocas opciones, y sus hijos e hijas, necesitan sobrevivir.

- ¿Qué era en ese momento la prostitución para mí? Un trabajo más. La oportunidad de sacar a mis hijos adelante -afirma Sandra, con pleno conocimiento de causa.



Era noviembre de 1993 cuando Sandra llegó a Paz de Ariporo.

-Ese es un año que no sé si recordar. Perdí la noción del tiempo -afirma Sandra, mientras hace, sin embargo, el esfuerzo de recordarlo.

De las primeras cosas que supo al regresar a Casanare es que ahí mandaban Los Masetos, y eso era nuevo para ella, pues en el Huila, de donde

venía, sólo se hablaba de guerrillas. Se lo advirtieron sus compañeras de trabajo apenas llegar:

-Esos son matones a sueldo, los paga el Estado. Se creen los dueños de todo, los dueños de nosotras, y aquí toca hacer lo que ellos digan, porque si no, nos matan.

La llegada de esos matones a la región había comenzado en la década de los ochenta, cuando tuvo lugar un movimiento de capitales: esmeralderos y narcotraficantes del oriente de Boyacá bajaron a los Llanos Orientales a comprar grandes hatos ganaderos, trayendo consigo a sus grupos de seguridad privada, que incluían paramilitares del Magdalena Medio conocidos entonces como Los Masetos.

En el país, la historia de Los Masetos se remonta a los orígenes mismos del paramilitarismo en Colombia: se llamó así a quienes integraron, en principio, el grupo MAS (Muerte a Secuestradores), creado en 1981 como respuesta al secuestro, por parte del M-19, de Martha Nieves Ochoa, hija de “don Fabio”, el ganadero Fabio Ochoa Restrepo; hermana de Jorge Luis, Juan David y Fabio, los hermanos Ochoa, pilares del Cartel de Medellín dedicado al narcotráfico.

Recién creado, el MAS solía regar panfletos desde avionetas anunciando su existencia. En los panfletos se afirmaba que el grupo, conformado para luchar contra el flagelo del secuestro, estaba financiado por 223 industriales de todo el país y auspiciado por los grandes jefes de la mafia: Pablo Escobar, Carlos Ledher y Gonzalo Rodríguez Gacha.

Cada uno habría hecho millonarias donaciones a un fondo destinado al pago de recompensas, ejecuciones de responsables, armas y equipos de inteligencia. Además, los capos habrían destinado a sus mejores hombres para integrar el grupo, que llegó a superar las 2.000 personas.

Cuando el MAS desapareció, sus integrantes buscaron rápidamente reciclarse en otras estructuras paramilitares. Hubo una explosión de ellas, antes de que se agruparan en torno al proyecto de los hermanos Castaño: las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Entre tanto, muchos grupos paramilitares, auspiciados por narcotraficantes, siguieron llamándose “Masetos”.

A comienzos de la década de los noventa, los paramilitares consolidaban su poder en los Llanos Orientales de Colombia. El municipio Paz de Ariporo, en Casanare, fue un objetivo estratégico de su expansión, por su cercanía al río Ariporo y su salida al Vichada. Paralelamente habían comenzado a formarse en el Casanare grupos sindicales para defender los derechos de los trabajadores, empleados en los grandes emporios petroleros asentados en la región. Comenzaron entonces una serie de ataques a los líderes sociales, ejecutados por Los Masetos, al mando de poderosos que veían en los legítimos reclamos de los trabajadores una amenaza para sus intereses económicos.

En 1991, el 11 de octubre, un grupo de Los Masetos ingresó a Paz de Ariporo y asesinó a cuatro habitantes. La lista que traían incluía 46 nombres.

A la masacre de Paz de Ariporo siguieron decenas de asesinatos, tanto en este municipio como en sus vecinos. Paz de Ariporo, considerado la capital de la región norte del Casanare, fue incluido en el mapa de zonas rojas del país.

En el Casanare Los Masetos se hicieron dueños y señores y toda la población civil sufrió las consecuencias. Como suele ocurrir cuando los armados implantan su dominio, los cuerpos de las mujeres se convirtieron en objeto de apropiación, como una extensión del territorio a dominar. Para las trabajadoras sexuales la sentencia era todavía más abrumadora: a través del control de sus cuerpos y de su fuerza de trabajo, los paramilitares aseguraban el acceso a servicios sexuales y a rentas económicas significativas. Al quebrar el modelo de "buena mujer", las prostitutas se expusieron a la sevicia de las masculinidades despóticas que encarnaban esos ejércitos: no eran sólo menos mujeres, eran menos humanas, cuerpos que debían estar a su completa disposición.

-Es la forma de poder de ellos, el poder que le pueden demostrar a las personas más débiles. ¿Por qué no lo hacían con las mujeres policías, o con las abogadas, o con las fiscales? Porque eran más que ellos, y entonces quedarían como los malos. Pero, ¿qué éramos nosotras, las prostitutas? Nada. Mientras que ellos eran los duros, los que pueden, nosotras éramos las marginadas, las que no tenían conocimiento, las que nadie escucha. Estábamos por allá y nuestras familias no sabían. Solas. Entonces

dirían: “estas no valen la pena, esto es como una basura más, un papel higiénico que podemos echar a la basura” -se lamenta Sandra.

Apenas iban a ser la diez de la mañana cuando ese grupo de Los Masetos entró al local donde Sandra trabajaba. Era el 16 de enero de 1994.

-A levantarse porque hay trabajo -se oyó gritar a Chimbi-Chimbi, el mesero del negocio de doña Betty, mientras golpeaba con palos todas las puertas de las habitaciones.

Cuando Sandra supo que eran ellos, sintió terror. Tanto, que le bajó la regla en ese momento.

-Entré en pánico. Fue inmediato: los golpes en la puerta, los gritos de esos hombres y yo empecé a manchar -recuerda, todavía sorprendida por la reacción de su cuerpo.

Ella era la más joven del lugar, la recién llegada. Temía por eso. Entonces se puso un buso de manga larga y un pantalón completo: no la ropa de salir a trabajar, sino una que advirtiera que ese día no podría hacerlo. Se sentó en su cama a esperar, no sabía qué. Su destino, supone.

- ¿Y usted por qué sigue ahí? ¡A trabajar dijimos! -le reclamó el hombre moreno que repasaba las habitaciones para cerciorarse de que todas las mujeres habían salido.

-Hoy no puedo -respondió Sandra, con voz

temblorosa.

-Sale y punto, ¿acaso no sabe quiénes somos nosotros?

Sandra sabía, pero negó con la cabeza.

-Venga y se sienta en la mesa, se toma una cerveza y yo le explico -le respondió el hombre, tomándola del brazo.

-Pero señor, vea, es que yo no puedo trabajar hoy, porque tengo la menstruación. ¡Mire, mire! -insistía Sandra, mientras le mostraba el panty manchado que acababa de cambiarse.

-Eso qué importa. Viene y nos acompaña, no le estoy preguntando -dijo el hombre, con tono de punto final.

Ella no tuvo más remedio que salir de la habitación. Afuera habían juntado varias mesas, con sillas alrededor, "como una última cena", recuerda Sandra: Los Masetos ocupando los mejores lugares y las mujeres a su lado, como un trofeo.

-Porque así es como les gusta, rodearse de las chicas como una forma de autoridad, para decirnos: "ustedes son las débiles y nosotros mandamos". Y yo, que soy tan fuerte, me sentí muy débil esa vez -recuerda Sandra.

Cuando vio la escena, Sandra se dio vuelta y regresó a su habitación. El hombre moreno que la había sacado volvió por ella y le insistió que regresara:

-Venga, siéntese afuera, que mi jefe se va a emberracar y eso no le conviene a nadie -le advirtió.

Ante la insistente negativa de Sandra el hombre

se quedó con ella, conversando.

-Me contaba que el Estado le pagaba \$180.000 en ese entonces, que ellos estaban auxiliados por el batallón, que allá les tenían las puertas abiertas, y que por esos días iban a hacer una fiesta, iban a matar gallinas y a bailar. Me invitó a que fuera con él -recuerda Sandra, mientras niega con la cabeza, ante lo absurdo de aquella inconsistencia:

- ¿Cómo es posible? ¿Acaso no eran los del batallón los que tenían que cuidarnos a todos? -se pregunta, retóricamente.

Entre tanto, el jefe del grupo, un hombre rubio y de ojos claros, se había emborrachado, y no dejaba de vociferar en contra de "la perra que no había salido a atenderlos". Se trataba -Sandra lo sabría mucho después- de alias *El Boyaco*. Habían pasado varias horas desde que Sandra conversaba en su habitación con el primer hombre, cuando alias *El Boyaco* entró, junto con otro, envuelto en cólera:

- ¿Qué se cree esta perra? ¿Que tiene la chocha de oro? -le gritó el hombre a Sandra-, y luego, dirigiéndose a su subalterno: ¿Y usted? ¿Le está rogando a esta perra?

La mirada del moreno que hacía pocos minutos la invitaba a una fiesta se transformó. Sandra se dio cuenta de que él también tenía miedo.

- ¡Te vas a acordar de mí toda la vida, perra! -le dijo *El Boyaco* a Sandra, antes de abalanzarse sobre ella, cuchillo en mano.

-Y usted: quítese la ropa -le ordenó luego al

moreno.

La hoja del cuchillo con que *El Boyaco* rasgó el pantalón de Sandra alcanzó a herirla en una pierna, que comenzó a sangrar copiosamente. Sin reparar en ello, una vez la tuvo desnuda, el hombre tiró a Sandra al piso, boca abajo, y le ordenó al moreno meter su pene en la boca de la mujer, mientras él mismo comenzó a violarla analmente, turnándose en esa posición con el tercer hombre en la habitación.

-Cuando me tenían así, que uno me estaba dando por la cola y otro por la boca, yo quería vomitar. Se me pasaba el pensamiento de soplar el pene pa' matar a ese hijueputa. Pero, entonces, pensé en mis hijos: muerta no podía hacer nada por ellos -dice Sandra, atrapada en ese recuerdo amargo-. ¡Pero era tan doloroso! -se lamenta.

La escena es de terror: una mujer a merced de tres hombres armados que, realmente, no ven ella a una mujer, a un ser humano, y para demostrar su desprecio derraman su semen por todo el cuerpo de la víctima y se le orinan encima.

-Tú sólo eres una puta, una basura. Mira cómo podemos hacer contigo cualquier cosa -resuenan en la memoria de Sandra las palabras de sus violadores.

Sandra estaba con las manos y rodillas en el piso, cuando alcanzó a ver, a su alcance, una botella de cerveza. Fue instintivo: la agarró y se la lanzó al hombre que la embestía desde atrás, el jefe. Eso lo enfureció todavía más: la agarró del cabello hasta dejarla erguida, de rodillas, y le puso el revólver en

la cabeza. Ella cerró los ojos:

- ¡No! ¡Mis hijos! -pensó, y, justo a tiempo, agachó la cabeza.

¡Bum! Se escuchó el disparo.

-Dios, me mataron -alcanzó a pensar Sandra, en ese momento confuso.

Lo siguiente fue un pitido ensordecedor y la tibieza de la sangre deslizándose por su rostro. Como ella había agachado la cabeza en el momento preciso, la bala sólo la rozó, lo que no hizo sino aumentar la ira del depredador.

-Al ver que quedo viva, el tipo se viene con el pico de botella a cortarme la cara. Cuando yo lo veo ya encima meto la mano, entonces me corta todo esto -agrega Sandra, mientras exhibe una enorme cicatriz en su mano y otra que le atraviesa el dedo índice y desvanece su huella digital.

Al poco rato los otros dos hombres salieron de la habitación, por órdenes del jefe, y Sandra quedó sola con *El Boyaco*.

-Gracias a Dios, se llevaron el arma -suspira Sandra.

Estaba completamente desnuda, adolorida por la violación, con el rostro ensangrentado y las heridas de la pierna y de la mano abiertas. Cuando el hombre que se quedó con ella comenzó a patearla, Sandra se convenció de que no lograría salir con vida de esa pesadilla.

- ¿Sí ves lo que te buscaste, perra? -le decía el hombre con cada golpe.

Sandra recuerda que no lo miraba, sólo trataba de apretarse las heridas para detener la sangre. Una vez, nada más, sus ojos hicieron contacto: él los tenía muy verdes, con la parte que debía ser blanca, enrojecida.

-Parecía que le brotara sangre por los ojos, estaba endemoniado -recuerda ella.

Al fin el hombre se cansó de golpearla, se recostó en la cama y se quedó dormido. Iban a ser las cinco de la tarde.

-Se me pasaron muchas cosas por la cabeza, pero, de solo pensar que los otros estaban afuera, no intenté nada, ni siquiera entrar al baño, y me oriné encima -concluye Sandra, mientras recorre con sus dedos las cicatrices.



-Había un cliente que era mi amigo, mi protector. A él le avisaron en el pueblo que a su mona, a la Cacha, se la habían matado y vino a buscarme. Llegó como a las once de la noche, a otro local, y cuando *Chimbi-Chimbi* le dijo que yo seguía en el cuarto, que estaba viva pero muy herida, le pidió que me ayudara a salir. Entonces yo por fin saqué fuerzas para pedirle al tipo que seguía ahí acostado que me dejara bañar, que mire como estaba, y él me dio permiso, pero que ni se me ocurriera volarme, porque me mataba. Afuera, me eché un poquito de agua de la alberca pero seguí derecho y salí por la

puerta de atrás. Ahí pasó mi amigo en su carro y me recogió, me llevó al hospital. Él tenía su esposa, sus hijos, así que no podía hacer más que dejarme ahí. En el hospital me cogieron los puntos y me preguntaron qué había pasado, de dónde venía. "Del negocio Las Muñecas, en El Morichal. Hubo una pelea y me dañaron". No dije que me habían violado, no dije que fueron los paracos, no dije nada más. Salí y terminé de pasar la noche en una pieza que mi amigo había dejado paga enfrente del hospital. Al día siguiente, temprano, él regresó a ver cómo seguía yo. Me contó que se había dado la ronda por el negocio y que esa gente ya no estaba, pero que la señora Betty le había pedido que me sacara del pueblo, porque no quería problemas. ¡Saber que ella me conocía, y a mi familia, pero no me auxilió, sólo se encerró en el cuarto mientras casi me matan! Entonces mi amigo me llevó al negocio, recogí mis cosas, mis papeles, y a las ocho de la noche salí directo para Bogotá. Fueron días muy confusos. Me fumaba un kilo de marihuana en la semana y me tomaba todo el alcohol que podía conseguir. Vivía dopada, borracha, para no pensar -recuerda Sandra.

El cliente protector siguió enviándole dinero a Bogotá durante algún tiempo, hasta que la insistencia de Amparo ("¿qué te pasa?, ¿por qué estás tan perdida?, ¿no piensas regresar por tus hijos?") la hizo volver a Neiva. Lo que quedaba de ella. Quería seguir luchando por sus hijos, pero no encontraba de dónde sacar fuerzas. Poco después de regresar al Huila, Sandra se tomó un veneno

y despertó en el hospital, llena de mangueras conectadas a su cuerpo. Sintió terror al abrir los ojos y ver a un hombre canoso, de bata blanca y ojos verdes como los del maseto que la atacó -y que, es verdad, Sandra va a recordar toda su vida-, que la increpaba:

- ¿Por qué lo hiciste?

Era el psiquiatra del hospital que le preguntaba por su intento de suicidio. Sin embargo, el verde de sus ojos nubló toda posibilidad de confianza.

-Por nada. Yo no he hecho nada -era lo único que repetía Sandra.

Cuando la dieron de alta *hizo de tripas corazón* y volvió a los trabajos del campo, fumigando los cultivos de arroz. Por sus hijos, porque aunque nada parecía tener sentido, porque aunque no parecía que existiera futuro posible, seguían estando los niños.

-Porque son míos, son solamente mis hijos. Por ellos -afirma Sandra.

Sin embargo, necesitaba aturdirse para mantenerse en pie.

-En la finca hacía guarapo y tomaba todos los días. Así era mejor, para que los niños no me vieran con la botella de alcohol -recuerda.

Su protector siguió pendiente de ella algún tiempo más.

- ¡Me ayudó tanto ese hombre! Venía a visitarme, nos encontrábamos en Sogamoso, me llevaba a comer, a pasear. Me mandaba una mensualidad, estuviera con él o no, siempre me mandaba. Y cada vez que hablábamos me decía que no volviera a

caer en ese trabajo. Pero él tenía familia, así que no podía ilusionarme con nada serio -recuerda Sandra.

Entre tanto, el administrador de la finca donde ella trabajaba, un hombre de más de cuarenta años -Sandra tenía entonces 22- comenzó a enamorarla y, en diciembre de 1995, se establecieron juntos. Cuando ella se lo contó a su protector, él sólo atinó a contestarle: "que sean muy felices" y jamás volvió a aparecer.

Sandra se casó, hizo borrón y cuenta nueva sin contarle al marido nada de lo que había pasado: sólo enterró el pasado en una parte de su consciencia a la que echó candado. Durante doce años estuvo perdida esa llave.



Sandra ha vuelto en dos ocasiones a Villanueva, el pueblo donde transcurrió su infancia.

-La última fue hace pocos años, en 2014. Fui con mis hijos. Compré un carro y me fui a mostrarles de dónde vengo, dónde me crie, cómo fue mi casa -recuerda.

La primera vez que volvió, luego de haberlo abandonado a los doce años para mudarse al Huila, fue en enero de 2004. Iba a recoger su partida de bautismo y su registro civil. Apenas llegó fue a las oficinas respectivas, a solicitar los documentos, y mientras esperaba que estuvieran listos, se acercó al negocio donde trabajaba su amiga Esperanza, una

mujer mucho mayor que seguía ejerciendo el trabajo sexual en Villanueva.

-Mamita, váyase de aquí que esto está muy caliente -le advirtió Esperanza tras abrazarla.

-Bueno, sólo déjeme bañar, voy por los papeles y salgo -respondió Sandra.

Cuando regresó de la ducha, un par de hombres revisaban su maleta. Se quedaron con los bizcochos que Sandra llevaba para su amiga y dijeron que no querían verla por ahí. Haciendo caso a esa advertencia, Sandra recogió sus papeles y tomó de inmediato un transporte que la sacara hacia San Luis. Por el camino hubo un retén: se subieron al bus unos hombres preguntando quién era la mujer que venía del Huila.

-Soy yo -respondió Sandra, repitiéndose mentalmente "¿cómo diablos se enteraron?".

- ¿Y usted qué anda haciendo por aquí? -la interrogaron los hombres.

-Sacando el registro civil para casarme -respondió Sandra, mostrando el papel.

La dejaron continuar.

En enero de 2005 le llegó la noticia: habían asesinado a Esperanza.

-Fueron los paramilitares en Villanueva. Ella se había vuelto lesbiana, y fue una de las que encontraron con un palo metido por el recto, en un basurero, junto con su amiga. Las mataron a las dos esa vez -recuerda Sandra, dolorida.

En 1995, casi un año después de la tortura que le infligieron Los Masetos, Sandra conoció al que se convertiría en su esposo. Don Nasser comenzó pronto a susurrar palabras de amor al oído de la nueva empleada que había llegado a la finca que él administraba.

-Entonces me invita a un concierto de Carlos Vives. Yo acepté, pero pensaba: "me tocó pagarle la salida a este viejo". Y vea que no -recuerda Sandra.

Esa noche, después del concierto, era muy tarde para regresar, así que don Nasser le propuso que pasaran la noche en El Olimpo, un motel de Neiva. Sandra aceptó, siempre que compraran antes una botella de ron, "porque necesitaba alcohol para no sentir lo que el tipo me iba a hacer". Cuando llegaron a la habitación, el hombre fue directamente a la cama y se acostó a dormir. Sandra se tomó sola toda la botella. Eso le hizo confiar en las intenciones de Nasser, le sugirió que tal vez él no pretendía aprovecharse de ella.

Don Nasser -como todavía hoy lo nombra- la llevó a conocer Campoalegre, a comer, fue gentil. Gracias al buen trato que le prodigaba, de a pocos, Sandra fue recuperando la confianza en la vida. Nasser no era un hombre de fiestas, ni de tragos, sino un tipo trabajador, que la respetaba y la cuidaba. "Un matrimonio muy bonito", decía la gente en Neiva: sin peleas, trabajando unidos, criando a los hijos, los dos de Sandra y los otros dos que tuvieron juntos:

una niña, que nació en 1999, y un niño, que arribó al mundo en 2005.

Pero la violencia sexual extiende sus efectos, a través del tiempo y las personas. A veces, como pasó con el matrimonio de Sandra, arrasa incluso lo que se creía a salvo, más allá del peligro.

-Todo cambió cuando me animé a contarle - recuerda Sandra.

Nasser sabía que Sandra había trabajado como prostituta, eso nunca fue un secreto, pues ella sostuvo siempre que por sus hijos era capaz de cualquier cosa.

-Él lo sabía. Antes de andar juntos yo me acostaba con un tío de su patrón cuando tenía necesidad - comenta Sandra, como evidencia de que ese asunto nunca fue un problema-. Y agrega: el problema fue la violación. Algún día quisiera preguntarle por qué lo afectó tanto saberlo, tanto como para dejarme.

Cuando Sandra pudo hablar por primera vez del infierno que vivió en Paz de Ariporo, era el año 2006. Al año siguiente, cuando se decidió a hacer la denuncia ante Fiscalía, lo primero que hizo fue contarle todo al marido: necesitaba su apoyo en el difícil camino que iba a emprender. Para entonces, Sandra y Nasser llevaban 12 años juntos, y se habían casado por la iglesia hacía tres. Aun así, el matrimonio no sobrevivió a la noticia.

Después de que Sandra le contó a su esposo el sufrimiento que había padecido antes de conocerlo, la relación cambió. Comenzó a ser un problema que

ella saliera a las capacitaciones, o a cualquier parte: el marido siempre pensaba que Sandra estaba con otros hombres. Reinó la desconfianza. Nasser comenzó a creer que el dinero que su esposa recibía como subsidio de transporte, para poder participar en los espacios, se lo prodigaba algún amante. Igual con lo que ganaba haciendo domicilios de peluquería y manicure. La llamaba a toda hora, aparecía sin previo aviso en la puerta de los salones donde tomaba sus cursos.

-Se dejó ganar de la inseguridad -se lamenta Sandra.

Una vez, el padre de ella llegó a visitarlos, en Bogotá:

-Tiene que sacar a su papá de la casa, porque quién sabe qué enfermedades tenga y puede contagiar a mis hijos -le exigió Nasser a Sandra, aludiendo claramente a los negocios del padre.

-Nasser, ¿qué le está pasando? -le contestó Sandra, que detectó de inmediato el origen del reclamo-. ¡Si gracias al semen de mi papá usted tiene mujer! Además, cuando su papá estuvo enfermo, ¿quién se lo atendió?, ¿no me tocó a mí hasta limpiarle la ropa poposeada?

Poco después, Sandra ofreció su testimonio para un documental de la Procuraduría. Ella debía dar su visto bueno antes de que fuese publicado, y lo llevó a casa para mostrárselo a Nasser.

-Pero la voz no se la cambiaron -fue la reacción del marido-, ¿qué va a decir la gente que nos conoce?

“La vergüenza fue lo que lo mató”, recuerda Sandra. Como si la mujer con quien había compartido esos doce años de vida, la madre de sus hijos, su compañera, no pudiera ser la misma que esos Masetos habían torturado. Nasser la culpaba. Comenzó incluso a hablar mal de la mujer para la que antes sólo había alabanzas: “Es que Sandra tiene una mala procedencia”, se le oía ahora decir.

-Y después de contarle, nunca más volvió a tocarme. Seguíamos durmiendo en la misma cama, pero con los niños en la mitad -recuerda Sandra.

Al poco tiempo la situación se hizo insostenible y el 16 de octubre de 2008 Nasser abandonó la casa matrimonial, sumando un dolor nuevo a la vida de Sandra pues se llevó consigo a la mayor de las hijas en común, de tan solo siete años para entonces.

-Mi hija, desafortunadamente, es la más afectada con todo esto. Tiene 16 años y ya con un bebé. Pero yo no puedo hacer nada, ella no me escucha. El papá le envenenó la cabeza: yo soy la mala, una mala mujer porque fui prostituta.

Sin embargo, Sandra sabe que hizo lo correcto:

-Para quienes no ven salida: la salida es hablar. Aunque también tenga su precio -afirma con convicción.

En la memoria de Sandra, los doce años que compartió con Nasser fueron la oportunidad de olvidar el pasado doloroso, de volver a empezar y comenzar una vida nueva, de ser la esposa orgullosa que porta una argolla y saca adelante una familia. Pero también eso se lo arrebató la

violencia, proyectando su sombra a través de los años. La violencia armada, porque fue la violación de aquellos paramilitares lo que el esposo no pudo superar. La violencia estructural, porque construye hombres como Nasser, incapaces de empatía, que culpan a las mujeres violentadas y entablan entre ellos diálogos de poder encarnados en los cuerpos de ellas.

-Ahora, después de la separación, ya lo sé: he tomado las riendas de mi vida, que ya no va a ser para alguien, sino sólo mía -concluye Sandra.



Sandra tiene en la voz la seguridad de quien cuenta una historia bien conocida, muchas veces contada. Sin embargo, los dolores que le producen esos recuerdos, aunque han recorrido antes muchos cauces posibles, todavía, a veces, se desbordan.

-Contar lo que nos ha pasado, esa es la salida -insiste Sandra, y es la voz de la experiencia la que aparece cuando agrega: pero si no hay quien escuche, nadie puede hablar.

Por eso fue tan importante para ella acercarse a los colectivos de mujeres: porque allí, por primera vez, sintió que había personas dispuestas a escuchar su historia.

-Me tocó esperar doce años para poder hablar de esto: doce años en la cárcel del silencio -dice, habitada ya solo con el recuerdo de esas cadenas,

que dejaron de atarla-. ¡Me estaba muriendo en vida! -agrega.

Sandra llegó a Bogotá en el año 2006, otra vez desplazada por el conflicto armado. Esta vez era el Bloque Tolima de las Autodefensas el autor de las amenazas que recaían sobre Nasser, que había quedado al frente de las fincas y los negocios de su empleador mientras a este lo tuvieron secuestrado y que, “por ponerse a mover plata que no era suya”, apareció señalado en uno de los panfletos que el grupo paramilitar regó en la zona. Tan pronto supo lo que estaba pasando Sandra huyó con sus hijos hacia la capital del país. Nasser tardó tres meses en alcanzarla, mientras organizaba sus asuntos en Neiva.

En Bogotá fue la esposa de su tío quien la invitó al primer espacio de mujeres, en la Casa Matriz de la Alcaldía, donde estaban dando unas capacitaciones sobre derechos humanos. La persona que dirigía el encuentro comenzó a hablar del conflicto armado, a explicarles sobre la Ley 387 de 1997 para la prevención del desplazamiento forzado, de la que Sandra nunca había oído. Eso la enganchó: estaba escuchando cosas que tenían que ver con su propia historia. Decidió regresar a la semana siguiente a una reunión con la Corporación Humanizar. Luego de estas capacitaciones hubo un encuentro distrital, después un par de talleres en el Hotel del Parque, y fue en el segundo de ellos cuando escuchó por primera vez la pregunta:

- ¿Alguna de ustedes sabe de alguien que haya sido víctima de violencia sexual por parte de actores

armados? -indagó la mujer que coordinaba el espacio.

Sandra comenzó a sudar: "¿Cómo supieron? ¡Si no se lo he contado a nadie!". Sentía que todas las miradas estaban sobre su rostro encendido, que el espacio se hacía demasiado pequeño. Quería salir corriendo, pero no le respondían las piernas. Por fin, alguien rompió el silencio:

-Yo -dijo una mujer poniéndose de pie-. Yo tengo una historia que contar.

Y la mujer comenzó a hablar. Luego lo hicieron otras. Fue un taller de todo el día, con almuerzo en la piscina y un ambiente de complicidad y respeto absolutamente desconocido para Sandra, pero íntimamente deseado.

-Entonces veo cómo las otras mujeres comienzan a hablar y quedo impactada. Yo también quería contarles de mí, pero habían pasado tantos años... me decía que ya no valía la pena volver a esa página -recuerda Sandra-. Así que me callé.

"Eso ya pasó, no hay nada que hacer. No vale la pena hablar", se repetía Sandra, llena de dudas. Fue una tarde, mientras atendía a una clienta en su salón de belleza, cuando Sandra cambió de opinión. La clienta era una prostituta del sector, que estaba arreglándose porque iba a encontrarse con un cliente que la llevaría a Villavicencio, durante dos días, a trabajar en una finca. Era una fiesta de paracos. La muchacha se quejaba porque el trabajo era difícil.

-Toca atender a muchos, a la vez. Si se les rompe el condón no se lo quieren cambiar y eso se monta

el uno, se monta el otro... y luego le tiran a uno la plata, así, por la cara -le confesó la mujer a Sandra.

-No vaya, mamita -le contestó ella.

-Toca, toca ir. Aquí la lucho para conseguirme diez mil pesos en la calle, de allá me traigo cien mil la noche. Toca -replicó la mujer, resignada.

Sandra terminó de peinarla y la despidió deseándole mucha suerte y que se cuidara mucho.

- ¡Eso no se acaba! ¡Sigue pasando! -fue el pensamiento rabioso de Sandra, que la motivó a tomar el teléfono tan pronto volvió a quedarse sola.

Marcó el número de las mujeres que invitaban a los talleres, las que escuchaban a las demás.

-Carmen, tengo que hablar algo personal con usted. Es que yo sé de alguien que fue víctima de violencia sexual -le informó Sandra a la voz amable al otro lado de la línea, así, de golpe, para que no hubiera lugar al arrepentimiento.

- ¿Ah, sí, Sandrita? ¿Quién?

-Yo -respondió Sandra.

- ¿Quieres venir ya mismo para que hablemos? -le contestó Carmen.

Luego de hablar por primera vez, Sandra ya no paró de hacerlo. Seguía asistiendo a los talleres de la Corporación Sisma Mujer, y a todos los espacios a los que la invitaban. Conoció las leyes, los autos de la Corte Constitucional, comenzó a entender.

-Siento que fui una privilegiada, porque luego de ese horror, fui capaz de decir "yo puedo seguir viviendo", y seguí. Pero es verdad que estaba en un túnel oscuro, donde había un dolor muy profundo, que

no había trabajado, que regresaba y me amargada y nadie sabía por qué. Doce años me tardé atrapada en ese túnel -afirma Sandra, orgullosa de sí, desde la claridad de esa mañana.

El camino de la sanación, en su caso, fue el mismo camino que la llevó a pasar de víctima a sobreviviente, y de allí, a defensora de derechos humanos. El empoderamiento la sacó del túnel. El reclamo de verdad, justicia y reparación fue la luz que guio esa escapada.

Luego de las capacitaciones iniciales, Sandra le firmó un poder a la Corporación Sisma Mujer para que llevara su caso ante las instancias judiciales. Esa representación significó un giro importante en el proceso: acompañada por su abogada, las denuncias se hicieron menos difíciles que aquella primera, en 2007, cuando Sandra fue sola hasta la Fiscalía y contó lo que había pasado ante un Tribunal de Justicia y Paz. El funcionario que la atendió puso en duda su palabra durante toda la entrevista, preguntándole con insistencia: "¿Señora, está segura de que eso sí pasó?". Las palabras de su madre, Amparo, retumbaron toda esa tarde en la cabeza de Sandra: "Eres una niña mentirosa".

Con la representación de su abogada, Sandra interpuso en 2008 otra denuncia, ya no por Justicia y Paz, sino ante una fiscal de derechos humanos. Cuando la fiscal se enteró de que Sandra había sufrido violencia sexual en el Casanare, por parte de paramilitares, y que su victimización había ocurrido siendo ella trabajadora sexual, se interesó especialmente en su caso.

-En las versiones libres que estamos recibiendo del Casanare han mencionado unas fosas comunes en las que hay muchas mujeres asesinadas, que al parecer eran meretrices -les informó la fiscal.

Por fin se habían abierto para Sandra los oídos de la dama ciega, la justicia.

-Pero siempre con la ayuda de las organizaciones, porque el Estado solo no avanza. Por ejemplo: en Sisma Mujer mandaron una abogada hasta la Fiscalía en Paz de Ariporo, para ir a buscar los registros que la Policía no había encontrado. Y la abogada sí los encontró. Es cuestión de voluntad -afirma Sandra.



En su proceso de sanación Sandra sintió pronto que debía hablar con sus hijos sobre su historia.

-Tenía que contarles, porque tengo dos hijas mujeres, y no quería que el día de mañana ellas fueran a vivir algo parecido, todo por quedarme callada. Y porque tengo dos hijos varones, que pueden tomar cualquier camino: debían enterarse lo que su mamá sufrió. No podían convertirse en ese tipo de hombres -se explica, Sandra.

Fueron dos años muy difíciles, porque sus hijos mayores, por quienes tanto aguantó, por quienes se mantuvo viva cuando solo deseaba morir, le recriminaron sin piedad. Lo mismo hicieron los menores. "Ninguna buena mujer trabaja en esas

cosas". "Es tu culpa que mi papá nos haya dejado". "Nos van a señalar a todos porque te pusiste a hablar".

Sin embargo, los hijos, y sobre todo las hijas, que ya son madres también, han ido entendiendo con el tiempo. El trabajo de Sandra en favor de un mundo con menos estigmas y señalamientos ha comenzado, así, por su propia familia.

-Ahora entienden y me lo reconocen: "Qué verraca mi mamá", pero al comienzo me costó muchas lágrimas el desprecio de mis muchachos - afirma Sandra, quien, tras un prolongado silencio, concluye: lo di todo por ellos, ahora ya está bueno comenzar a pensar en mí.

En efecto, sus hijos ya están grandes. El mayor tiene 28 años y vive en Villavicencio; la segunda tiene 27 años, dos niños pequeños y es la única que, actualmente, vive con Sandra. La tercera acaba de hacerse mayor de edad, está casada y es madre también de un bebé. El hijo menor, Nasser Junior, tiene doce años y desde hace algunos meses vive con su padre.

Ahora Sandra puede, y quiere, pensar sobre todo en sí misma. Sueña con montar un restaurante que se sostenga y crezca. Lo ha intentado antes y, aunque sus esfuerzos han fracasado, va aprendiendo a identificar los errores para corregirlos la próxima vez. Lo fundamental, en todo caso, persiste: su enorme gusto por la cocina.

- ¡Es que cocinar es un oficio tan pulcro y tan sano! ¡Porque se acercan a ti seres humanos que

vienen a que los alimentos! Si tienes un restaurante siempre hay qué ofrecerle a las personas que se acercan. Hacer comida para los demás me ayuda a mí, y ayuda a mucha gente -explica Sandra.

El viudo de bocachico, preparado según la receta que heredó de su abuela, era el plato especial en el restaurante que Sandra tenía en el centro de Bogotá, diagonal al Batallón Guardia Presidencial. Logró abrirlo en 2012, con el dinero que reunió durante un año, trabajando nuevamente en prostitución. Mientras tuvo el restaurante, asumió liderazgos en el barrio Santa Bárbara, donde estaba localizado, e incluso hizo parte de su Junta de Acción Comunal.

En 2015 Sandra se vio beneficiada en un programa de vivienda gratuita, al que se había postulado recién llegada a Bogotá, y desde entonces tiene la tranquilidad de un techo propio. Sin embargo, tuvo que volver a cerrar su restaurante a principios de 2017, pues las deudas que había sacado bajo la modalidad del “gota a gota” la asfixiaban. Durante el primer semestre de 2017, de la mano de su pareja, con quien lleva cuatro años de relación, estuvo trabajando en un centro recreacional en Ibagué, tras lo cual ambos regresaron a Bogotá en donde actualmente Sandra hace planes para montar de nuevo su restaurante:

-Pero ahora quiero buscarme la plata para eso de otra manera, no en la prostitución, porque al final eso me hace daño. Es una forma rápida de salir de una necesidad, pero no es nada fácil. ¡Lo consume a uno! El trasnocho, el rechazo, el frío de la calle, los riesgos.

Porque vea que la trabajadora sexual nunca le hace daño a otro ser humano, ella nunca llega a la casa de un hombre a decirle “págume”, sino que es el hombre es el que llega donde ella está. Pero, aunque ella no hace daño, a ella sí la dañan mucho, porque en ese trabajo no hay garantías, ni derechos. ¡Ese trabajo la acaba a usted! -declara la Sandra del presente.

Su proceso en la Fiscalía ha sido mucho más lento de lo que Sandra imaginó. Sin embargo, dos cosas importantes han ocurrido en los últimos años: la primera, que durante su versión libre un paramilitar desmovilizado identificó el retrato hablado que Sandra había hecho de su principal atacante. Desde entonces se sabe que fue un paramilitar de apellidos Leguizamón Pulido, alias *El Boyaco*, uno de los hombres que la atacaron en Paz de Ariporo, el mismo que tenía solicitud roja de la Interpol desde febrero 2006, y decenas de órdenes de captura en el país, por homicidio, desaparición forzada y tortura. El mismo que, en agosto de 2015, fue detenido en Venezuela, como perteneciente a las Autodefensas Campesinas del Casanare. Su rostro se hizo público, pues el presidente del vecino país, Nicolás Maduro, mostró sus fotografías durante la alocución en la que informó sobre esa captura.

- ¡Para mí es tan importante haberles podido poner nombre, saber quiénes fueron los que me lastimaron! Porque eso de pelear uno contra nadie es muy difícil -celebra Sandra.

Un segundo hito importante en el proceso ha sido que las autoridades judiciales lograron ubicar

a doña Betty, la dueña del prostíbulo donde los tres paramilitares violaron y casi matan a Sandra. Aunque las pusieron al teléfono y Sandra le insistió muchas veces: "Doña Betty, acuérdesse, soy yo, Sandra 'la Cacha'", la mujer insistió en no distinguirla, pero aceptó recordar los hechos que ocurrieron aquel día de 1994.

-Eso es muy importante, que las otras personas hablen también, para que todos vean que no soy ninguna mentirosa, ¡que todas esas cosas sí me pasaron!

La relación entre Sandra y su actual pareja no ha sido sencilla, también ha pasado por la violencia, pero cuando ambos tomaron consciencia de que muchas de esas situaciones estaban atravesadas por su compartida adicción, entraron juntos al programa de Alcohólicos Anónimos. Sandra lleva 26 meses sobria. Su compañero un poco menos. Mientras valida el bachillerato -va en octavo grado- a Sandra se le ve, se le siente, cada día más segura de sus capacidades:

-Porque le digo una cosa, yo soy una mujer muy inteligente, si no, si fuera bruta, con todo lo que me ha pasado estaría en la olla. ¡Y vea que no! ¡Hay Sandra para rato!

ES POSIBLE QUE ESTÉN ESCONDIDAS

¿Cómo se cuenta una historia de la que tanto debe permanecer oculto? ¿Cómo decir las verdades sin que cueste la vida?

Comencemos por decir que ella prefiere ser llamada Helena y que es oriunda del sur del Tolima. Que sólo hizo hasta quinto de primaria. Que a los 23 años se convirtió en madre soltera y tres años después se organizó con un hombre que no era el padre de su hija mayor, pero se la crio como si lo fuera. Que conoció a su esposo, dos años menor que ella, jugando baloncesto en una cancha de la vereda. Que tuvo con él cuatro hijos más. Que vivía en el campo, criando a los animales y a los hijos, mientras él, que no sabía leer ni escribir, pasaba muchos meses del año por fuera, recogiendo las cosechas de café. Que a sus 56 años tiene la piel curtida por el sol, las canas teñidas del color de la uva y la misma palabra franca y sin rodeos que su historia atestigua.

Hoy, las tres hijas y los dos hijos de Helena están grandes y, aunque el camino ha sido difícil, han levantado el vuelo. La mayor vive en Antioquia, está casada, tiene un negocio y es la madre de los dos nietos mayores de la familia: un niño de

dieciséis años y una niña de siete. El segundo, que continúa soltero, trabaja en una finca del Eje Cafetero. El tercero está en Bogotá, también soltero, y se rebusca la vida en trabajos de construcción. La cuarta hija, casada, con un niño de tres años y otro bebé en camino, vive en el campo, pero muy lejos del Tolima. La hija menor, que recién cumplió 21 años y es madre de un niño que está aprendiendo a caminar, también está en la capital.

-Mis cinco hijos son el tesoro más hermoso que tengo: ¡por ellos me hago matar si es necesario! - afirma, aún convencida, Helena.

El conflicto armado casi hace cierta esa sentencia, nacida del amor profundo de una madre: en 2010, por defender a sus hijos del reclutamiento forzado, Helena fue torturada y estuvo muy cerca de perder la vida a manos de guerrilleros de las FARC.



Las mismas tierras que vieron nacer a Helena fueron cuna de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Allí, en el corregimiento de Gaitania, municipio de Planadas, tuvo su asiento la “república de Marquetalia”, como se llamó a uno de los territorios ocupados por familias campesinas que hacían resistencia agraria a la violencia desatada entre liberales y conservadores. El grupo, dirigido por quien la historia recuerda como Manuel Marulanda Vélez, fue declarado objetivo militar por parte del

gobierno conservador de Guillermo León Valencia, que, entre mayo y junio de 1964, envió cerca de 16.000 hombres de las fuerzas militares, con equipos aéreos, fluviales y armas químicas, para exterminar a los habitantes de Marquetalia. La incursión del Ejército fue un estruendoso fracaso, que, en vez de disminuir a los campesinos, logró dispersarlos y creó en ellos la necesidad de una estructura interna, a partir de la cual fortalecieron su organización.

Antes de llamarse FARC, lo que ocurrió en la Segunda Conferencia Guerrillera de 1966, el grupo se conoció como el Bloque Sur, justamente porque había nacido en el sur del Tolima. Durante los 50 años posteriores esta guerrilla se extendió por el país, sin abandonar nunca las tierras que la vieron nacer. En 1993, los frentes que operaban en el Tolima y sus alrededores se unieron en el Bloque Central, que sumaba entonces cerca de 500 integrantes. Al finalizar la primera década del siglo XXI, las FARC controlaban buena parte del suroccidente del Tolima, donde operaban sus frentes 21, 25 y 50, así como las compañías Tulio Varón, Joselo Lozada y las columnas móviles Héroes de Marquetalia, Jacobo Prías Alape y Daniel Aldana.



La familia de Helena, que llegó en la década de los sesenta a otro municipio del sur del Tolima, desplazada desde Chaparral, ha resentido la

violencia armada durante mucho tiempo. Cuando Helena era aún pequeña fue asesinado el primero de sus hermanos.

-Decían que había sido gente normal la que lo mató, pero cuando eso el pueblito ya estaba muy cuchuquiao, muy lleno de esa gente -recuerda Helena.

Tiempo después, la violencia alcanzó a otros dos hermanos. El mayor, que había trabajado en la Caja Agraria, pagó las extorsiones que las FARC le exigían como "impuesto de guerra", hasta quedar en la quiebra absoluta. El otro, que se resistió a los pagos, logró escapar de su casa el día que la guerrilla entró a buscarlo y huyó hacia Bogotá.

En 2002, las FARC mataron a uno de los sobrinos, hijo del primer hermano asesinado, que por entonces tenía 24 años y aspiraba integrarse al Ejército luego del mes de licencia que le concedieron cuando terminó de prestar su servicio militar obligatorio. Una semana antes de regresar al batallón, cuando el muchacho llegaba a su casa, recibió unos disparos y murió en el acto.

El último de los miembros de la familia de Helena asesinado fue su hermano Pantaleón. El niño aplicado de la familia, el que desde muy joven entró en la política, desde el Partido Conservador, enlistándose en la Junta de Acción Comunal, y que llegó a ocupar altos cargos en la administración municipal. El hombre de 48 años, casado, padre de tres hijos. El hermanito adorado de Helena, que no hizo caso a las amenazas y permaneció en el pueblo

mientras muchos de sus colegas se refugiaban en la capital del departamento, después de que las FARC les declararan como objetivo militar.

-Pantaleón siempre decía que no podíamos vivir así, con ese yugo. Porque eso es lo que pasa en todos los pueblos: toca vivir bajo el yugo de la guerrilla, hacer lo que ellos digan. Y eso fue lo que pasó: al pueblo le dieron como 1.700 millones para el arreglo de las carreteras y la guerrilla comenzó a pedirles 500 millones. Mi hermano dijo que no, que esa plata era para carreteras ¡que a ellos mismos les servían las carreteras arregladas! Pero como siguieron con la amenazadera, Pantaleón cedió, que les daba cien millones, pero no más: “¿no ven que yo también tengo que entregar cuentas, y si un tramo que necesita 50 bultos de cemento me toca hacerlo con 20, eso queda mal hecho y luego soy yo al que le van a decir ladrón?”. Pero luego de que les dio eso, le siguieron pidiendo, y pidiendo, y como él se paró en la raya, al poquito tiempo lo mataron -recuerda Helena.

Pantaleón fue baleado por dos integrantes del Frente 21 de las FARC. Tras su asesinato, el dolor y la rabia se apoderaron de Helena, que incluso llegó a implorarle a un soldado que le diera su arma para salir ella misma a matar a los hombres que habían acabado con la vida de su hermano.

- ¡Es que a él lo mataron porque se les dio la gana! ¡Por no robar para ellos! Yo duré como seis meses que los únicos deseos míos eran matar, ¡matarlos!, de ver que acababan con toda mi familia -confiesa Helena.

Sin embargo, el tiempo cumplió su labor, permitiendo que la ira de Helena se disipara y que los sobrevivientes reorganizaran sus vidas, siguieran adelante. Uno de los hermanos aceptó el asilo que les ofrecieron a todos y salió del país. Helena, en cambio, se quedó: le atemorizaba irse a un lugar donde no conocía a nadie, donde hablaban otro idioma, pero, sobre todo, porque dos de sus hijos se resistieron a la idea: "no mami, no hay como vivir en Colombia", y a ella se le partía el corazón de pensar en irse solamente con los otros tres.

- ¡Pero, cómo me ha pesado no haberme ido! -se lamenta Helena.

Cuando asesinaron a Pantaleón, Helena vivía en la finca que había sido de su familia materna, con sus cuatro hijos menores -sólo la mayor había hecho ya vida aparte- y su esposo, que pasaba la mayoría del tiempo fuera, trabajando en las cosechas. Los meses siguientes al asesinato la familia vivió bajo zozobra: el pueblo, estigmatizado como guerrillero, estaba ahora habitado cotidianamente por el Ejército.

-Allá llegaba el Ejército y era a requisar a todo el mundo, que porque todos éramos guerrilleros. Yo siempre les decía: "¡No! ¡Encierren y aparten! Porque siembre habemos unos que otros que somos fieles a las cosas de Dios y no estamos pensando en matar, violar ni hacerle males a nadie" -explica Helena-. Lo que pasa es que en el campo vive uno entre la espada y la pared: si llegó la guerrilla y le pide algo, dele. Si llegó el Ejército y le pide algo, dele. Si llegaron los paracos, dele.

Helena comenzó a lavar ropa para los soldados: por cada camuflado le pagaban dos mil pesos. Sin embargo, una comadre comenzó a decir que Helena trabajaba con el Ejército, que recibía un sueldo del batallón, que les guardaba material de guerra y provisiones.

- ¡Sólo los camuflados tenía yo, eso sí, montones de camuflados sucios, para hacerme a esa platica! Pero por el chisme de la comadre un día me llegó la guerrilla a la casa. Revolcaron todo y, como no encontraron nada, se fueron -recuerda Helena.

Durante un tiempo las cosas estuvieron tranquilas, pero, quién lo creyera, la reparación que el Estado entregó a la familia por el asesinato de Pantaleón, cuando este ya llevaba seis años de muerto, alborotó el avispero.

-Le dieron una indemnización a la viuda y a los hijitos. A ellos les dieron buena plata, mas no a los hermanos -explica Helena.

Sin embargo, fue la hermana, Helena, quien pagó el precio. El precio por haber hablado con las autoridades, por no haber dejado "eso quieto" como la guerrilla les había exigido. A los seis años de asesinato Pantaleón, cuando se supo que su familia acababa de recibir una indemnización, es decir, que no habían dejado las cosas quietas, comenzaron las amenazas hacia Helena:

-Entonces la guerrilla ya empezó a decir que seguro algún familiar había puesto la denuncia, que alguien había ido a la Fiscalía. Yo era la única que tenía hijitos viviendo conmigo, entonces

por eso me llegaron a mí: que tenía que entregarles a mis hijos.

Las intimidaciones venían, también esta vez, del Frente 21 de las FARC, de un grupo comandado por Moisés Bautista Niño, alias *Agustín* o *Repollo*, que fungía como cuarto jefe del frente. Agustín, que para entonces rondaba los treinta años de vida y sumaba ya una decena de ellos en las FARC, se desempeñaba como organizador de masas. Su tarea era fortalecer las redes de apoyo al grupo guerrillero, lo que materializaba a través del reclutamiento, que, en teoría, no debía ser forzado. Sin embargo, en el pueblo de Helena, todos sabían que cada familia debía entregarle su cuota de hijos a las FARC, quisieran o no.

Helena recibía llamadas poniéndole ultimátums que ella esquivaba cada vez con una excusa distinta: lo último que estaba dispuesta a hacer en el mundo era permitir que el grupo que le había causado tanto dolor a su familia reclutara al fruto de su vientre. "Sobre mi cadáver", se dijo.

Era mayo del año 2009 cuando Helena recibió la primera llamada de las FARC. Estaba sola con sus hijos, pues el esposo estaba por fuera recogiendo una cosecha. En su celular, escuchó la voz de un hombre que le exigía entregar a dos de sus muchachos, un niño y una niña, "porque ya estaban en edad de

aportar a la causa". Le dijeron que los iban a poner a trabajar y que mensualmente iban a entregarle trescientos mil pesos por cada uno.

Para evitar problemas y ganar tiempo, Helena dijo que sí, que claro, pero que por favor esperaran un poquito, porque todavía estaban muy pequeños, que los dejaran terminar el bachillerato. Las llamadas siguieron entrando. En agosto le dijeron que no había más tiempo, que en ocho días debía presentarse con los niños en un sitio de la vereda Naranjal. Helena tomó nota del lugar y confirmó que allí estaría.

-Eso fue un domingo, y el mismo lunes en la noche saqué a mis hijos de ahí -recuerda Helena.

Lo que hizo fue pedirle el favor a un amigo suyo, un señor que compraba banano y que todos los lunes pasaba por las fincas del sector: "ayúdeme a sacar a mis hijos". Así fue: camuflados en un cargamento de banano, Helena logró enviar a sus hijos a Chaparral, donde una prima suya los recibió y los embarcó de inmediato hacia Medellín. En la capital de Antioquia les esperaba la hermana mayor de los niños.

El domingo siguiente Helena llegó sola a la cita con las FARC. En el campamento, eran cerca de una quincena de hombres y una mujer. Apenas llegó, uno de los hombres la interrogó:

- ¿Y usted? ¿Tiene proceso?

-Sí, me citaron, pero no sé para qué es -respondió Helena.

El hombre revisó algo en un computador, y volvió a preguntarle:

- ¿Usted es la señora Helena?

-Sí señor -volvió a responder.

Entonces el hombre le pidió la cédula y le ordenó que dijera el número, primero al derecho y luego de atrás para adelante. Con el documento en mano el hombre verificó la identidad de Helena, quien recuerda, aún con temblor, el *frío de la muerte* que la embargó mientras repetía los números.

Tras verificar su identidad, el hombre dijo en voz alta los nombres de los hijos de Helena. Los leía en el computador.

- ¿Dónde están? -indagó el guerrillero.

-Vea señor, yo parí esos cinco hijos con el sudor de mi frente, y no tengo por qué entregárselos a unos bandidos que lo único que van a hacer es enseñarles a matar -contestó, valiente, Helena, y agregó: Eso fue lo que les vine a decir.

- ¡Ah! ¿Muy varoncita? -dijo el hombre, rabioso ante semejante insumisión. Helena insistió:

-Hagan conmigo lo que quieran, ¡pero a mis hijos ustedes no los van ni a oler!

- ¡Usted ya es una vieja! Ni para hacernos de comer sirve. ¡Para hacerle un sancocho a los chulos será lo único!

Ya varios hombres, que habían escuchado el intercambio de gritos, se habían acercado y rodeaban a Helena. A la orden del que parecía su superior, le amarraron las manos a la espalda. El guerrillero que la recibió le dio una bofetada que le reventó la boca.

Para entonces, el miedo de Helena hacía mucho se había convertido en furia y no paraba de gritarles:

- ¡Hijueputas! Si son tan grandes y tan poderosos y se creen los dueños del mundo, ¿por qué le pegan a una mujer indefensa?, ¿a una mujer con las manos amarradas? ¡Por cobardes! ¡Porque si yo tuviera las manos sueltas, al que me pegue una yo le devuelvo dos!

Los gritos de Helena hacían eco en el paisaje. Estaba enloquecida. No recuerda si lo dijo o sólo lo pensó: "¡A mis hijos no los van a adiestrar como guerrilleros, como tantos niños y niñas del Tolima, ni los van a poner en la primera fila para que sean los primeros muertos!". No recuerda si sólo pensó o alcanzó a decirlo: "¡Eso es ser cobarde, porque si uno es adulto se enfrenta primero, no manda a los niños al frente como hacen ustedes!". No recuerda si terminó diciendo: "Si mis hijos mueren, que sea porque Dios lo quiso, no porque a ustedes se les da la gana. Recuerda bien que les repetía: "¡Malparidos cobardes!" y que les escupía.

-A mis hijos nos los van tener, así que tóquense las güevas, y si las tienen bien puestas, me matan a mí, ¡porque a ellos no se los traigo! -los desafiaba Helena.

El guerrillero golpeó a Helena un par de veces más, hasta tumbarla al piso, mientras la insultaba y le insistía en que entregar a sus hijos no era una opción, sino una orden. Ella mintió diciendo que, aunque quisiera, no podía, porque había sacado a sus hijos de Colombia, a donde un hermano que estaba refugiado en otro país. Al fin la soltaron.

-Ellos me martirizaron esa vez con palabras y con golpes. Yo volví a la casa destruida. Sentía la cabeza hinchada y no sabía para dónde coger, ni qué hacer -recuerda Helena.

Lo que hizo fue encerrarse en su casa, y esperar. Dejó de dormir, y las pocas veces que lograba conciliar el sueño aparecía su imagen en un ataúd, mientras su familia y sus vecinos la miraban con pesar y susurraban: "Ay, matarla a ella tan buena, que a nadie le debía nada".

Así, encerrada, encargando con los vecinos las cosas que necesitaba para sus animales, pasaron cuatro meses, al cabo de los cuales, en diciembre, regresó el marido de Helena, a quien ella ocultó lo que había sucedido. Dijo, sencillamente, que los hijos habían querido irse a estudiar a Medellín y que para allá los había mandado.

Durante algunos meses Helena no volvió a tener noticias de los guerrilleros y alcanzó a imaginar que sus argumentos los habían convencido, que le creyeron cuando dijo que sus hijos ya estaban muy lejos, que la fortaleza que les había demostrado había logrado contener sus pretensiones.

-Pero no. Luego duré mucho tiempo pensando que mejor hubiera sido haberme hecho matar ese primer día -concluye Helena.

El ataque que sufrió Helena en agosto de 2009

era un ultimátum, un último plazo para cumplir la orden de las FARC: entregar a sus hijos. Cuando el plazo se cumplió, en mayo de 2010, comenzaron las llamadas nuevamente. Las excusas se acababan. Una noche de julio del mismo año un grupo de guerrilleros llegó hasta su casa. Helena estaba sola, porque su esposo se había ido ya a recoger otra cosecha. Le amarraron las manos a la espalda, antes de empujarla a andar. Pasaron por detrás del pueblo, por el cementerio, y bajaron una quebrada. Durante el trayecto, el grupo que secuestró a Helena, además de insultarla y hacerle saber que la estaban llevando donde su comandante, la empujaba y la hacía pasar sin cuidado por cercados cuyas púas le produjeron varias heridas. Helena intentaba hablar con sus captores, exponer sus razones, convencerles de que la dejaran ir. En algún momento se arrodilló ante uno de ellos y se abrazó a sus piernas:

- ¿Usted no tiene madre? ¿No tiene hermanas? ¡Míreme! ¡Tengo 48 años! Haga de cuenta que cuando usted me da una patada o cuando me da con la cacha del revólver, es como si les estuviera pegando a ellas... ¡vea que soy una mujer indefensa, que podría ser su mamá! Se lo ruego ¡no me lleven! -imploró Helena.

-A mí no me venga a dar cátedra -le contestó el guerrillero, y obligó a la mujer a seguir caminando.

Luego de una hora y media de caminata, el grupo se detuvo en una de las vueltas de la quebrada, una que hace un remolino turbulento en torno a una enorme piedra que reposa en la mitad del cauce.

Helena identificó el lugar: lo llamaban “el rincón de la muerte” porque era bien sabido que ahí llevaban a las personas para matarlas. Uno de los guerrilleros, al que los demás rendían pleitesía, se le acercó a la mujer cautiva:

-Yo soy el comandante Agustín, del Frente 21 de las FARC. Soy nacido en San Antonio y... -se estaba presentando el hombre, cuando Helena lo interrumpió:

- ¿Y a mí qué me importa eso?

-Ah, sí es verdad lo que me dijeron de usted. ¿Muy verraquita, muy guapa? -replicó el comandante.

-Pues, de pronto, sí -le dijo la mujer, embriagada por el valor inmenso que le daba la defensa de sus hijos.

Para castigar lo que Agustín recibió como un insulto, el comandante hizo una señal a sus hombres, quienes golpearon a Helena y le reventaron la boca.

-Usted de aquí no sale sin decirnos dónde tiene a esos muchachos -volvió a decirle el comandante.

- ¡Primero muerta que descolorida! -le respondió Helena, antes de escupir la bocanada de sangre que tenía en la boca, y sentenció: De camino aquí ya le entregué mi vida a Dios, y le acabo de pedir perdón, así que haga lo que tenga que hacer, pero ustedes a mis hijos no les van a oler ni un pelito.

Entonces avanzó el interrogatorio. Un guerrillero le arrancó a Helena los zapatos y comenzó a enterrarle las espinas de un árbol en las uñas de los pies. Le machacaban también los dedos de las manos.

- ¿Dónde están? -la interrogaba el hombre antes de cada punzada.

-Señor bendito, ¡hágase tu santa voluntad, no la mía, señor! -respondió Helena, cada vez.

Como esa tortura no rindió frutos, Agustín ordenó que sacaran a la mujer de la piedra, la llevaran hasta el pastal a la orilla de la quebrada y la amarraran de pies y manos a un árbol inmenso que había en la mitad. Tuvieron que llevarla arrastrada, entre dos, porque Helena no sentía los pies.

-No insistan más, ¡que yo a mis hijos no se los voy a entregar! Ellos están muy lejos, ya los saqué de Colombia -mentía Helena, mientras se convencía de que iba a morir amarrada a ese árbol.

- ¿Ah, sí? Pues no la va a sacar tan barata -le respondió Agustín.

-Si todas las violaciones son así como a mí me violaron, todas son un martirio, porque eso fue: ¡el peor de los martirios! Ese hombre me hizo todo eso tan bruscamente, como si quisiera partirme por dentro, sacarme todo, pedazo por pedazo. Me violó por la vagina, y por la nalga, y luego me introducía ese pene en la boca, y después él se lo cogió y se desarrolló y me tiró eso por la cara. Entonces cuando él ya me violó, cuando ya hizo conmigo todo lo que quiso, me agarró a patadas. ¡Ay, qué dolor, señor bendito! Cuando se cansó de pegarme les dijo a los otros: "cada uno haga lo que quiera con ella, tienen hasta el amanecer". Eran siete, y ese Agustín les decía que todo lo que me había hecho había estado muy bueno, que lo disfrutaran ellos

también. ¡Señor bendito! Yo no hacía sino llorar, y cuando escuché que todos me iban a hacer lo mismo que ese comandante me había hecho, lo que pensé fue que me iban a sacar la matriz. "Me van a despedazar viva", pensé. Primero pasaron dos hombres negros, grandotes, y yo sentí que me iba a morir ahí, reventada. Luego vinieron otros cuatro y me hicieron. Mientras unos me violaban, otros me cogían los senos, me los jalaban, me los estrujaban. Cuando eso estaba pasando se escuchó que llegaba otro grupo de gente, se oían voces y chamizos quebrándose, y yo me dije: "¡ay, Dios mío, ahí vienen más!". Eso es demasiado tremendo... eso a uno no se le olvida nunca, ¡nunca!



-Tengo que vivir por esos hijos, luchar por esos hijos, que yo muera viejita, que ellos sepan que tienen a su mamá -pensaba Helena cuando la soltaron.

El deseo de vivir, porque sus hijos la necesitaban, se impuso sobre las heridas y le dio fuerza para emprender el camino de regreso. Eran cerca de las cinco y media de la madrugada cuando logró llegar hasta su casa. Los siete perros que vivían con ella comenzaron a aullarle muchos metros antes, cuando la sintieron cerca, y la acompañaron en el último tramo, mientras le lamían las rodillas ensangrentadas. Tan pronto entró, Helena se cambió

la ropa sucia que traía y con la misma que se quitó se limpió un poco la sangre del cuerpo. Hubiera querido bañarse, pero sólo le habían dado cuatro horas para desaparecer de ahí y ya habían pasado dos. Lo que hizo, entonces, fue sacar los doscientos mil pesos que tenía debajo del colchón, con los que planeaba ir a pagar los concentrados el día siguiente, echar catorce gallinas repartidas en dos costales, coger sus papeles y ponerle candado a la puerta y a la ventana.

-Mis amores -fue lo último que le dijo Helena a sus perros- les encargo mi casa.

Abrazó a los animales, aventó las llaves a un barranco y se fue.

El camino que pasaba cerca a su casa era muy poco transitado, porque solían quemar los carros que subían y ya casi nadie se adentraba en transportes particulares por esas tierras. Sin embargo, cuando Helena estuvo a la orilla de la carretera, escuchó que un carro se acercaba. En principio el hombre no quería llevarla, porque Helena traía esas gallinas que iban a ensuciarle la cabina.

-Tranquilo, mi rey, que yo allá en Chaparral le dejo esa camioneta que brille por todos lados... ¡Lléveme, por favor! -le suplicó Helena.

Finalmente, el carro la recogió y la dejó en la estación de gasolina, a la entrada de Chaparral. Era el 27 de julio de 2010. Tan maltrecha la vio aquel hombre que le regaló a Helena treinta mil pesos y le pagó un almuerzo en el restaurante donde él mismo iba a comer.

-Pero yo ni ganas de comer, ni de nada. Me sentía sucia, como un cadáver, ¡con ese olor a cadáver encima! -declara Helena, quien lo único que hizo fue una llamada y sentarse a esperar que la recogieran.

Sólo cuando estuvo en casa de una prima pudo darse un baño, botar la ropa que llevaba encima, y llorar. Helena estuvo llorando los siguientes ocho meses.

En casa de su prima, a cambio de la manutención, hacía el oficio y se mantenía escondida. Para atender las heridas físicas que produjo la violación lo único que pudo hacer fueron baños de asiento, que se preparaba sagradamente, a veces con ruda y guanábano, a veces con romero y ortiga. Los mismos baños terminaron por quitarle la fiebre constante, que se prolongó por cerca de cinco meses. Nada volvió a ser como antes. Ya no era barrer y trapear entonando canciones, como había sido siempre, ni cocinar silbando las melodías que le gustaban, ni reírse con quien encontraba a su paso por la casa. Todos esos espacios habían sido copados por la angustia.

-Desde ahí se opacó esa flor que yo era, se recogió y se recogió y eran ya sólo unos pétalos sucios amontonados -suspira.

Helena pasó meses sin salir, apenas asomándose por la ventana. Escuchaba voces, susurros, y sentía permanentemente que alguien venía por ella. En esas ocasiones, cuando los escalofríos se apoderaban de su cuerpo y le faltaba el aire, ella movía los brazos, arriba, abajo, para no ahogarse, y rogaba a Dios: "Ayúdame, señor. Déjame vivir que mis hijos

me necesitan". Volvía una y otra vez a las imágenes de su tortura, de la que todavía hoy se lamenta.

-Si al menos le hicieran eso a uno suelto, que cuando sea uno aruña, uno patear, algo. Pero ahí amarrada a un árbol, y ellos haciendo todo lo que quieren, por donde quieren. Lo dejan a uno es muerto -confiesa Helena.

Cuando su marido regresó de coger café e intentó acercarse buscando intimidad, Helena lo evitó alegando que tenía la menstruación. Luego siguió inventando razones para evadirlo, hasta que se quedó sin excusas. A los cuatro meses de su llegada, Helena le contó al marido lo que había ocurrido.

- ¡Ay! Con ese rechazo él me acabó de matar. Si ni siquiera mi esposo me iba a apoyar, entonces ¿quién?

Helena casi no fue capaz de decirle. Sólo lloraba: "mijo, yo te amo tanto, pero es que no puedo ahora tener relaciones, ¡es que no puedo!". El esposo no entendía y las palabras para explicarse se atoraban en la garganta de Helena. Al fin, luego de cinco horas de intentarlo, soltó su historia, todavía intentando cuidar al marido.

-Porque yo no le dije que había sido el comandante. Él lo conocía, y como Agustín se paseaba horondo por las calles y los días lunes era fijo que uno se lo encontraba en las cantinas, yo le dije a mi marido que no sabía quiénes habían sido, ¡porque si no ahí mismo él se iba para allá y otro muerto!

Sin embargo, Helena, que era quien más necesitaba ser cuidada, se quedó sola.

-Pailas -dijo el marido al escuchar el relato de la violación-. Pailas.

El hombre frunció el ceño, se agarró la cabeza y salió de la casa. Se fue a trabajar en una finca de la que mandó, sagradamente como siempre, el dinero para sus hijos. Al cabo de un mes regresó, solamente para decirle a Helena.

-Mami, ya lo pensé bien y yo no puedo hacer vida con usted, me voy. Si es verdad que esos hombres la violaron, usted puede tener una infección venérea, o pude tener sida, y pues no.

Así que Helena se quedó pensando, durante mucho tiempo, que definitivamente debía estar sucia, manchada, y que no merecía la cercanía de nadie.

-Entre más me lo repetía, más enferma me ponía -recuerda.

Durante demasiado tiempo las mujeres hemos aprendido a vivir para los otros: para gustarles, para satisfacer sus deseos, para cuidarlos. Generalmente, no recibimos a cambio lo que semejante esfuerzo merece, pero seguimos sacrificándonos. Helena siguió haciéndolo, cargando sola el sufrimiento, porque tenía que seguir protegiendo a los demás, cuidándolos incluso de ellos mismos, de lo que podían hacer si se enteraban.

-Si a los cuatro años, cuando por fin reuní a mis hijos y les conté que me había registrado como víctima del desplazamiento, uno de los muchachos me dijo: "mami, ¿y usted por qué no avisó? ¡Si uno también puede conseguir un arma y matar a esos malparidos!".

Imagínese, entonces ¿cómo les voy a contar todo lo demás? -se queja Helena, y agrega: Esa vez sólo les dije que cuando la guerrilla se enteró de la indemnización de mi hermano, me habían comenzado a amenazar con reclutarlos a ellos, y que por eso me había tocado sacarlos del pueblo. Porque los había educado para que fueran buenas personas y no quería vivir con esa zozobra: "Ay, Dios mío, mi hijo el guerrillero, ¿cuántos no estará matando ahora?".

Sus hijos, sin embargo, le guardaron rencor a Helena por mucho tiempo por haberlos enviado lejos. Un rencor que sólo se disipó cuando conocieron, a medias, las razones, y entendieron. Sin embargo, la atemorizante duda sigue rondando a Helena: "¿qué podrían hacer mis hijos si saben más?". Sólo a una de sus hijas Helena le ha contado sobre la violación.

-Pero con los demás, ese me secreto me lo llevo hasta la tumba -afirma.



Habían pasado ocho meses en casa de su prima, y cuatro desde que su marido se fuera definitivamente y dejara de enviarle dinero, cuando una vecina convenció a Helena de ir a la Personería y hacer su declaración como víctima. Aquella vez no declaró la violencia sexual: estaba convencida de que hablar de eso la perjudicaría. El abandono del marido se lo había dejado claro. A los tres meses recibió un documento que la reconocía como desplazada y

dos meses después llegó una ayuda del Gobierno: \$1.065.000.

-Yo ese millón lo estiré, lo estiré y lo estiré... duré casi año y medio, sacando de a dos mil pesitos diarios, para que no se me acabara -recuerda Helena.

Su prima no podía seguir alojándola por siempre, así que Helena tuvo que buscar dónde vivir.

-Nunca me dijo que me fuera, pero usted sabe que uno en casa ajena ya al tiempo comienza oler feo, a estorbar -explica.

La salida de donde su prima, en 2012, coincidió con el regreso de sus hijos: en Medellín no habían podido seguir estudiando y la hermana mayor los embarcó de vuelta hacia Chaparral. Por aquellos días tuvieron que dormir en la calle, apenas sobreviviendo. A veces, junto al cambuche donde dormían, pasaban hombres que intentaban aprovecharse de la necesidad de Helena ofreciéndole tres pesos por algún servicio sexual.

-Pero no, qué va, si a los hombres yo los detesto, ¡los detesto! -agrega Helena cuando explica que nunca aceptó esas ofertas.

En vez de eso, conseguía algunos pesos en lo que saliera: aseando casas, lavando ropa, haciendo mandados. En uno de esos mandados terminó en las oficinas del Bienestar Familiar, donde, al darse cuenta de que otras personas desplazadas hacían fila para inscribirse a unos subsidios de alimento, Helena hizo la fila también. Durante un año y medio recibió esa ayuda. Finalmente llegó la reparación administrativa por la violencia sexual, que declaró

posteriormente: diecinueve millones de pesos. Con ese dinero Helena pagó los cinco millones que le debía a una prestamista, arrendó una casa, compró camas, colchones, un televisor y otras cosas básicas, y guardó tres millones en un CDT.

En medio de todas esas dificultades, los hijos menores se graduaron de bachilleres y fueron tomando sus propios rumbos. Helena se quedó sola en Chaparral, donde lograba mantenerse con turnos de aseo en varias casas. Luego vino todo el proceso de paz con las FARC, y parecía que su vida iba, por fin, a tomar otro rumbo. Parecía que venían tiempos mejores.



Para Helena, la vida, literalmente, habría sido imposible sin el apoyo de otras mujeres. Primero, su madre, que murió siendo aún muy joven, pero a quien Helena sigue extrañando:

-Tener a mi madre, eso querría. Así fuera ver una viejita ahí amontonadita, pero tenerla viva. Porque la mamá de uno es el apoyo, la mamá es lo más hermoso que puede existir. ¡La mía me aconsejaba de tantas maneras!

Luego, una anciana desconocida la sacó del abismo en que la rabia la mantenía atrapada. Fue cuando aún no se recuperaba del asesinato de su hermano Pantaleón: un día pasó por el punto exacto donde había caído muerto, donde perduró la mancha de su sangre derramada por varias semanas, y, al llegar

allí, inevitablemente, comenzó a llorar de nuevo y terminó de rodillas en el piso. "Mija, no llore más por su hermanito, él donde está, está bien". Al levantar la mirada apareció una mujer con el rostro arrugado y largos cabellos blancos, que le extendía la mano con una novena a las benditas almas del purgatorio y le decía a Helena que no volviera a llorar, que hiciera la novena y pidiera con fervor que le sacaran la rabia del corazón. Sólo entonces su rabia comenzó a ceder.

Luego fue la prima de Helena quien le ofreció refugio. Finalmente aparecieron en su historia los colectivos de mujeres.

-Todas me hicieron renacer, porque el día que yo llegué donde ellas, venía totalmente muerta - declara.

Desde 2013 Helena comenzó a asistir a las reuniones de la Corporación Sisma Mujer, y su vida cambió.

-El primer día que fui yo ni hablaba, era con esa amargura... pero luego seguí yendo y he ido dejando ese nudo tan tremendo que sentía, como si tuviera un cuchillo clavado, porque pude contar mi historia, pude desahogarme. Vea que ya no me siento sucia, me siento como una mujer normal. Ahorita busco arreglarme, ¡y hasta me puse a hacer ejercicios para mermar esta barriga! Es que yo duré mucho tiempo apagada, triste, muerta, sin ánimos de nada. ¡Pero conocer a estas mujeres me cambió!



Entre las mujeres que han marcado su vida, Helena recuerda también a una guerrillera. La llamaban Sandra, y las tres veces que sus caminos coincidieron bastaron para que la memoria de Sandra perdure en la de Helena.

Era 21 de diciembre de 2009 cuando Sandra apareció por primera vez: una mujer muy joven, que apenas pasaría los veinte años, a la que bastaba mirar a los ojos para saberle la inmensa fuerza. Llegó con el grupo de guerrilleros que comandaba hasta la casa de Helena, quien se ocupaba en los múltiples trabajos cotidianos del campo, especialmente los animales, de los que vivía la familia.

-Vecina, regálenos unas gallinitas para pasar la Navidad -le dijo la guerrillera a Helena.

Era cierto que en la casa de Helena había muchos animales, pero era cierto también que el margen de ganancia era muy escaso, de manera que, al vender las gallinas y los cerdos, el dinero apenas alcanzaba para pagar la deuda de los concentrados con que los había alimentado y solventar el día a día, hasta que estuvieran listas las siguientes camadas. Si se llevaban sus animales, Helena no tendría como pagar sus deudas y continuar con su modo de subsistencia. Sin embargo, Sandra se explicó:

-La vida en el monte no es fácil, vecina, muchas veces no tenemos ni qué desayunar... pero las navidades son peores: ¡tan lejos de la familia!

El corazón de Helena se apiadó. Recordó lo que su madre le había inculcado desde niña: "cuando uno

se desprende de cualquier cosa de corazón, Dios le recompensa". Luego del sentimiento de piedad vino el raciocinio: Sandra y su grupo se iban a llevar lo que quisieran, con la venia de Helena o sin ella, así que más valía entregarles las cosas por las buenas.

-Bueno, mi niña linda -le contestó Helena-. Yo tengo esto porque trabajo, porque mi papá y mi mamá me enseñaron a trabajar. Todo lo que tengo, lo tengo honradamente. Pero si ustedes necesitan, entonces escojan lo que se van a llevar.

Mientras los hombres al mando de Sandra revisaban la cochera y las jaulas, Helena le habló a la guerrillera:

-Muchacha, usted tan hermosa, que hasta parece hija de un gringo y seguro hasta estudio tiene, ¿por qué anda en estas?

Sandra le contó su historia a Helena. Le dijo que cuando estaba en la universidad se enamoró de un hombre que era guerrillero, "uno de los grandes", y que él fue quien le habló por primera vez, con tanta cercanía, de la lucha revolucionaria. Sandra estaba inconforme con el país que veía a su alrededor, con la injusticia imperante, así que las palabras del hombre, que prometían una oportunidad de hacer algo más que escribir ensayos y salir a las marchas universitarias, resonaron con los deseos más profundos de la joven, que deseaba un mundo mejor. Poco a poco Sandra se fue involucrando con las FARC, hasta que un día ya estaba adentro y continuó.

-Aquí vamos, hoy en día ya soy la segunda al mando de mi grupo -terminó Sandra su relato.

De las cuatro cerdas que tenía Helena, el grupo de guerrilleros se llevó ese día la más grande, la de nueve arrobas, más once pollos de quince libras y tres gallinas criollas. Cuando ya habían emprendido camino, *Sandra* se quedó atrás para despedirse:

-Gracias, señora Helena, gracias porque usted fue tan cordial, tan amable conmigo. Yo sé que usted lo que tiene aquí es con el sudor de la frente. Lo sé porque así es mi mamá también, que ahora mismo debe estar por allá en Antioquia, en una casa como esta, con sus animales. ¡Usted me recuerda mucho a mi mamá, señora Helena! ¡Gracias por todo! -dijo *Sandra*, y se marchó.

La segunda vez que Helena y *Sandra* se encontraron, la primera estaba amarrada a un árbol, desnuda y herida, mientras un grupo de hombres del Frente 21 de las FARC ultrajaban su cuerpo a su antojo.

El grupo comandado por *Sandra* estaba llegando al campamento de alias *Agustín*. *Sandra* alumbró el rostro del cuerpo que estaba amarrado. Al reconocer a Helena su gesto se descompuso.

- ¡Usted! -exclamó la guerrillera. Y les dijo a los otros: Esta es la vecina que nos regaló los animales que nos comimos en Navidad, ¡la sueltan ya!

Sin embargo, el hombre que acababa de violar a Helena le contestó, todavía subiéndose los pantalones, que ellos recibían órdenes del comandante *Agustín*.

- ¿Ah, sí? Pues yo no estoy pintada en la pared. Ya mismo hablo con mi comandante *Agustín*, pero si vuelven a tocar a esta señora, ¡se las ven conmigo!

-dijo Sandra a sus camaradas, con la voz temblando de ira.

Sandra se alejó hasta donde estaba el comandante. Los hombres que venían atacando a Sandra se detuvieron, a la espera de nuevas órdenes. Helena sangraba por todas partes y sentía que sus entrañas iban a salirse de su cuerpo, pero alcanzaba a escuchar los gritos incomprensibles de la discusión entre Sandra y Agustín. A veces, fragmentos de esas frases lograban distinguirse: "¿No está viendo que ya le hicimos? ¡No podemos dejar ese cabo suelto!". "La señora nos ayudó.... Navidad... ¡No estamos aquí para esto!".

Al borde de la inconsciencia, Helena levantó la cara cuando sintió que unas manos la desataban. Sandra y Agustín estaban parados frente a ella:

-Bajo su responsabilidad, comandante Sandra. Donde esta vieja salga y cuente, a usted se la cobramos -dijo Agustín, y se marchó.

Sandra se acercó al oído de Helena y le susurró:

-Levántese.

-No soy capaz -le contestó Helena, a quien el cuerpo no le respondía.

Sandra la ayudó a incorporarse. Le dijo que tenía que correr, que tenía cuatro horas para desaparecerse, que luego de ese tiempo la iban a volver a buscar.

-No se ponga a llevar ropa, ni gallinas, ni nada, justed solo váyase! -dijo la guerrillera.

-Si estoy aquí contando la historia es gracias a Dios, y a la comandante Sandra -afirma Helena, quien vio por última vez el rostro de la guerrillera

el 23 de abril de 2012, veinte meses después de haberla encontrado en el campamento. Los cuerpos sin vida de *Sandra*, *Agustín* y otros tres guerrilleros reposaban en una mesa del anfiteatro de Chaparral.

Un par de días antes, miembros de la Sexta Brigada del Ejército habían sostenido un combate con el Frente 21 de las FARC, en el que fueron asesinadas las personas cuyos cuerpos Helena rogó a los soldados le dejaran entrar a mirar. Iba buscando el rostro de *Agustín*, porque en las noticias decían que él era uno de los muertos y ella quería comprobarlo con sus propios ojos.

-Quería cerciorarme de que ese muerto sí era él, para quitarme esa pesadilla de que en cualquier momento me volviera a encontrar -recuerda Helena.

Los tres minutos en el anfiteatro fueron suficientes para identificar plenamente el rostro tatuado en su memoria, el del hombre que tras violarla les dijo a los demás: "hagan con ella lo que quieran". Pero a su lado, también, estaba el rostro de la muchacha a la que Helena le entregó sus animales para Navidad.

-Los hombres esos son una desgracia, son lo peor que pudo haber traído el mundo. Pero, a la comandante *Sandra*, ¡que Dios la tenga en su santa gloria! -concluye Helena.

Apremiada por las necesidades, Helena consiguió ayuda para vender sus tierras, las que habían

sido antes de su familia materna y que estaban avaluadas en cerca de 45 millones. Frente a tantas urgencias, Helena decidió que las entregaría hasta por diez. Finalmente, sólo logró negociarlas por seis millones. Lo único que mantuvo fue la casa, que continúa abandonada.

-Eso sí lo tengo muy claro: ¡yo por allá no vuelvo!
-dice Helena.

No vuelve por la maraña de recuerdos que esa casa le trae, pero también porque el riesgo sigue latente. La última vez que la visitó, cuando estaba vendiendo las tierras, su vecino se lo advirtió: "señora Helena, procure no venir, porque hace seis meses por aquí vino esa gente y estuvieron averiguando por usted y por sus hijos".

Helena desea, con todas sus fuerzas, poner mucha distancia entre ella y los hombres que la lastimaron, pero eso no ha sido sencillo. Viviendo en Chaparral, una vez llegó a su barrio un guerrillero desmovilizado, uno que Helena distinguía del Rincón de la Muerte.

- ¿Qué hice yo? Postrada de rodillas y con el Salmo 91 pedirle mucho a Dios: "señor bendito, tú eres el único que puede hacer este cambio, regálame justicia divina, yo no le deseo mal a él, no, porque él es un ser humano, que también siente, ¡pero aléjalo de mí, Señor!". Y vea que al poquito tiempo él vendió y se fue para otra parte -relata Helena.

Lo que ella desea es dejar el pasado atrás, conseguir de alguna manera una casa, montar su propio negocio, un taller de costura, o un restaurante, y continuar. Pero la guerra para ella todavía no termina.

Para la conmemoración por la dignidad de las víctimas, en 2017, una organización de derechos humanos le pidió a Helena ofrecer su testimonio para el evento. Helena aceptó, porque era la primera vez que este día se conmemoraba estando Colombia en paz, porque la guerra había terminado y todo el mundo decía que había llegado el momento de hablar, que la paz necesitaba verdad y que por fin se habían dado las condiciones. Su rostro pregrabado apareció en una gran pantalla, frente a mucha gente, mientras los parlantes amplificaban su voz. Fue un momento memorable. El momento de tomar la palabra, literalmente en la plaza pública, para decir: “Construyamos la paz, sin olvidar que esto nos pasó. A mí me pasó”.

-Aunque eso para mí fue también una sorpresa, porque yo pensaba que iba a salir algo escrito, no que iban a mostrar el video así delante de todos - señala Helena.

Para entonces, Helena llevaba meses haciendo aseo en varias casas, y con eso lograba sostenerse. A comienzos de junio de 2017, una mañana en que se dirigía hacia su trabajo, dos hombres la interceptaron. Helena reconoció de inmediato a uno de ellos: era el que se subía los pantalones cuando apareció la guerrillera Sandra y la rescató.

-Uy vecina, ¡por más que se esconda, uno siempre se la encuentra! -le dijo, burlón, el hombre.

- ¿Usted quién es?, ¿acaso usted me distingue? - trató de esquivarlo Helena.

- ¿Y a usted quien no la va a conocer? ¡Si con ese video ya se hizo famosa! ¿Y para dónde va?

-A trabajar, ¿no ve que a uno de pobre le toca para poder sobrevivir? -respondió Helena, acelerando el paso.

-Ah bueno, hágale, nos vemos entonces vecina, que por aquí vamos a estar -fueron las palabras del hombre, mientras sus ojos decían: "te encontramos".

Quince días después Helena recibió una llamada:

-Me decían que yo no había dejado ni a una mosca sin nombrar en ese video, y que antes de encontrar lo que estuviera buscando con eso, se me iba a llenar la boca de moscas -declara Helena.

Le dijeron que debía presentarse en una finca a la que llaman el Llano del Loco. Por supuesto, Helena no asistió a esa cita. Lo que hizo fue reunir todas sus cosas en una de las habitaciones de la casa, decirle a su arrendador que debía emprender un viaje largo, comprometerse a enviarle treinta mil pesos mensuales para que le mantuviera guardadas las cosas y salir de Chaparral.

-A las seis de la tarde salí a la carretera y caminé cuatro horas, hasta que una buseta que aceptó llevarme por los siete mil pesitos que tenía encima -afirma Helena.

Así llegó hasta el terminal de Ibagué, donde anduvo dos días, dando vueltas, pensando. Por fin entró la llamada de una de sus hijas, a quien Helena explicó, en medio del llanto, lo que le había sucedido. Con el dinero que la hija logró enviarle, Helena se fue lo más lejos que pudo. En esa lejanía, producto del nuevo desplazamiento en tiempos de paz, transcurren los días de Helena, mientras termino de escribir su historia.

¿Cómo se cuenta una historia de la que tanto debe permanecer oculto? ¿Cómo decir las verdades sin que cueste la vida?

A veces parece una encrucijada: la paz necesita acercar a los bandos que han sido enemigos sordos entre sí, y la tentación, para hacer posible ese acercamiento, es echar tierra sobre las verdades incómodas que tuvieron lugar durante las últimas cinco décadas, atenuar los desmanes que todos cometieron para que sea imaginable la reconciliación nacional. Pero este camino fácil -la historia lo ha mostrado- conduce siempre al fracaso: los horrores que se entierran sin esclarecer, echan raíces y vuelven a brotar.

¿Cómo se dicen las verdades? Es verdad que integrantes de las FARC, incluso en cargos de comandancia, violaron mujeres. Es verdad que, según su reglamento, esto constituía una falta grave y producía castigos severos, pero también lo es que el reglamento se incumplía: cuando alias Agustín murió en una confrontación con el Ejército, seguía integrado al Frente 21, dos años después de haber torturado a Helena. Incluso mujeres guerrilleras fueron violadas por sus camaradas, como lo han relatado varias desmovilizadas, mientras muchas otras han alzado su voz para aclarar que así no ocurrió con ellas. Y ambas cosas son verdad. Es verdad que los paramilitares y grupos posdesmovilización paramilitar son los responsables de un mayor

número de casos de violencia sexual en el marco del conflicto armado, pero es verdad también que, según el informe *La guerra inscrita en el cuerpo*, del Centro Nacional de Memoria Histórica, en más de 4.600 casos las víctimas señalan a guerrilleros como sus violadores.

¿Qué hacemos con esas verdades? ¿Qué hacemos con la verdad de Helena? ¿Qué, si algunos pretenden usarla como argumento para sabotear la reinserción a la civilidad de todo un ejército insurgente, y los otros aspiran a ocultarla, para hacer posible esa reinserción necesaria? ¿Qué, si cuando Helena alzó la voz con su verdad volvieron a amenazarla? ¿Quién está dispuesto a encarar esta conversación aplazada? ¿Quién puede garantizarle a Helena que podrá participar de ella?

Resuena incesante un reclamo muchas veces explícito: "Si es verdad que las FARC cometieron violencia sexual, ¿dónde están las víctimas?". La próxima vez habría que contestar: es posible que estén escondidas.

Este libro reúne seis crónicas construidas a partir de las historias de mujeres que han sido víctimas de violencia sexual en el conflicto armado colombiano. Leerlo puede producir dolor, rabia, frustración y vergüenza, porque en la guerra se ha violentado a las mujeres de maneras que el grueso de la sociedad todavía no alcanza a imaginar, pero que las víctimas necesitan contar.

Esa necesidad motiva esta publicación. La inscribe en los esfuerzos por favorecer la apropiación social de las memorias de la guerra, mediante otros registros, en este caso la literatura, que permitan disponer el ánimo para escuchar estas verdades, largamente condenadas al silencio y al olvido.

Las verdades que comporta la violencia sexual son profundamente dolorosas. Nos enfrentan a un espejo que devuelve la imagen de una sociedad en general, y de unos sujetos en particular, capaces de actos de deshumanización aterradoros. Actos de los que todas y todos en Colombia fuimos víctimas, perpetradores, espectadores apáticos o de quienes nunca se dieron por enterados. Esto nos pasó. La imagen en el espejo es dolorosa, porque todas y todos aparecemos en el reflejo. Solo mirándola de frente, tal como es, podemos reconocer nuestro lugar y movernos hacia uno distinto.

ISBN: 978-958-8944-87-6



PROSPERIDAD SOCIAL



**Centro Nacional
de Memoria Histórica**



GOBIERNO DE COLOMBIA



USAID
DEL PUEBLO DE LOS ESTADOS
UNIDOS DE AMÉRICA



VOCA
Ampliando Oportunidades en el Mundo